

maría berna
gerónima salvatierra
lila astorga
leontina leyton
margarita cerda
mercedes cabrera
ana castro
prudencia martínez
maría estroz
nena zambrano
hemerita milla
shiñurra morales
marcelina queupumil
rosario huaicha
candelaria uribe

HISTORIAS TESTIMONIALES
DE MUJERES DEL CAMPO

BIBLIOTECA NACIONAL



0203364

10/150-39)

maría berna
gerónima salvatierra
lila astorga
leontina leyton
margarita cerda
mercedes cabrera
ana castro
prudencia martínez
maría estroz
nena zambrano
hemerita milla
shiñurra morales
marcelina queupumil
rosario huaicha
candelaria uribe

HISTORIAS TESTIMONIALES DE MUJERES DEL CAMPO

ximena valdés
sonia montecino
kirai de león
macarena mack

**HISTORIAS TESTIMONIALES
DE MUJERES DEL CAMPO**

DISEÑO Y DIAGRAMACION: Patricia Mora

PRODUCCION: Susana Levy

MONTAJE: Ana María Icaza, Teresa Lima Campos.

ILUSTRACIONES: Xilografías de Verónica Barraza.

HISTORIAS TESTIMONIALES
DE MUJERES DEL CAMPO

PROGRAMA DE ESTUDIOS
Y CAPACITACION
DE LA MUJER CAMPESINA
E INDIGENA - PEMCI



CIRCULO DE ESTUDIOS DE LA MUJER
ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

mujeres

lila astorga

leontina leyton

margarita cerda

mercedes cabrera

ana castro

de chile central

Los testimonios de cinco mujeres que habitan la región central del país, comparten un pasado común: el inquilinaje. Esa huella ya casi perdida en la historia agraria del país, que va quedando atrás dando paso a nuevas formas de vida, a nuevas formas de trabajo y poblamiento para un sector de trabajadores de la tierra que vivió cercado en las fronteras de la hacienda.

Cinco mujeres nos restituyen este pasado, desde un presente que es testigo de la eclosión de una institución rural que modeló la vida del campo durante casi dos siglos,

El registro de sus discursos recorren en la memoria, un período de alrededor de cincuenta años. Nos acercan a una historia poco conocida; nos hablan de la mujer en el inquilinaje, de sus trabajos, de sus obligaciones, del recuerdo de la condición de sus madres; desde un presente que borra el tiempo de una experiencia común, para hablar de un abanico de situaciones en parcelas de reforma agraria, en villorrios rurales; desde la incertidumbre de no tener tierras ni un lugar donde vivir y aún como migrantes a la ciudad.

Lila nos abre esta historia, nos habla de su recorrido por muchos fundos en las cercanías de Santiago, de la pérdida de la ración de tierras, de la importancia que va adquiriendo el salario en la remuneración a su padre y luego a su esposo y de los efectos de esos cambios sobre ella y su familia. Más tarde, nos habla de su experiencia en el Asentamiento de la Reforma Agraria y de su actual condición de parcelera. De la perplejidad ante la propiedad de un pedazo de tierra. Su memoria recorre la organización sindical y sus propias demandas en torno al pago de la Asignación Familiar. Forja opiniones que la retratan como una

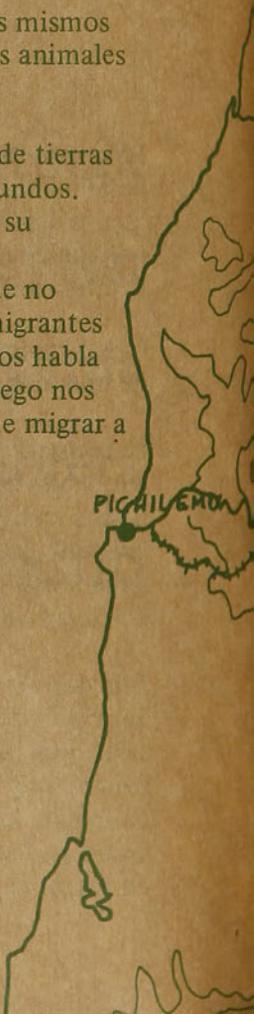
mujer consciente de sus derechos y con la esperanza puesta en mejores días para la mujer en nuestra sociedad.

Leontina permanece aún en el fundo, no lejos de la región metropolitana, donde tampoco los cambios se han dejado sentir. Su condición de asalariada temporal la hace luchar por mejores salarios, por el agua que no tiene, por una representación sindical que no conoce. Nos acerca, a través del recuerdo de su madre, a la condición de las mujeres obligadas, las ordeñadoras de los fundos: sus horarios de trabajo, la miseria de los pagos.

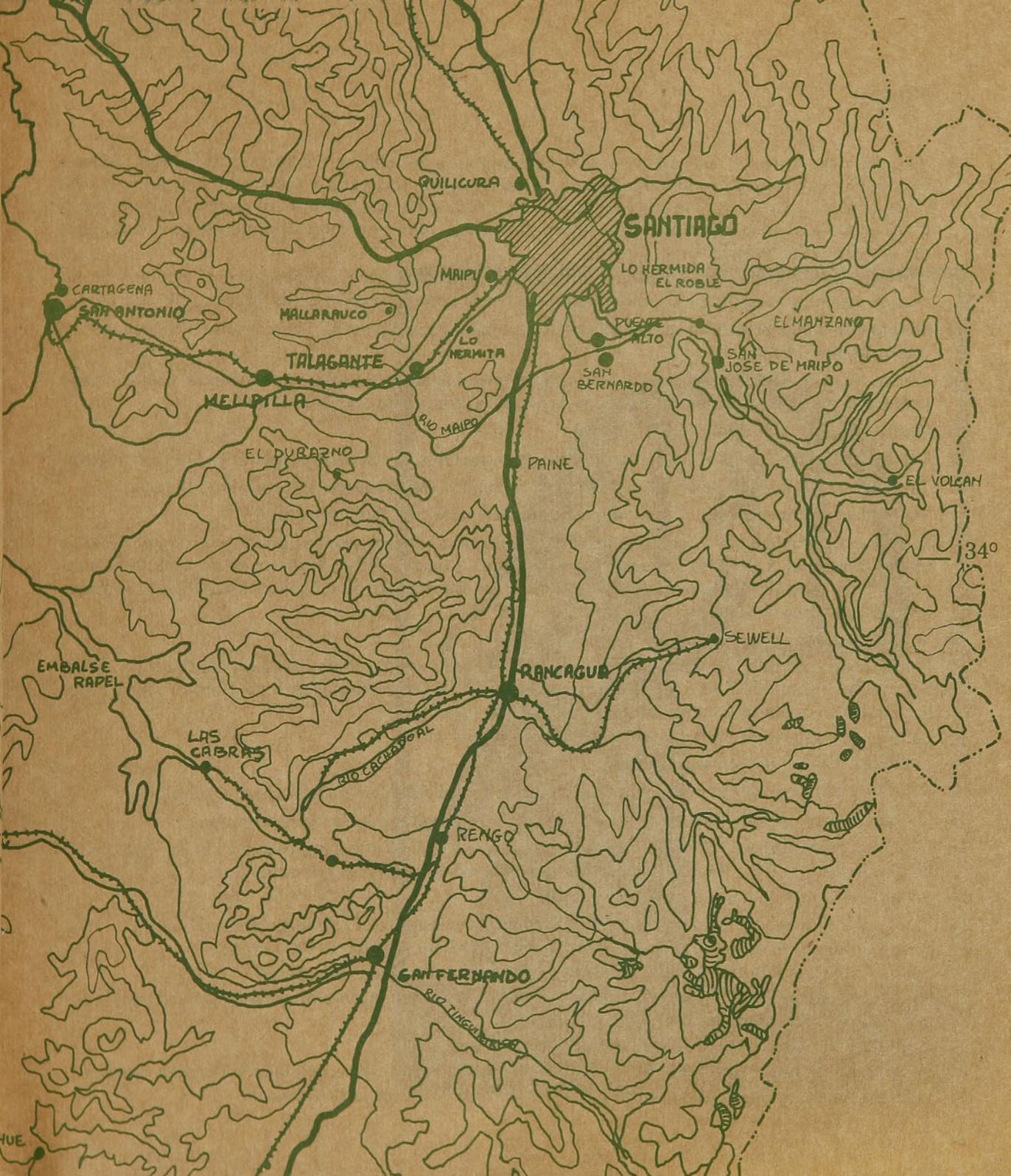
Margarita nos trae la lejanía de los fundos del secano de la costa, de la provincia de O'Higgins, sus costumbres y leyendas. El miedo a la soledad de la viudez, el que los mismos campesinos le hayan cortado los pasos, dejándola sin tierras y obligada a vender sus animales ante un futuro incierto.

Mercedes nos habla de su pasado campesino en la provincia de Curicó, de la venta de tierras de una propiedad sucesorial y de la salida de su madre en busca de trabajo en los fundos. Su voz restituye la experiencia de la mujer obligada, de los infinitos quehaceres de su condición. Sus opiniones sobre la Reforma Agraria, sobre sus hijos dirigentes del Asentamiento y luego sobre la devolución del fundo, nos hablan de una justicia que no llega. Ana, su hija, nos trae su experiencia en el Asentamiento, el trabajo con los migrantes del sur, la amistad y solidaridad con quienes llegan a trabajar en las temporadas. Nos habla de los grupos de jóvenes de la iglesia que parecen encerrar una única esperanza. Luego nos lleva a la ciudad, nos habla de su perplejidad ante un mundo nuevo donde tiene que migrar a trabajar como sus hermanas.

Recorramos en la memoria de estas mujeres, una historia larga y ya distante. Escuchémoslas en su presente.



PICHILEMU



QUILICURA

SANTIAGO

LO HERMIDA
EL ROBLE

MAIPU

CARTAGENA

SAN ANTONIO

MALLARUCO

TALAGANTE

LO HERMITA

PUENTE ALTO

EL MANZANO

SAN JOSE DE MAIPO

SAN BERNARDO

MELIPILLA

RIO MAIPO

EL DURAZNO

PAINÉ

EL VOLCAN

1340

EMBALSE
RAPEL

LAS CABRAS

RIO CACHAPOAL

RANCAGUA

SEWELL

RENGÓ

SAN FERNANDO

RIO TINGUIRICA

HUE

NOTAS

1. "Inquilino de a caballo", encargado del cuidado y vigilancia del ganado. Categoría de trabajador residente en el fundo que presenta un sustancial grado de diferenciación social con el resto de los inquilinos: con los "inquilinos de a pie" y los "inquilinos peones". El grado de diferenciación social estuvo dado más por la cantidad de tierras dadas en usufructo y el derecho a talaje sobre un número determinado de animales, que por la parte de la remuneración en dinero.
2. Las garantías o regalías eran la parte no monetaria de la remuneración a la mano de obra inquilina. Se distinguen garantías o regalías productivas (talaje y ración de tierra) e improductivas (galleta, pan, casa, etc.).
3. Minifundistas empobrecidos o parte de la población rural flotante, que salía a buscar trabajo en los fundos o haciendas, por temporadas.
4. Encargado de la vigilancia y control de los trabajadores del fundo, residentes y no residentes. Estaba situado jerárquicamente, en la división del trabajo en la hacienda, por debajo del administrador.
5. Derecho a pastoreo sobre una unidad animal.
6. Trabajadores residentes en el fundo, remunerados en forma mixta: una parte en salario y el resto en regalías.
7. Trabajadores temporales, ajenos a la población de los fundos. (Minifundistas o trabajadores sin tierra).
8. Trabajadores remunerados en dinero, normalmente eran parte de la familia inquilina.
9. Se refiere a la "obligación". Cada inquilino estaba obligado a entregar, además de su fuerza de trabajo, la de otros trabajadores. Se hablaba de "echar peón" como una forma de definir el aporte en trabajadores establecido por las relaciones contractuales del inquilinaje. En este sentido, el inquilino y los que pagan la obligación, son llamados obligados.
10. Ver nota 1.
11. Bonificación entregada al trabajador por cada hijo menor de edad u otros familiares dependientes, por el Servicio de Seguro Social (S.S.S.). El financiamiento se obtiene principalmente a través de un aporte patronal calculado a partir de un porcentaje sobre los salarios pagados.
12. Centros de Madres, creados durante el gobierno Frei (1964-1970).
13. Localidad sub-urbana cercana a Santiago.
14. Relación contractual con la madre inquilina, mediante la cual ella debía trabajar como ordeñadora.
15. Persona que vive permanentemente con una familia y con la cual no hay lazos de parentesco.
16. Designa al administrador del fundo. Delegado del patrón secundado por el mayordomo y el personal de vigilancia (capataces y sota, oficinas y empleados) quienes reciben órdenes directamente de él.
17. Recipiente de madera o metal para cosechar uva.
18. Trabajo permanente de los hombres en el fundo como obreros agrícolas sólo remunerados en salario.
19. Juntas de Abastecimientos y Precios, creados durante el gobierno Allende (1970-1973).
20. Corporación de la Reforma Agraria, creada en 1962 durante el gobierno Alessandri.
21. Porción de terreno de 5.000 metros cuadrados otorgada a veces a quienes no se les asignó una parcela después de dividir los Asentamientos de Reforma Agraria.
22. Identifica al administrador del Asentamiento con el del fundo.
23. Comerciante en frutas que luego se transforma en uno de los más grandes exportadores de frutas del país.
24. Industria Azucarera Nacional, industria estatal procesadora de la remolacha azucarera.



Lila Astorga

Una ración de tierra, sueldo y pan

Mi papá era empleado de fundo,¹ él cuidaba los animales en el fundo Mallarauquito que está ubicado en el Cañón de Mallarauco donde hay otros fundos: Santa Victoria, Santa Teresa, Santa Elisa y Cuesta de Pelvín. Esto era lejos del pueblo, lo más cerca es Melipilla a 25 kilómetros.

Nosotros somos 10 hermanos, cinco hombres mayores y cinco mujeres menores. Yo soy la menor de todas, nací en 1934. A mi papá por ser empleado le daban una ración de tierra, el sueldo y pan. Esas eran las garantías² que él tenía.

En el pedazo de tierra cultivábamos papas, porotos, maíz. Todo eso era para la casa. Además, mi papá tomaba tierras en medias pa' trabajarlas con los hijos y lo que se cosechaba se vendía.

Mi papá tenía como 15 vacas. Mi mamá sacaba la leche, hacía los quesillos y los vendía en la casa misma. Criaba hartas gallinas y los huevos se consumían, el resto se vendía a un comerciante de Melipilla que los iba a buscar. Todo eso era pa' mantenerlos y vestirlos a todos.

Mi papá ganaba una miseria mensual —como \$ 15 al mes— y las garantías le iban quitando. Eso pasaba en el fundo cuando era chica.

El llegaba en la pura noche, salía temprano y no volvía hasta tarde porque le tocaba ir lejos a ver animales. Era rara vez cuando llegaba a almorzar, así que mi mamá llevó la carga de enseñarlos a los hombres y a las mujeres. Tenía paciencia, ella pasaba trabajando todo el día, entonces los hermanos mayores criaban a los más chicos. O sea que se llevaban la carga de criarlos, porque ella tiempo no tenía: del almuerzo empezaba a hacer los quesos, hasta las 4 ó 5 de la tarde y otra hermana más grande hacía la once y así todos trabajaban.

Todos tenían su actividad, había poco tiempo pa' jugar y todas esas cosas. Nosotros nos entreteníamos con eso y ¡tanta fruta que había en la casa! Como ser, los duraznos estaban botados en el suelo, se lo recogíamos a los chanchos y

había en esos tiempos las paltas. . . ¡todo el año! O sea que no había ningún día en el año que no teníamos fruta ahí, todo el año dábamos vuelta con frutas del huerto.

La mamá hacía los huesillos ¡Uf! Hacía sus tres sacos de huesillos; hacía mote ¡todo eso se preparaba, no pa' vender, pa' la casa! Hacía tortillas de rescoldo. El mote se hacía con legía, en tarros grandes y después los molfa.

Mi mamá iba a Melipillá a comprar. Compraba el azúcar por sacos y los tallarines por cajones. La ropa la compraba hecha a un comerciante que pasaba —el mismo que compraba los quesos— los llevaba zapatos, vestidos o géneros bonitos, floriaditos así.

En la situación económica los criamos bien: la leche, el pan, no los faltó. La mamá trabajaba todo el año, nunca se daba vacaciones. Era rara vez cuando un viajecito a Cartagena, pero por el día no más. Y ahí los llevaba porque salían camiones de allá. Entonces, ir a la playa por un día de vacaciones, era toda la salida que hacía ella.

Y no había más tiempo ¿No vé que había que atender tantos animalitos y pájaros? A mi mamá le gustaba la fiesta, era alegre. De que llegaran personas que supieran tocar la guitarra, en la casa se armaba la fiesta, hacía una cazuela pa' atender. Era cariñosa, ya llegaba otro con un chuico de vino. También se tomaba chicha de la que allá se hacía.

Cuando era chica se murieron tres guagüitas, menor que yo. Me acuerdo cuando murió una que la lavaron en una artesa, bien lavada y la vistieron con un vestido de papel bien bonito. . . La sentaron arriba de una mesa y le pusieron flores. Luego llegaron con guitarras y le cantaron todas las noches al angelito. ¡Tan bien que arreglaban los trajecitos con alitas! Bonito como angelitos, con papel con caladitos, tan bien arregladitos. . .

Habían señoras que se especializaban en hacer vestidos para angelitos. A los grandes no los velaban en cajón como ahora; los velaban en la cama, tapados con una sábana de pies a cabeza, con cuatro velas. Y la gente les rezaba. Pero, ahora no. Creo que todavía hay partes donde se usa, pa' l sur parece.

Y ahí se armaba la fiesta

Le tenía miedo a las cosas de ánimas que contaban

Yo cuando chica, le tenía miedo a las cosas de ánimas que contaban. Por ser, contaban que en un bosque salía una mujer llorando de una parte a otra; pero eso era en la noche y muchos lo sentían, pero no veían nada, sino que el llanto se escuchaba no más. La gente no pasaba a eso de las 10 de la noche por ahí, le tenían miedo. Contaban de que era un espíritu que salía, seguro que andaba vagando por ahí. Yo creía en eso porque se escuchaba y todos pensaban que podía haber sido un entierro también.

Los entierros quedaban de alguna guerra

Los entierros —dicen— que los cuida el espíritu y al que le va a dar esa riqueza le aparece algo: ya sea un gatito, un conejito y se entierra ahí. El que es valiente —y no miedoso— puede escarbar y ahí lo encuentra. Por allá se cuenta que unas personas encontraron oro. Pero si encuentran no pueden quedarse en la casa, porque toda la riqueza se vuelve nada. Dice la gente que no tienen que quedarse disfrutando eso, tienen que irse a otro lado.

Los entierros quedaban de otras generaciones o de alguna guerra que había habido antes. Escondían la riqueza los españoles y después ya los espíritus se hacían cargo, porque había plata y oro. Los espíritus los cuidaban y salían cosas para que se diera cuenta que había algo ahí: una luz como luciérnagas que salga de alguna parte y, donde se esconda, ahí está el entierro. Este es el aviso.

Entre los andantes había gente buena y gente mala

Algunos se hacían amigos de los andantes,³ porque andaba de todo, andaba gente mala como andaba gente buena. Esa gente estaba mal donde vivía y entonces salía a andar. Pero otros no: por ahí habían matado, habían robado y entonces salían a andar. Así no los pillaban, porque se trasladaban de una parte a otra por los cerros y como se sabía cuando era la época de segar trigo, llegaban a trabajar ahí: tenían trabajo seguro.

Los carabineros los encontraban muchas veces en esos trabajos, los andaban buscando. Se usaban mucho en esos tiempos los salteos. Salteaban a la gente, casi la mayoría a los administradores, a sus casas: eran los que más tenían.

Así asaltaban: llegaban sus tres, cuatro personas con la vista vendá, que no los reconocieran, y amarraban a

la gente. Con cuchilla los amenazaban y tenían que entregar la plata por obligación. Así se usaba por allá. Y en eso los favorecían los carabineros porque habían retenes muy a lo lejos. Tal como en Mallarauquito había, después había en Santa Teresa, lejos de ahí pu'. La ronda que hacían era de a caballo no más —vehículos no— y a la hora que pasaban todo el mundo los veía. Así, no daban vuelta hasta otro día o cada tres días.

No salteaban en los caminos, sino que se tiraban a las casas y justo sabían cual gente tenía plata, por venta de cosechas, ventas grandes. Y venían y se las quitaban; a veces lo mataban, a veces lo dejaban amarrado. Así que de eso se componía la gente que venía de afuera.

Estó que cuento pasaba como en el 40 más o menos. En ese entonces, se conversaba del Torito. Ese se llamaba Abraham Toro Díaz. Se conversaba que hacía salteo y era el jefe; pero a él nunca lo pillaban porque tenía un pacto. Creo que lo favorecía la Virgen de Monserrat, la tenía encarnada adentro del cuerpo, en el brazo o en el pecho, no recuerdo bien. Pero el hecho es que andaba trayendo eso en el cuerpo y eso era lo que lo ayudaba. Pa' que no lo pillaran, se volvía cualquier cosa y no lo pillaban nunca. Y cuando se trataba de atracar de nuevo, otra vez tenía de la mano a la gente que lo apoyaba y entonces lo hacían otra vez. La banda era como de 7 u 8 personas: mataban ganado por los cerros y comían todas esas cosas ¡si no pasaban hambre! Mire, como en el 45 ya se terminó el bandolerismo, porque ya no se escuchó más de que habían salteos por ahí.

En Mallarauco se formaron sindicatos contra los abusos del patrón; pero como siempre el patrón es más fuerte, a toda esa gente que entró al sindicato los lanzaron a la calle pública. Vivían en la calle. Los desalojaron de sus casas por el hecho de haber organizado el sindicato y los otros por haber entrado a reunión, esa fue la pena que tuvieron. Esto fue por el año 40 ó 42.

Me acuerdo del gobierno de Pedro Aguirre Cerda que fue bueno con los pobres; yo me acuerdo más de la señora Juanita, ella se preocupó mucho de la gente pobre, de los cole-

**El Torito no lo pillaban,
lo favorecía la Virgen**

**Los desalojaron por haber
formado el sindicato**

gios. Regalaba cantidades de alimentos y ropa, eso es lo que hizo la señora. El escuchaba a los trabajadores y la gente lo apoyaba. Cuando murió, todos supimos al tiro por el diario y la radio que había en ese entonces. Se murió de repente, dicen que después de una comida. La gente lo sintió: él favoreció a la gente pobre más que a los ricos. Los favoreció con leyes para los campesinos y a la gente pobre con ayuda, porque en lo material se sintió mucho.

**El dueño del fundo
era como un rey:
hacía lo que quería**

El dueño de fundo, en esos tiempos, era como un rey: hacía lo quería. En ese tiempo el patrón se levantaba a las siete de la mañana a destinar a la gente trabajadora. Los destinaba y ¡pobre del que llegara atrasado!

Entonces, otro día amanecía con otras ideas, ideas tontas que se le ocurrían. Por ser: de una casa cambiarlo a otra. Por puro sacrificarlos, para que no descansaran ni el día domingo, después de trabajar toda la semana desde las siete de la mañana hasta que no se viera la luz del día, hasta que entrara el sol, sin horario, sin descansar nada, sólo un ratito para comer a las doce su cocaví.

Los vigilaba el mayordomo⁴, él era malo también, ¡si estaba al lado del patrón! Esos tiempos eran malos pa' trabajar, tenía que ser dura la persona para seguir trabajando.

A mi papá lo trataban un poco mejor porque era empleado, él sabía las órdenes de un día para otro, él no iba a tomar las órdenes en la mañana porque él las sabía ya. Así es que se tiraba al campo al tiro. Estaba encargado de los animales tanto de cerro como de plano, de potreros.

Habían muchos animales, como dos mil del puro fundo, y había mucho que hacer. El no más, tenía como 80 animales en el talaje⁵ que le daban y cuando vino la cuenta ahí todo se vino abajo y después, con la orden de lanzamiento, los tuvo que sacar al tiro. Empezó a mandar a la feria porque ¿cómo iba a tener tantos? Mandó los caballos y los vacunos. No los vendió muy bien; estaban baratos y con lo que sacó no alcanzó a comprar una parcelita que valía \$120.000, le faltaron \$20.000. Por no quedar debiendo no compró en Peñaflores. Iba a comprar una parcela inmensa de grande que tenía casa de altos con naranjal; pero como a mi papi no le gustaba deber a nadie, no la compró y la plata la fue gastando de a poco y al final se acabó.

En esa casa donde me crié ya entró el segundo dueño, el fundo se vendió. Mi casa era de adobe y zinc y tenía frutales, había lúcumas, membrillos, duraznos, había de la fruta que pidiera. Al papá le iban a quitar la casa por el frutal que había, se la iba a quitar el patrón nuevo que llegó.

Y en ese entonces, se fueron a pleito con abogado. Llegaron a hablar con el Presidente, mi hermano mayor fue. El Presidente era González Videla. Mi hermano pidió una entrevista y se la dieron y el Presidente le dijo que, en vez de tener problemas, le daban tierras en otro lado... ¡30 hectáreas en Traiguén! Y el papá mío no quiso porque era muy lejos y él siempre vivió allí.

Al final a fuerza de carabineros los hicieron firmar, ¡a la fuerza! Lo amenazaron. De repente lo llamaron de los carabineros a la oficina y ahí lo hicieron firmar: lo que firmó él fue el lanzamiento que íbamos a tener nosotros.

Eso fue lo más grande que yo vi cuando era chica. Mi mamá estaba enferma cuando llegó un auto de carabineros y nos venían a lanzar a la calle: era un lanzamiento del fundo. El patrón de Pahuilmo —que fue el primer patrón que tuvo el papá cuando recién se casó— puso un camión y nos fueron a buscar al tiro y nos dio donde viviéramos mientras encontrábamos otro lado.

Nos dio un lugar en las mismas casas del fundo, allí en Pahuilmo. Ese patrón era bueno y nos recogió inmediatamente, porque mi papá era bueno también. Y así fue como perdimos la casa. Mi mamá la echaba de menos : pero ese patrón los llevó en auto pa' la otra casa y ahí estuvimos como un año.

Pahuilmo estaba cerca de Mallarauquito, ahí fui al colegio, aprendí a leer ligerito en el silabario Matte. En la primera parte de ese silabario, que era la Luna, yo le sabía leer y escribir perfectamente.

Tenía una profesora que se llamaba Clara Morales, todavía me acuerdo de su nombre; ella se daba a querer, su enseñanza era buena. Llegué hasta Tercera Preparatoria: aprendí a leer y escribir y sacar algunas cuentas. Pero no pude seguir porque de ahí tenía que ir a Melipilla y estaba lejos y no nos dejaron. No había permiso para eso porque había que tomar locomoción y la micro iba llena de gente todos los días

**Lo más grande que vi
cuando chica: nos
lanzaron del fundo**

**En ese tiempo, la gente
era sana de pensamiento**

y, más encima, uno escolar. Además había una sola micro al día, que pasaba a las 8 de la mañana y después volvía a mediodía, nada más.

Yo tenía amigos de mi edad, los de la escuela. Mi mamá los dejaba jugar todos juntos, niños y niñas, todos chicos. Parece que en ese tiempo no había mucha maldad como ahora; la gente era más sana de pensamiento, a pesar de que más grande ya no los dejaban jugar juntos. Como a los 12 años ya nos quedamos en la casa a ayudarle en los quehaceres. Nos enseñaba a tejer, a bordar. Ya nos preocupábamos de otras cosas.

Veinte mujeres trabajaban sacando leche

Pahuilmo se compartía en tres partes en ese entonces: La Carrera —creo que se llama los Hermanos Carrera ahora— El Olivo y Pahuilmo. Pero era todo del mismo dueño. Allí donde yo vivía habían 40 personas que trabajaban de inquilinos⁶, fuera de los empleados de los establos. En los establos trabajaban ordeñadoras también, más o menos unas 20 mujeres sacando leche.

Se levantaba a las cuatro de la mañana pa' tener la leche sacada a las siete. Las ordeñaban en galpones, en establos, ahí ordeñaban las vacas. Más que lloviera igual tenían que sacar leche; igual no más porque pasaba el camión y tenían que tener la leche a su hora, porque el camión iba a Santiago. Entregaban un poco y dejaban en el fundo pa' hacer queso. Había quesería; eran hombres los que hacían el queso, sacaban también la mantequilla. En ese entonces tenían una máquina, yo la vi trabajando. Era una máquina que botaba el suero por un lado y por el otro un chorrito, algo especito y eso era la mantequilla. Todavía se nombra la mantequilla de Pahuilmo ¡si hay todavía!, porque todavía tiene que haber, yo he escuchado en la radio Agricultura el precio de los quesos de Pahuilmo.

Los afuerinos eran un problema

En Pahuilmo iban menos afuerinos⁷ que en Malla-rauquito, porque ahí les gustaba trabajar con la gente del fundo no más. Era mucho problema tener gente afuerina, problemas de pelea porque robaban por las casas, entonces no. . . y los vigilaban mucho.

Los buscaban, siempre eran buscados; por esa razón el patrón no quería recibir y trabajaban más con la gente voluntaria⁸ del mismo fundo pa' las cosechas.

Ya antes, a las mujeres las obligaban⁹ en el campo a sacar leche. Cuando las niñas ya tenían 17 ó 18 años, los papás pensaban mejor enviarlas a la ciudad a que fueran a trabajar de emplea', porque no las querían ver trabajando de las cinco de la mañana, de las dos de la mañana, que se sacaba la leche para poder entregar. Por eso preferían que se fueran las niñas cuando eran señoritas, que se fueran a trabajar de empleás', eso preferían los papás. Porque también sucedió que mis hermanas mayores tuvieron que irse a trabajar a Santiago, porque si no el patrón luego le ponía el ojo de echar a trabajar a la niña. Era una obligación.

Igual con el niño hombre; tenía 14 años y ya estaba bueno pa' que fuera a trabajar a ellos, por obligación. Por eso, la juventud se venía a Santiago. . . o sea como que andaban liberándose de los patrones, la juventud se liberaba para que no fueran obligados ¡si les pagaban una miseria! Para ellos ya estaban grandes y eran capacitados pa' que fueran a trabajar. Era como que ya estaban buenos pa' l trabajo y tenían que trabajarle a ellos ¡y era obligación ¡, no era que fuera voluntario, no: ¡era obligación!

Por esa razón, encuentro que antes era más sacrificado que ahora, por el hecho que miraban por obligación. Ahora es diferente: si quiere trabaja, si no, no no más; no la obliga nadie.

Después me trajeron a Santiago, donde una tía. Yo tenía como 10 años. Estuve en el colegio de Pajaritos en Maipú. Me trajeron porque estaba más grande y necesitaba colegio y ahí estuve estudiando y me superé más.

Esto estaba en Amengual, en la Pila, de la Estación pa' bajo: eso ya era ciudad. No me acostumbré con la tía, allá en el campo era mejor. Me sentía mal porque las primas eran mayor que yo, no era lo mismo.

Mi tía me trataba regular no más, porque cuando ella tenía que hacer yo no podía ir a la escuela. Yo iba a ver a mi mamá en las vacaciones de invierno. Pero estuve allí sólo un año. No me aguanté más y cuando volví al campo, ya no volví al colegio.

Otra vez estuve en Santiago, sería como en el 48 o 49. Estuve cuidando un niño en Ñuñoa, tenía 15 años y me pagaban \$ 150 mensuales. Era poco pero me alcanzaba

Los jóvenes andaban liberándose de los patrones

No me acostumbré en Santiago

para comprarme un vestido, un par de zapatos o ir a mi casa. Una vez al mes salía. No tenía mucho trabajo porque al niño le lavaba los pañales y salía con él a la calle, iba a la plaza y a la hora de once me venía. Era como niñera. Una hermana me llevó allá. Estuve como un año y me fui a la Rinconada.

En Rinconada mi papá ya andaba de a pie

En Rinconada de Maipú, mi papá ya no era empleado como en Mallarauquito. cuando andaba “de a caballo: él ya andaba de a pie”¹⁰. Trabajaba en la tierra, en las chacras que tenía el fundo, limpiaba porotos y maíz. Acá ya no teníamos pedazo de tierra, la casa no más y se pagaba una obligación.

El patrón no era muy bueno. Le gustaba tratar mal a la gente, era atrevido con ellos: los amenazaba y les pegaba a los cabritos más jóvenes. Con los hombres no se atrevía a meterse; a los jóvenes los castigaba. El se sentía capaz de tratarlos así, pero a los mayores no. Igual abusaba, eso sí.

Pa' los patrones fue un espanto que se organizaran

No eran castigos muy grandes porque no estaba permitido :ya había salido la ley que no tenía que ser así; esto fue ya en el año 50. Ya en ese tiempo no se trataba así, por la ley. Por ser en el 51 empezaron a visitar, habían Comisiones. En ese entonces yo ya tenía al hijo mayor, cuando recién salió la Asignación Familiar y fueron a avisarlos. Habían Comisiones en Maipú; fueron a avisarlos que sacaran certificado de nacimiento porque nos iban a dar una Asignación Familiar¹¹.

Antes no se conocía, después se permitía pagarles todo eso y fueron comportándose mejor: habían sindicatos.

En Rinconada de Maipú eran como 30 no más, no había mucha gente porque el fundo era chico. Es más chico, menos garantía y más sueldo: la cosa iba cambiando mucho.

Y llegaron personas organizando sindicatos, formando. Entonces, la gente que se inscribió e hizo reuniones fueron todas lanzadas a la calle por haberse ingresado al sindicato. Las personas que venían eran de Santiago, de Melipilla. No eran campesinos, eran dirigentes no más y organizaban a la gente en los fundos.

Dejaba uno indicado y esa persona empezaba a inscribir y a formar sindicatos, a formar grupos. Entonces, ahí era cuando a los patrones le empezaron a pedir más garantías.

Les eran negadas, eran echados a la calle, cortados del trabajo, todo.

Parece que no debe haber habido ley, porque pa' los patrones fue un espanto para ellos: se sintieron demasiado chicos, por eso de que habían organizado a sindicatos.

Esto fue cuando era presidente Juan Antonio Ríos. Ibáñez persiguió mucho a los campesinos, ¿no ve que empezó a restringir leyes en la parte donde había sindicatos? Estaban vigilados, habían personas que los vigilaban y decían que eran comunistas.

Porque la persona que se afiliaba a esos eran del Partido Comunista. Eso era en contra de los patrones, por eso, los aborrecían, los echaban. De los partidos nada se sabía; pero el hecho de que estando en un sindicato pa' ellos eran comunistas.

Por esa razón perdían todo y ahí donde sacrifican la familia, la familia y las mujeres. La recompensa que tenían después: se sentían solos, sin trabajo y botao' más encima.

Sí, fue en la presidencia de Ibáñez eso. Cuando buscaban trabajo le preguntaban: “¿De dónde viene? ¡Ah! de los que lanzaron a la calle por comunistas”. Entonces esa gente era la que mandaba a guardar sus cositas y salía a andar con su familia, buscando trabajo, andando con niños chicos, mujer y todo.

Los hombres buscaban trabajo pa' poder vivir, trabajando en cualquier cosa que encontraban, con guaguas chicas las mujeres. Todo eso, se vio mucho. Ahí se veía gente andando que se nombraban cesantes.

Esa gente no tenía paradero, tanto como pedían como trabajaban por ahí pue'. Sí, gente común y corriente como todos tenían que salir a andar, porque eran botaos y no tenían trabajo. Por el hecho del dueño de casa haberse metido en los sindicatos o pedir alguna garantía que el patrón no quería darle, de ahí se formaban todos esos problemas.

Esa gente caminaba por el campo, por ahí dormían donde primero encontraban. A veces, donde trillaban en los fundos habían inmensas parvas de paja, entonces ahí dormían, pasaban la noche. Como llegaban en la noche y nadie los veía.

Los que eran lanzados quedaban cesantes

Por pedir garantías perdían el trabajo

y al otro día salían temprano, sufrían la gente por ahí; si no tenían na', no comían na' no más. En algunas casas de los fundos les daban papas, porotos o comías'. Les daban por los niños chicos, porque andaban niños chicos.

Así que eso le pasaba a la gente que hacía eso: arreglarse un poco no más, por pedir las garantías que les pertenecían, perdían el trabajo.

Por las radios la gente se dio cuenta de las leyes

Abusaban los patrones en ese sentido, porque ellos sabían que eran leyes que tenían que cumplir y no lo hacían. Querían tener personas ignorantes y nunca personas un poco despiertas en las leyes. Lo miraban muy mal a la gente que entendía un poco o que hablaba un poco. Que se defendieran no les gustaba.

Los campesinos se empezaron a defender por el año 50. Yo creo que la cosa empezó a cambiar de frente ya, que se cumplieran las leyes, cuando empezaron a saber más.

De que salieron las radios se empezó a saber todas esas cosas que no se sabía pue'. El primer radio que tuvimos fue en Pahuilmo, porque ahí el patrón era más honrado pa' sus cosas y le trajo a la gente, en un salón social que se llamaba —un edificio que hizo él— ahí pa' que la gente fuera a escuchar radio. Por primera vez que se escuchó radio ahí. Que era una cosa ¡uf! todo el mundo iba a escuchar radio.

Y ahí se empezó a dar cuenta la gente de que las leyes y todo, a conocer más. La gente no se defendía porque no sabían: el diario no llegaba y por radio de qué podía saberse si no llegaba por allá. Pero ya después con el tiempo todo se fue sabiendo, la gente se empezó a organizar ya.

Los dirigentes iban a hacer reclamos solos, no con los demás, sino que se hacían firmas no más. Enseguida se tiraban por allá, mandaban un inspector —tal como la Inspección del Trabajo— ¡Seguro Social pue'! Venían al tiro a ver si la cosa era verdad de que ellos pedían o reclamaban. Entonces se venían y se arreglaban, por ser, de que tenían un sueldo y después salían con otro, esas cosas.

Los candidatos: amigos de los patrones no de la gente

Pa' las votaciones se los llevaban en camión. Sí, los mismos patrones se los llevaban: les ponían camión e iban a las votaciones. Se lo llevaban a Melipilla, al que le tocaba por allá.

El patrón les ponía en conocimiento de que fulano de tal es mejor, entonces ellos iban consciente de que iban a darle el voto al gusto del patrón.

Porque ahí ya les buscaban a la buena: de que como él conocía a los partidos y todo; entonces la gente le hacía caso y votaban por el que a él le gustaba. Así no se hacían problemas de estar mal con él.

Salían los candidatos de los patrones, les convenía. Los dueños de fundos los convidaban pa' las elecciones, antes de las elecciones, pa' conversar con ellos. Tenían un asado, tenían su encuentro, antes, en cada parte.

Los candidatos: amigos de los patrones, no de la gente; porque era con ellos no más el encuentro. A los demás, el patrón se encargaba de hablarles: de que había estado con el diputado o senador —qué sé yo— que iba a entrar y que estaba bien y que le dieran el voto a ellos. Entonces, el patrón contaba cuanta gente tenía y sabían de que aliviaito iban a sacarlo: se sabía ya. Eso duró yo creo hasta el 40. Después la gente empezó a viajar por su cuenta y antes no, porque el patrón les ponía camión, los llevaba.

Allá iban de Melipilla a organizar sindicatos. Ahí se sabía cómo actuaba la gente, de qué parte era uno y otro, así. Se disgustaban muchas veces porque unos estaban de un lado y otros de otro lado. Como que había rivalidad en ese sentido. Unida ¡la gente nunca está unida! Habían trabajadores que estaban al lado del patrón y otros no.

Y así se fueron perdiendo las raciones de pan, la ración de comida que daban. Daban unos seis sacos de trigo y todo eso se fue perdiendo de a poco. Por años fueron quitando las garantías, las tierras que le daban para sembrar, la garantía que le daban en pan, en leche, en harina. Todo eso se fue perdiendo de a poco.

Los campesinos preferían lo que le daban. Las garantías quedan mejor que la plata, porque la plata, el sueldo, le iban subiendo un poquito. ¿No ve que las cosas ya después empezaron a subir?, entonces ya no les alcanzaba pa' na'. Habían problemas por eso, porque ya no tenían las garantías.

Los patrones se enriquecían porque les quitaban una gran parte a los trabajadores. Ya en las garantías le sacaron la casa, o sea que la casa iba en arriendo, ya no era garantía.

**la garantía quedaba
mejor que la plata**

**De que lo vio,
le cayó en gracia**

Yo conocí a mi marido en la casa; un hermano que era amigo de él, lo llevó. El le ayudaba a su papá. Iba a dejar terneros de la lechería del fundo a un potrerito chico y ahí pasaba a conversar con mi hermano. Eso era en el fundo Rinconada, el mismo de nosotros; o sea que ellos estaban ahí y nosotros llegamos de afuera, del lado de Melipilla.

Mi mamá me daba permiso para pololear, porque de que lo vio le cayó en gracia. Nunca le tuvo mala, fue el yerno que más quiso ella y él también la quería: hasta la última hora mi mamá le encargó que me cuidara y todo eso. Mi marido era cuatro años mayor que yo, él nació el 30 y yo el 34. Pololié como dos años con él. Ibámos de paseo por ahí, íbamos a cumpleaños que siempre se ha celebrado y en esos tiempos eran buenos. ¡La fiesta era más bonita! Se usaba de orquesta la guitarra, el arpa; se bailaba tango, vals. La cueca era lo indispensable. Todo eso pasaba el año 50.

**Tuve una que
nació en la casa, sola**

Me casé en el 50 de 16 años; tuve 14 hijos y 11 están vivos. Tuve al mayor en el hospital, la menor en la casa, la tercera en el hospital. Cuando tenía los niños en la casa una señora me ayudaba, no era difícil.

Cuando un parto es normal no importa que sea donde sea, pero cuando se complican las cosas sí que no. A pesar de que tuve una que nació en la casa, sola, yo estaba sola. Tuve vergüenza de decirle a él que me sentía mal. El se fue a tomarse una pilsener por ahí y cuando volvió yo estaba mejorá' y durmiendo.

Me venció el sueño y sentía yo como la guagua se movía, la sentía como estornudaba y no hice amago de nada. Cuando llegó él, se dio cuenta y la arregló. Me preguntó que cuánto más o menos, yo le dije que cuatro dedos. Le cortó, le amarró bien el ombligo y la lavó: nació sola.

**Fuimos a un médico
yerbatero**

Yo tuve buenos partos en la casa y no necesité que me apretaran la barriga, todo fue bien, de un viaje. Lo único que se me murieron guagüitas. La primera guagüita que se me murió se murió de infección al estómago, tenía tres meses.

La llevé al médico de Maipú, pero nada la mejoró. Vivíamos en Rinconada y veníamos a Maipú a ver médico. ¡Habremos gastado plata en tantos remedios, médicos, doctor!

Y después, por ahí, fuimos a un médico yerbatero, ahí en Buzeta. Me miró la guagua y me dijo: "Prepárese porque su guagua se va a morir, no le queda nada de vida". Y fue así, pues, al otro día murió la guagua y ya no había nada que hacerle.

El otro niño que se me murió nació en el Cajón del Maipo, nació en la ambulancia. El aire allá es bueno, seco, agradable, de cordillera. Después cuando los vinimos después del terremoto —ese niñito venía cumpliendo un año y un mes— se me muere acá de un ataque al corazón; porque pasamos a vivir a Quilicura y allá es húmedo.

En Rinconada, después de casados, estuvimos hasta el 55 y nos fuimos al Cajón del Maipo. Mi marido era empleado en el fundo Queltehue; ahí fue cuando pasó el terremoto del 58.

El terremoto fue otra cosa grande que vi: tembló tan fuerte que, cuando paró, había terminado el refugio de los carabineros. Tembló desde el 28 de agosto, todo el mes, y el 4 de septiembre hubo otro grande. Ese de agosto fue cuando terminó Melosas y el del día 4 terminó el pueblo El Volcán. Ese fue el grande, el mismo día de la elección de Alessandri.

El pueblo se vino abajo, quedó desolado, no quedó nada porque está entre los cerritos. El diario decía que había aparecido otro cerro ahí, pero lo que pasó es que se juntó y después llegó a su centro y ¡claro!, sólo queda un montón de escombros.

Nosotros estábamos viviendo en Queltehue. La casa se desmoronó toda porque era de yeso duro y más encima, en el dormitorio se abrió la tierra, se hizo grieta. A nosotros no los pasó nada, pero la casa se vino abajo.

En el terremoto uno se acuerda de Dios. Es lo primero que uno se acuerda, realmente, con toda fe, de Dios; porque es el único que puede remediar las cosas en ese momento. Allá fue tan grande, hubieron muchos muertos. En ese entonces, los helicópteros se encargaban de recoger los muertos y traerlos a San José y de San José bajaban las camionetas con los cadáveres a Puente Alto: muertos y heridos. Y seguía temblando.

Nos fueron a buscar las autoridades de la Escuela Consolidada de Puente Alto y yo no quise irme a la escuela,

**El pueblo se vino abajo:
mi casa se desmoronó**

Habíamos perdido todo

porque vi en el diario una cola pa' recibir comida. No quise llegar a hacer cola, a estar todos juntos durmiendo, y me dije: "Yo no me voy a meter ahí". Y nos fuimos a la casa del papá de él a San Bernardo.

El gobierno entregó hartas camas, frezadas, harta ropa; pero desgraciadamente nosotros no tocamos nada porque no los fuimos al grupo, porque no los agregamos ahí. Nos independizamos y quedamos fuera de todo. Por ese lado estuvimos mal, nosotros igual habíamos perdido todo.

El era arreglador de caballos en Quilicura

En San Bernardo estuvimos más de un mes. Mis suegros eran campesinos, pero se habían ido a San Bernardo por razones de que no tenían trabajo en el campo. Entonces, se fue con la yerna a San Bernardo.

Después Guillermo, mi esposo, encontró trabajo y nos fuimos a Quilicura, al fundo Bascuñán. Se fue de empleado: era arreglador de caballos corraleros que tenía el patrón. Le montaba los caballos, iba a los rodeos. A veces ganaba y otras no. Yo lo iba a ver a veces también.

Estaba asegurado el pan y la leche, que era ración también

En el fundo de Quilicura le daban casa, la galleta y, cuando no había galletas, le daban pan de panaderías, porque ahí estaba más cerca del pueblo. Entonces, no faltaba el pan y la leche, que era la ración. Tierra no nos daban y yo me dedicaba a la casa no más.

El sueldo alcanzaba porque nos daban el pan —que es lo más necesario— y nos daban la leche. Con el sueldo les compaba ropa y cosas para la casa. Yo iba a comprar; me acostumbré por tener mejor tanteo para los gastos. Porque él compraba otras cosas —embelecós— y después, a mitad de semana no había nada. Preferí comprar mejor yo.

En Quilicura vivimos tres años. Todos los niños iban a la escuela.

Allí nacieron las dos menores de mis hijas. Preferí tenerlas en la casa, porque las señoras que atienden en el campo tienen otro trato; no son como las matronas, son más cariñosas, la tratan mejor. Por ejemplo, me tocó un caso cuando nació la Purísima. Me fui a mejorar al Barros Luco y ahí ¡me salieron como leonas!: eran viejas y bravas, otro término no se puede usar.

En el 62 más o menos. . . mire, tenía mi grupo familiar y todo, el mayor estaba chico, tenía como 5 ó 6 hijos ya. Entonces, había un patrón en Quilicura que le gustaba el trabajador que tuviera varias familias, o sea, varios hijos, para cobrar él el Familiar.

Llegó él a trabajarle a ese patrón, este caballero alcalde de Quilicura. Yo esperé dos, tres meses y fui a reclamarle yo misma que me pagara el Familiar que me debía y a pedir la libreta arreglá'. Yo sabía que arreglándose la libreta cobraban el Familiar. Pero no me daba respuesta. Me pasaba una miga, \$ 100 o un poco más o un poco menos y el resto iba quedando todo dentro casi ¡un Familiar como de seis personas!

Un día fui y di cuenta a la Caja y le exigí. Hable de esta y de esta forma. El señor funcionario me dio una explicación: "Si no le pagan, venga para acá". Fui a hablar con el patrón, fui con todos mis derechos y le expliqué como que sabía mucho:

—Yo necesito la libreta arreglá, pa' llevar al niño al médico y necesito también el Familiar de tantos meses.

— ¡No! —me dijo— yo no tengo ná' que ver con usted.

—Pero el Familiar es mío —le contesté—, el Familiar es de la mujer y de los niños. El trabaja y le paga su sueldo, pero el Familiar es mío.

Entonces se enojó. No esperé na' y me fui y le hice la demanda. Le llegó la citación, me llegó la mía y fuimos allá. Yo lo tenía de antemano acusado de todo, ahí fue bien poco lo que hablé:

—Hay tantas personas que están en la misma situación —dije yo.

—Usted le va a pagar el Familiar —dijo la señora— y le va a pagar las impositones a la Libreta.

¿Ve?, tenía derecho y por eso es que gané el pleito, se lo gané porque estaba en mi derecho y lo hice pagar. Nadie se atrevía a reclamar por no perder la casa. A mí no me importaba la casa, no me interesaba donde los tenía viviendo. ¡Lo que yo pedía era el Familiar!

**¡Lo que yo pedía
era el Familiar!**

La Asignación Familiar salió el 51 y ahí anduvieron Comisiones por los fondos, para despertar a la gente de que estaban dando plata por las cargas en el Seguro Social. Entonces, en el 52 más o menos, yo ya tenía dos niños.

**Llegaron hablando que
salió una ley del gobierno**

Fui a Maipú al llamado que había pasado una señorita, fui y me resultó. Sacaba peso cincuenta, tres pesos mensuales. Eran cuatro coma cinco y de ahí fue subiendo, subiendo de a poco, hasta que ahora se encuentra en ciento treinta ¿no?

En ese tiempo todo era barato y alcanzaba pa' comprar cualquier cosa con los \$ 4,5. Cuando iba a cobrar compraba de todo un poquito y me llevaba pa' la casa de todo un poco de almacén. Después invertía al tiro la plata.

La señorita que nos visitaba los hablaba de que salió una ley de gobierno, entonces, de que esa ley era para todos; teniendo la Libreta al día y estando trabajando tenía derecho a cobrar la Asignación Familiar. De ahí pa' cá conozco la Asignación Familiar hasta el 76, cuando dejó de trabajar él. Cuando le entregaron la parcela, se acabó el Familiar.

**Trabajamos limpiando
zanahoria:
nos pagaban por cancha**

La primera vez, en Quilicura, estuvimos trabajando los dos, limpiando zanahoria. Primera vez que yo salía, porque por los chicos no podía hacerlo. Fuimos a trabajar a otro lado, a una parcela. Nosotros no teníamos parcela, sino que él era inquilino de un fundo.

Yo tenía una amiga que era hija del dueño de la parcela, y ella habló con el papá y fuimos a trabajar allá. Habían dos mujeres trabajando, fuera de mí, y varios hombres, como seis.

Yo me levantaba muy temprano para dejar todo listo y los niños quedaban con los mayores —mi niñita mayor que tenía como 10 años—. La comida la dejaba adelanta' en la mañana y ella le daba una miradita ¿Ve? Hay que dar que los chicos aprendan porque tiene un apuro uno y ya saben hacer algo. Entonces, cuando llegaba estaba todo listo, no tenía ningún problema. Estaba tarde y mañana. Nos pagaban por cancha y nos convenía porque yo tenía para los gastos de la casa. Compraba el pan y todo lo que faltaba de mercadería, con la plata de las zanahorias. Entonces, de ahí yo le tomé cariño al trabajo. Sí, el trabajo se sacrifica, pero, ¡llega plata, llega plata!

**Fue ayudante de capataz en
la Hacienda de Huelquén**

De Quilicura nos fuimos a Huelquén; ahí nació Ricardo el 62 y Fernando el 63, en el Hospital de Buin. Nos fui-

mos a Huelquén porque acá en Quilicura ya no estaba trabajando como a él le gustaba y encontró trabajo de ayudante de capataz en la Hacienda de Huelquén. Los patrones eran buenos: teníamos una casa con agua y luz.

Era una casa buena y bonita; tenía arboledas y vivíamos bien ahí, yo estaba muy acostumbrada. Tenía huerta y frutas, uvas, tomates, cebollas, porotos pa' temprano. En la semana yo la trabajaba; los sábados y domingos que él tenía tiempo, me ayudaba en las limpias.

Teníamos pa' los gastos de la casa y afuera, teníamos una cuadra de ración; era buena y se la daban sembrá' en el fundo. Ahí estaba bien, porque mandaba a la Vega y después salía el maíz pa' la casa, hartas papas y porotos también.

Vivimos tres años en Huelquén y nos vinimos porque él tuvo un disgusto con el cuñado del patrón. Fue un disgusto por un caballo con el hijo del patrón. Se equivocó y se dio cuenta cuando ya era tarde. Así es que nos vinimos otra vez.

En Huelquén me pasó algo parecido que en Quilicura, me pasó lo mismo: no había Familiar. Me vine a Santiago para saber en qué Seguro me correspondía reclamar y aquí me dieron una carta al Seguro de Buin. Se enojaron allá:

—¿Es que usted no sabía que había una oficina aquí?

—Sí sabía —le dije— pero como estoy recién llegada acá, no sabía dónde estaba, ni busqué tampoco, sino que me fui pa' llá, porque allá la zona la conozco y esta carta traigo del jefe.

Entonces la leyó y telefoneó al tiro pa' llá. Era el Familiar y la Libreta; también le gané pu'. Quiso desquitarse el patrón allá en la casa: que no quería darme agua, que era una pura llave no más donde se sacaba agua. Le dije yo:

—No me voy a hacer ningún problema. Voy a ir a Buin y pido agua a los bomberos y voy con mi Libreta pa' que vean que tengo niños chicos y le digo que fulano de tal no me quiso dar agua.

—¡Saque agua no más —me dijo después él, solo.

Yo no le tenía miedo y los demás sí. La gente es tonta ¿sabe? ¡Las demás mujeres le tenían miedo! Por lo general, no le tengo miedo a nadie cuando tengo la razón. Lo arreglé porque tenía razón. O sea, que ahí defendí: plata de él, de los niños y plata mía y salí al frente con ellos. Con la

**De nuevo defendí la plata
de los niños, la plata mía**

verdad yo llegué lejos.

En Las Nieves se formó el asentamiento

Después, él encontró trabajo en el fundo Las Nieves, en Puente Alto, por el paradero 30 más o menos. En ese fundo ha estado siempre la Protectora de la Infancia: hay niños internos.

Ahí, yo vivía en el pueblo y él trabajaba en el fundo; ya no teníamos casa en el fundo y vivíamos afuera. Un tiempo pagamos arriendo y después me salió casita por la CORVI en Las Brisas. Es una población nueva de 900 casas. Eso fue el 69 ó 70 cuando entregaron las casas; el 70 ya estábamos viviendo ahí.

Hice los trámites, me inscribí en la CORVI y nos daban una tarjeta y teníamos que postular en el banco. Había que depositar en el banco, irle poniendo plata. La plata la sacaba del Familiar y recortes que me hacía. Así, de un momento a otro nos llamaron y nos entregaron la casa ¡yo estaba contenta! Me entregaron el título que aquí lo tengo. La casa la tiene ahora mi hija mayor.

En Las Nieves tenía garantía de pan y nada más; no tenía garantía de casa, no tenía garantía de tierra. Antes de que se formara asentamiento, tuvo dos años un pedacito de tierra, que era como un cuarto de cuadra no más. Y después las quitaron y se formó asentamiento ahí.

Nosotros peliábamos la tierra

En el tiempo de Allende ya estaba trabajando en el fundo, en el asentamiento. Trabajaban todo en común. El fundo lo expropiaron el 71. ¡Fue muy peliá la expropiación! Ellos lo tomaron; pero al final, después, siempre volvió atrás.

En ese tiempo de la toma unos trabajaban y otros cuidaban las puertas y se hacían la comida ahí mismo. Las mujeres todas metidas ahí con sus cabros chicos, haciendo comida atrás, en las casas, cuidando por todas partes. Teníamos miedo que llegaran de repente y nos baliaran los milicos: ese era el temor que teníamos. Nosotros estábamos conscientes del valor que tenía pa' nosotros la tierra. Eso se peliaba. Las mujeres también estábamos.

La toma duró como un mes: en 1971 unos cuidando las puertas y otros tramitando por fuera. Después se expropió; pero no se parceló el fundo. Estuvieron un tiempo trabajando

en asentamiento y después como que salieron siete pa' cá. Nos dieron parcelas en El Roble, aquí detrás de la población La Bandera.

En el asentamiento la mujer se sacrificaba poco, porque más el trabajo era de los hombres. Se organizaban Centros de Madre¹², ahí trabajaban en lo que siempre se hace: tejido, moda, artesanía y también se aprendía algo.

Venían profesoras de Santiago. En eso se organizaban las mujeres, en eso sí había participación porque es bueno. Salían una tarde. El día de reunión ya se reunían todas, trabajaban, tomaban once entre todas las compañeras; entonces opinaban de todo un poco, o sea, era como una recreación pa' que la mujer salga del hogar a reunirse con otras.

Pa' 1 Once él estaba trabajando en el fundo y yo en Puente Alto cuando escuché que avisaban lo que pasaba. Luego cortaron la luz y empezaron ya a disparar. Los niños estaban en el colegio, los más grandes trabajando y después que cortaron la luz, empieza la vigilancia. ¡Que nadie anduviera fuera de la casa ni de día!

El llegó a la casa porque ese día todos se empezaron a recoger. Ahí él se fue pa' dentro y cuenta que cuando se empezaron a irse los campesinos, vino un avión a bombardear la torre de la radio Emilio Recabarren, que estaba en medio del potrero. ¡La destrozaron total!. Ellos, como estaban tan cerca, pensaron que iban a morir allí. Cuando pasaba el avión se quedaban parados al lado de unos árboles grandes; los que estaban cerca de la torre murieron. Muchos campesinos murieron: si la torre estaba en medio del potrero, ahí le tocó a la casa también y todos murieron.

El llegó a la casa ese día y no volvió más al fundo, sólo después que se empezaron a hacer otros trámites en la CORA. A él nunca le pasó nada, pero yo tuve miedo porque se llevaron a sus hermanos; todos ellos fueron castigados, pero él no.

A los hermanos que se llevaron los tuvieron dos días y se los llevaron a una parte. Los sacaron del fundo con la vista vendá' y amarrados los echaron a un camión y pasaban por encima de ellos, como quien pasa por arriba de un palo. No los

Era más trabajo para los hombres que para las mujeres

Muchos campesinos murieron

quebraron pero llegaron molíos' con los bototos de los milicos, ¿no ve que tanto los pisaron? Como quince pasaron como si fuera un montón de leña, los golpearon harto y después se los llevaron. Anduvo harto el camión hasta que se pararon en una parte. El hermano de él cuenta que se sentía un campanario y los metieron en un subterráneo y les seguían pegando y después los fueron tirando allá. Los tiraron medio atontados, con la vista vendá', sin comer y todos machucados. Ellos no supieron a dónde se los llevaron, nunca supieron.

**No se sabía el por qué
del motivo de tanto molestar**

Ya cuando las cosas se arreglaron un poco más, el volvió a trabajar en el fundo; pero siempre los venían a molestar los milicos. A él siempre lo encontraban por ahí, regando solo, pero cuando había grupito de dos, de tres, ahí sí que se enojaban, más de alguno se llevaban. Pero a él nunca le pasó nada, quizás porque trabajaba solo.

El patrón nunca los denunció, a pesar de que pasaban por la misma casa de él. Se trataba de perseguir, nunca se sabía el por qué del motivo de tanto molestar. Sería porque tenían tomado el fundo, yo creo, más por eso, porque otro motivo no tenían.

**Había alguien
que daba el sople**

Una vez, llegaron las cuñás' y les dije: "Preferible que se vayan a sus casas, esperen allá." Y es que ya los habían llevado y tenían miedo de llegar a lo mismo otra vez. Entonces, hablaron a un militar y él les dijo que fueran a un regimiento a hablar con una persona, porque ese era el que mandaba a recoger a la gente. "Porque si no tienen nada, no tienen por qué perseguirlos —les dijo—. Era un sargento.

Y fueron las mujeres a hablar con esa persona. No tuvieron miedo, fueron al regimiento y dijeron: "Se llevaron a los maridos en tal fecha y les hicieron tal y tal cosa y no sabemos na' de ellos, no están en ninguna parte y los camiones viven persiguiéndolos día y noche." Entonces el encargado les dijo que eran ventazos, soplos que llegaban, por eso él mandaba los camiones. Había alguien que daba el sople, quizás quién sería. Nunca se supo.

Los campesinos tenían miedo porque nadie estaba tranquilo: de un momento a otro se los llevaban. Por suerte los vinieron a dejar. Considero que fue una suerte, porque ha

pasado por acá de que se lo han llevado y no ha vuelto más. Es una suerte que quedaron con los maridos y si no, habrían quedado solas y total ¿a quién le iban a decir algo? Si así estaban las cosas por acá.

Nosotros trabajamos hasta el 76 y ahí nos mandaron pa' cá, pa' l Roble¹³. Esto era un asentamiento, estaba listo para ser parcelado. Faltaba una deuda que había que pagar y entre todos hicieron la plata del retiro y pagaron la deuda y gracias a eso quedamos con parcelita.

Nosotros hicimos la casa. El primer año sembró algo y el segundo se metió en un crédito en el banco. Hubieron problemas con el banco porque subió mucho la cuenta y entonces tuvo que hacer traspaso. Ese fue el problema que hubo, por eso tuvimos que quedarnos con esta parcela, pa' poder quedarnos con tierra. Y aquí estamos esperando lo que venga. Porque lo que va a venir es algo concreto: todos los demás vendieron y está bien, esperamos lo mismo.

Ojalá que vendamos luego, el fin de mes ya hay novedad. Se sabe que hay demora por la transferencia de esta parcela por la otra: todo es plata. Tuvo que pagar \$ 30.000. Cuando vendamos acá queremos comprar otra parcelita. Ojalá que tenga casa, agua, luz, todas esas cosas; o sea, superarnos un poco. Sí, porque la única oportunidad que quedaría es vender pa' arreglarnos un poco y tratar de cuidar lo que queda. Queremos comprarnos tierra pa' Melipilla; tengo parientes y siempre pienso volver donde yo nací. El quiere para criar animales.

Al tener parcela, al principio, se me hizo un poco ingrato; pero al final pueda que se llegue a un arreglo y que él se haya favorecido, porque no es común que cualquiera tenga un pedazo de tierra ahora.

Aguantándose un poco encuentro yo que vamos a tener un futuro bueno, sí, porque es algo que está asignado a uno. Yo, de primera, no me quería hacer a la idea, porque cuando iba al colegio me preguntaban:

—¿Arrienda?

—No, somos asignatarios —contestaba yo.

—¿Ah, son propietarios! —decían, porque ellos conocen más del asunto de las parcelaciones.

**Tuvimos que traspasar
la parcela**

**¿Cómo va a ser de uno
un metro de tierra
si no la ha comprado?**

Después me fui dando cuenta que era un error que estaba diciendo yo, de que me sentía como ajena a esto. ¡Ná' que ver! Porque no se siente uno dueño. Ahora, ya me siento de que es propio. Me sentía ajeno porque no me daba la idea de que un pedazo de tierra podía tener uno, así no más, porque ¿cómo va a ser de uno un metro de tierra si no la ha comprado?

Es diferente un metro de tierra en el pueblo que en el campo, es diferente, una diferencia grande. De todas maneras es como sentirse realizada. Ahora es lo único que tiene, suponiendo que toda una vida en un campo trabajando a los patrones, qué sé yo... Entonces, ahora es como pa' independizarse total, pa' ser solo, pa' trabajar solo, por su cuenta. Entonces, vivir mejor: eso sería lo esencial cuando nos arreglemos bien, eso es lo que pienso yo.

Me traje las flores y fueron multiplicando

Siempre me dediqué a las flores. En Puente Alto, yo tenía flores en el sitio y me las traje pa' cá y fui multiplicando más, tenía hartas papas y me resultó bien. A otras personas también les resultaba y ya después me iban a comprar. Ganaba plata, porque un pedacito de Reina Luisa vale, y los Gladiolos igual, y así me fui entusiasmando y aumentando las semillas. Yo sacaba más plata que él, porque las flores venían más luego y no tantas complicaciones como con la corta de porotos: que pagar cortadores y todas esas cosas; en cambio las flores, no.

El trabajo lo hacíamos los dos con mi marido

El me preparaba la tierra, bien trabajá' y enseguida poníamos las papas, surquiábamos y poníamos las papas. Yo ayudaba a ponerlas y después las limpiábamos. Ya quedaban en surquitos y se regaban. De ahí a esperar no más. Las venían a ver cuando estaban cerca de la floración, ahí las trataban y después las venían a buscar.

El trabajo lo hacíamos los dos con mi marido, pero la plata la recibía yo. Tuve Gladiolos, Reina Luisa y con ellas me fue re' bien: vi harta plata porque las flores las mandaban a buscar del Cementerio Metropolitano.

Los hijos buscaban el comprador, ellos llevaban las muestras, a ofrecerlas. Así encargaban tres, cuatro docenas; aquí hacíamos los paquetes. ¡Todo es entretenido! Saber que

es de uno y para uno, por eso me gusta; porque una vez que estemos bien pienso seguir con las flores. He pensado de tener cosas, de seguir con la crianza de gallinas. Las gallinas que ahora tengo, veo plata de ellas; por eso yo le tengo amor a las gallinas. Hay que tener experiencia pa' criar; los pajaritos hay que saberlos cuidar y mantenerlos.

Tener todas esas cosas ya es diferente. Si estuviéramos mejor tendría límites y ¿cómo no voy a estar feliz de tener alivio pa' la casa?

A mí me hubiera gustado que mis hijas hubieran estudiado mucho más. La oportunidad la tenían en sus manos, pero la desaprovecharon porque no quisieron ir a estudiar. Mis hijas, si se hubieran casado con campesinos, habrían tenido una vida muy dura y ellas no son duras como pa' vivir en el campo. Se criaron en el campo, pero se formaron a mujer en el pueblo y fue diferente; ellas se formaron en Puente Alto.

De la infancia, a cuando ya se van haciendo mujercitas, hay que enseñarles los quehaceres de la casa, después el estudio, después mostrarle el lado bueno y la realidad. No contarles fantasías, ni que ellas crean que las cosas llegan así no más. Hablarles con verdad, no mintiéndoles. . . Decirles las cosas claras, del peligro. . . advirtiéndoles las cosas.

A los hombres hay que mostrarles lo mismo, aunque sea de otra forma. Por ser: en el campo ir a la chacra, enseñar que tienen que ir a limpiar, muchas veces ir a sembrar. Enseñarle lo mismo que una sabe, pa' que después ellos trabajen solos.

Hay que mostrarle y que hagan lo mismo que el papá. ¡El trabaja con ellos!, cuando siembra trabaja con ellos; así es que ellos saben sembrar, le saben cuándo tienen que regar, limpiar, todo eso. Yo encuentro que se forma una persona así ¡a la agricultura, al futuro! Porque si no aprende na' . . . una persona no es na' en el campo, no es campesino. Es lo mismo que uno no supiera criar un pollo. Entonces, todo eso uno lo ha aprendido, porque los mismos papás lo han enseñado; no el papá, sino la mamá. La mamá se encarga de eso. Nos han enseñado y lo sigo. Es como una herencia, es como una tradición que se lleva y lo que le han enseñao' uno no lo puede dejar

No contarles fantasías

**Es como una herencia,
una tradición que se lleva**

atrás, porque le ha tomado cariño a este trabajo.

**En el campo
hay una separación**

En el campo hay una separación: el hombre para arar, sembrar, limpiar; la mujer para criar animalitos, cuidar el huerto y la casa. Los hombres no crían pollos, a no ser un criadero grande; lo otro es casero, una cosa casera no más. Pero la mujer tiene que atender la casa e ir a hacer algo afuera también, al terreno.

**El trabajo de la casa es
sacrificado, pero no se paga**

El trabajo de la mujer es el trabajo de hacer las cosas: el lavao' el planchao', el hacer la comida, el aseo. Todo eso es trabajo —pa' mí que es un trabajo— porque si no lo hace uno, las cosas no se hacen solas. Los hombres creen que las mujeres estando en la casa se llevan durmiendo o están sentadas ahí, creen que lo que se hace se hace solo y no es así. Yo creo que hay personas que no lo entienden; porque el trabajo de la casa es sacrificado también, pero no es pagado y es sacrificio de todas maneras, porque sirve pa' criar la familia. Sí, porque sin trabajo no cría la familia tampoco. Si una mujer tiene una guagua y se levanta a las doce y les da a esa hora el desayuno, la guagua se muere, ¡no la cría! Porque la flojera no la deja ni criar al hijo. Yo he visto, por eso le digo que las mujeres flojas se les mueren las guaguas. En cambio, fíjese: yo me levantaba a las seis de la mañana para criarlos a todos. Ahora me levanto a las 8.30 porque no tengo guagua.

**Es como que tuviera
una enfermedad
de responsabilidad**

Hay hombres que no les gusta que la mujer trabaje fuera de la casa, entonces, uno tiene que darse la libertad no más. Porque yo le puedo decir que, en el caso mío, yo no he mirado por mí ni por él, sino que he mirado por mis cabros, porque la responsabilidad ha estado por sobre todas las cosas en mí. La responsabilidad, no sé, ¡es como que tuviera una enfermedad de responsabilidad! Es una desesperación para mí si yo no tengo qué darle a los cabros. Ni porque estén grandes y sean capaces. Yo me siento tan capaz y tan sana como pa' seguir luchando por ellos como lo he hecho de siempre.

Por eso una mujer, pudiendo hacerlo, tiene que trabajar contra viento y marea. No importa que se enoje el marido. Lo bueno sería que la mujer siempre tuviera trabajo, sí

pues, que realmente lo tenga.

Debería haber una ley, una compensación al sacrificio de la vida ¡Ah! que le viera el libro de vida y al final: ¡la recompensa! Claro, porque el trabajo de la casa es como el de afuera, es lo mismo y no es pagao'. Debía tener una recompensa. La persona que está lúcida debería tener una recompensa, siquiera pa' vivir los últimos años y no estar dependiendo de los hijos. La vida de la mujer es ingrata, más ingrata que la del hombre. Sí pues, al final el hombre tiene su jubilación propia pa' vivir. ¿Y una qué? Trabajando en la casa ¡qué jubilación va a tener!

¡Una está más desvalida de todas maneras! Nada tiene uno propio: siempre hacia los demás. En lo práctico no es tan bonito. Porque aquí, dentro de la casa, no se saca nada. Afuera, aunque sea más sacrificio, algo recibe. ¡Claro pues!, si cuando llega igual tiene que hacer las cosas de la casa no más.

Poco han cambiado las cosas pa' las mujeres. Las actividades casi son las mismas, porque el campo es casi una rutina no más. Si cría algo tiene que cuidarlo, es lo mismo siempre; si cría pollos, los pollitos tiene que atender, las gallinas es lo mismo.

¡Ah!, en las leyes ya cambió, está más claro. En cuestiones de aprender que las leyes no son las mismas, uno va sabiendo. O sea que se va dando cuenta de que no es lo mismo que antes. En las leyes que se imponen en el Seguro, en Salud y todas esas cosas, uno está viendo que no es lo mismo de antes. Hay diferencias. Pero en la casa es lo mismo porque la rutina es la misma: según los animalitos que tenga, es la obligación que tiene.

Cuando la mujer cría animales y hace queso: rutina, pero eso sí, dentra plata porque ahí vende. Pero, eso hace la mujer que es inteligente. Porque la que es floja, ahí la vida se le hace dura. La floja no hace ná', porque está esperando lo que venga del marido, lo que el marido traiga. Yo creo que la parte importante es que la mujer tenga inteligencia, porque hay personas que no les gusta criar ni un pájaro, nada: por no tener obligaciones, sabe Dios, por no levantarse temprano pa' criar algo. Si se levanta a las 11 de la mañana ya estarían

**Una ley de compensación
al sacrificio de la vida**

**Según los animalitos que tenga,
es la obligación que tiene**

los pajaritos muertos. Por eso le digo yo: una persona que es inteligente y que no es floja, en el campo hace algo y no es su vida tan dura. En el campo tiene que ser una persona que sepa criar y que le guste el campo.

Sí pues, a mí me gusta el campo, porque yo entiendo todo eso; si no, estaría en el pueblo. No me aburre el campo, en cambio el pueblo sí. Esos cinco años que estuve afuera, en Puente Alto, ¡fue como estar un siglo y no me acostumbré! Dejé de tener gallinas, porque me robaban mis gallinitas. Me sentía acorralada, no podía hacer nada, no podía comprar pollitos. Ahí no se puede, ¿no ve que a los vecinos no les gusta? Entonces, eso es lo que sentía más yo.

**En el pueblo,
cada uno quiere
aparentar más que el otro**

Hasta la forma de pensar es diferente en el pueblo: la vida no es igual. Empezando, en el pueblo se preocupan de otras cosas: su aseo o vivir mejor que el otro vecino, de todo eso se están preocupando. Y eso no es lo mismo que en el campo. En el campo no le interesa que el otro haga esto o lo otro y en el pueblo se están mirando: si uno compra una cosa, el otro tiene que comprar lo más grande, lo más doble para poder aparentar, porque cada uno quiere ser más. Eso yo me di cuenta el tiempo que estuve en el pueblo. La gente es egoísta. Y no saben que nunca va a emparejar, porque todas las personas no son iguales: lo que adquiere uno, el otro no lo puede tener. Entonces, ahí es donde sufren. Ahí vienen los disgustos, las peleas que se forman en las poblaciones.

Los campesinos son más buenos, porque se independizan más de eso, de estar encima de la gente, de los demás. Es muy a lo lejos que uno conversa con una persona, no es la rutina de estar encima. Uno ve la persona y si es conveniente de tener amistad, lo sigue, y si no, no es ningún problema: se aleja calladito no más. Pero casi siempre no es tan egoísta como en el pueblo. Yo encuentro que es mejor, que es más abierto, que tiene más oportunidad de dar un plato de comida, porque en el pueblo eso es difícil cuando uno no tiene na'.

**Se terminaron las tierras
de las siembras**

Mucho ha cambiado, con el pueblo, con la ciudad. La modificación que ha habido no está buena, porque le han quitado la siembra. Han tenido que terminar con todo eso por hacer más poblaciones. Crece la población y la siembra no

pues. Entonces, ahí yo encuentro que no está bien, porque la siembra. . . de que venía tanta cebolla de Quilicura y ya no es na' lo que viene ya. . .

Se quita de comer. ¡Claro!, porque el zapallo, todo eso, se sembraba harto. Ya se sabe que van a edificar toda el Area Metropolitana y no va a quedar ninguna parte que no van a edificar: ya se terminaron las tierras de las siembras, ya aquí no hay nada. La única manera es salir lejos no más, la única oportunidad que queda ahora. Por eso yo prefiero comprar parcela pa' l campo.

Me han invitado a reuniones, a mí me gustan. Mire, yo he ido a una reunión que me invitaron, con los pasajes pagados. ¡Uf!, pa' mí ha sido una maravilla, porque he conocido gente importante. He conversado con gente educada, con gente profesional, gente que a lo mejor yo nunca habría tenido la oportunidad de conocer. En pocas horas que hemos estado conversado juntas, lo' hemos tratado como si los hubiéramos conocido tiempo.

Hicieron una reunión una vez, de unas grabaciones que fueron pa' fuera —yo sabía que iban afuera— por los Derechos Humanos. Se opinaba de la actualidad, de cómo estaba la salud. Y yo digo el problema que estaba con nosotras: sin previsión, sin tener plata pa' médico y si se enfermaba alguien ahí tenía que esperar lo que viniera, porque sin plata los hospitales no atienden. Es la verdad, o sea, que fue como llevar una verdad. Si no tiene plata, no hay atención médica, no le aguantan si no tiene \$ 100 y ahora subió a \$ 500 ¡Imagínese! Todo ese problema yo le dije, porque me sentía afectada; por esa razón yo di mi opinión y salí aceptada. Así pues, porque no tenemos derecho a nada. Por un lado estaba bien la entrega de tierras, pero por otro lado estaba mal, lo estaban perjudicando. Porque una vez que entregan la tierra no hay créditos; con qué va a trabajar la persona, si no tiene un cinco. Todo eso lo expliqué yo, como pequeña parcelera, pequeño agricultor. O sea, que es una aclaración hacia el pequeño agricultor. No se podía mentir de las realidades que se están viviendo y de las que se vivieron pa' trás. Y ahora siguen igual los problemas: el pequeño es el que más sufre, todas las consecuencias las recibe el chico, el pequeño agricultor. Por eso, es bueno que hayan organizaciones donde la mujer exponga sus problemas. Yo creo en una organi-

**Y yo digo el problema
que estaba con nosotras**

zación, siempre y cuando nos hicieran caso; que fuera realidad todo lo que pidieran y se lo concedieran.

Tendría que organizarse todo Chile

Ahora está harto difícil, porque se dará cuenta que cuando habla el Pinocho le echa la choreá' a todos por parejito y ¡pobre del que lo vean en cosas raras!, tiene los días contados. Eso lo ha dicho una y mil veces. Por eso, lo veo harto difícil. Tendrían que cambiar las condiciones: un civil, otra persona que se diera más cuenta de los problemas que hay actualmente. Para que nos hicieran caso tendrían que organizarse todo el mundo, ¡todo Chile! Porque organizaciones chicas no, tendría que ser en unión, como se dice: "La unión hace la fuerza".

Porque un militar es un militar, las cosas son de otra manera, no las mira igual que un civil. Por eso yo pienso que la cosa siempre se va a arreglar pa' los regimientos, pa' los uniformados; pero los demás no.

Ya la tierra no responde

El campo está más olvidado que ninguna cosa, porque antes se compraba un pedacito de tierra y se veía plata. Ahora yo pensaba que, con todo este pedazo de terreno, estaríamos arriba. En comparación con el 71 y 72 que sembré un cuarto de tierra, el otro año media cuadra ¡cuánto no hice con eso! Me compré una tele al contado y cama; llegar y acostarse, con la pura plata de los choclos. Y ahora no se hace nada con la tierra, ya la tierra no responde. Sería trabajo perdido ponerse a trabajar de más. Por eso, la única solución es tener fe de que vamos a salir luego.

Todo el mundo vive espírituo', con miedo

Qué se puede esperar, ¡uf!, que venga mucho más pobreza, hambre. La gente pobre, la gente obrera, no tiene con qué ir apoyada. Con otras fuerzas sería lo único. Yo lo encuentro difícil: los veo harto pegao', yo los veo harto pegao' a los milicos.

No los pueden sacar así no más. Pero si él lo dice públicamente, a todo el mundo se los dice, amenaza; entonces, todo el mundo está espírituo', tienen miedo. Ahora mismo, lo que está haciendo ahora, uno se pregunta: ¿qué pasa que hay tanta vigilancia por todos lados, qué pasa que paran

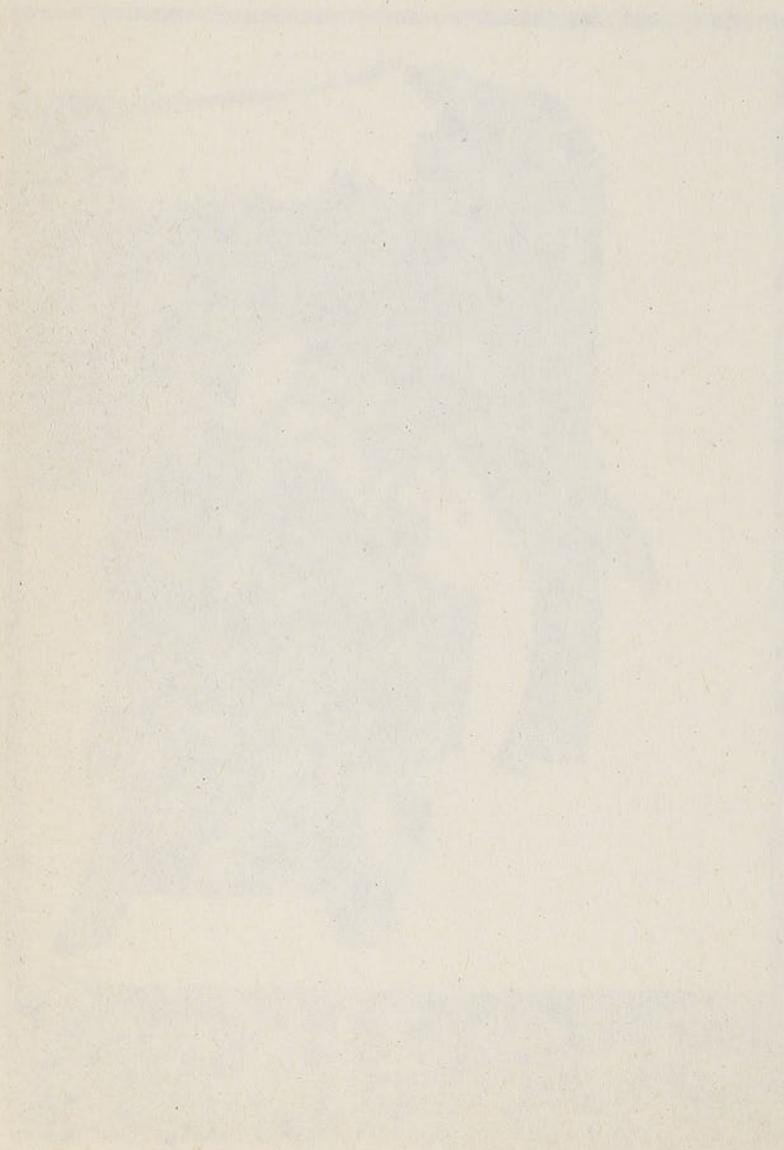
un vehículo? Como que estamos volviendo al 73: los allanamientos, las parás' de autos, las parás' de micros pa' Puente Alto: los bajan. O sea que en este sentido no se avanza na'.

No veo na' de libre yo, por eso pienso. . . no entiendo mucho de política, pero veo que las cosas están malas. En Chile toda la gente está pensando que tiene algo por dentro, que no están de acuerdo y sufren por eso. Ven que la familia sigue en las mismas, o siguen la vida ya de tener una preocupación por un hogar, responsabilidades. Entonces, eso como que duele: que detrás va a venir más duro todavía. Quizás cambiando, a lo mejor sería más fácil yo creo pa' los que vienen de atrás, más al futuro. Porque después de todo, uno ya no piensa como de joven. Ya piensa que uno ha vivido una parte de vida; ya no va a ser lo mismo, porque uno se va a morir un día, con los mismos años. Uno tiene que reconocerlo, no como otras personas que no lo reconocen. He visto gente afirmá' en un palito y creen que no se van a morir nunca. Yo no lo pienso así. Por eso pienso que los de atrás van a tener problemas si no se arregla esto, y bien serios, porque la cosa está mala.

Esta historia fue recopilada en **El Roble**.
Recopilación: Macarena Mack.
Composición: Sonia Montecino y Ximena Valdés.



LEONTINA



Leontina Leyton

Mi mamá pagaba obligación

Ya ni me acuerdo cuando nací, creo que fue en 1931 en Aguila Azul. Era un fundo bien grande, quedaba pasando Hospital.

Era mucha la gente que trabajaba; había un establo re grande con unas corridas muy largas donde cada señora ordeñaba las vacas. ¡Era una cosa tremenda ese trabajo!

A la mamá le daban leche y hacía queso. Le pagaban, pero era muy poco el sueldo. Le daban tierra. De eso me acuerdo bien: le daban media cuadra de tierra porque ella era la que pagaba la obligación¹⁴, no mi taitita, él era voluntario. Mi 'amita era la dueña de casa y la que pagaba la obligación y por eso ella tenía que ir siempre a sacar leche.

Lluviera o no lluviera, sacaba leche dos veces al día

Tenían que ir a las pjaras, que le llamaban. Les daban unos suecos con unos palos así tan altos y cerrados. Porque ahí era puro barro no más. Al lado había un corral donde se encerraban los terneros. Tenía que ir cada mujer a buscar los terneros que le correspondían a sus vacas y llevarlos. Se enterraban hasta las rodillas en el barro; sacaban leche dos veces: a las tres de la mañana y a las tres de la tarde. Lluviera o no lluviera, nevara o no nevara igual tenían que hacerlo.

Una vez —dice mi 'amita— nevó que se caían los postes de la luz, y así tuvieron que sacar leche. ¡Tremendo! Siempre tenía que ir a sacar leche y cuando nos iba a tener a nosotros, le daban una semana y ahí tenía que ir otra vez ¡y nosotros fuimos doce!

Yo le preguntaba siempre, cuándo nos daba de mamar. Decía que nos daba de mamar en la noche y antes de ir a trabajar. Así nos crió. Fuimos buenos hijos porque cuando ella llegaba, ahí estábamos nosotros; la guagua tenía que mamar calladita, sabía que tenía que esperar hasta esa hora pues.

En Aguila Azul estábamos de allegaos.¹⁵ A mi 'amita le dieron un ranchito en una casa. Ese ranchito era de carrizo,

no de totora como ahora. Creo que ya no debe existir el carri-
zo, es una cosa así de palitos, como una pajita. Ahí vivía mi
'amita en esa casa.

La señora donde vivían hacía pan amasado y mi
'amita ¡mire!, fuera de sacar leche tenía que ayudarle a hacer el
pan por tenerlos ahí. Y ella lavaba ajeno más encima.

Un día, cuando se fue mi 'amita a la leche y ya le
faltaba poco pa' terminar, ve que está to'o el ranchito en lla-
mas. Uno de los hermanos mayores se había levantao y había
sacao los fósforos y le había atracado fuego. Vino mi taitita
corriendo y alcanzó a mi hermano menor que estaba guagüita,
lo sacó cuando ya se le estaban cayendo las cosas quemás arri-
ba. Así que quedaron a brazos cruzados, todo se les quemó,
hasta la ropa ajena. Y de ahí la pobreza más grande, porque
imagínese, quedaron en pelota.

Se salvaron todos los niños, eso fue lo mejor. Los sa-
có a toitos, si no se habrían quemado, la guagua sobre todo.
Después de eso, se vinieron a Paine. ¡Si se quedaron sin nada!

**Quedaron en pelota,
en la pobreza más grande**

Como le contaba, mi 'amita ganaba tierra en Aguila
Azul —media cuadra de tierra—. Se sembraba maíz, porotos y
papas. Los porotos y las papas eran pa' la casa; el maíz se ven-
día. Lo vendía el papá y para ese tiempo de las cosechas nos
compraban zapatos nuevos. Esa era la única vez que nos com-
praban. Antes, siempre andábamos a pies pelaos. Se nos dego-
llaban los de'os abajo con la tierra caliente y quedábamos co-
loriando, se nos hacían unos tajos ¿no ve que se caldea la tie-
rra? Así que pa' las cosechas nos compraban chalas.

**Pa' las cosechas
teníamos zapatos nuevos**

Todo el resto del año pasábamos con lo que quedaba.
De' que empezaba a salir de la tierra el poroto verde, el grana-
do, el choclo, se sacaba. Los llevaban a todos a limpiar la tie-
rra, los porotos. Cuando había que quebrar paiza, quebrar maíz,
deshojarlo, desgranarlo— ¡y nada de cuestión de que se fuera a
librar uno!— todos trabajaban, todos ayudaban. Porque ahora
las cabras se avergüenzan de ir a trabajar. Si uno manda a una
chiquilla a regar la chacra, le da vergüenza pu' y dice: “ ¡Claro,
así que quiere que me vean regando! ¿Usted cree que yo soy
hombre?” Pero nosotros teníamos que hacer las cosas no
más, porque antes los papás eran harto más estrictos.

Fue el puro desparramo de correas

Mi 'amita nunca nos pegaba, mi taitita era el guapo. Una vez ¡me dio una calda! Esa fue la última fleta que me dio. Yo tendría unos 12 años y me pegó con esas riendas que le pegan a los caballos. Así que quedó el puro desparramo de correas. Eso pasó porque yo tenía un hermano que hacía una camita con cañas, de esas que se hacen las escobas. Muy bonita la camita que los hizo, de rama de curahuilla; pero no teníamos ropa pa' la cama, ropa pa' la muñeca. Entonces, fui y le hice tira la faja a mi papá y de ahí le sacamos pedacitos pa' la cama y le hicimos abrigo a la muñeca ¿no ve que las fajas son largas? Nos salieron hartos pedacitos. Con mi hermana —que está muerta— vamos juntando los pedacitos y me acuerdo que como a las 12 llegó mi taitita y pide la faja: “Tráiganme la faja”, dijo. ¡Esta si que fue pa' buena! Yo se la llevé. Cuando ve mi taitita los pedacitos. . . agarra el chicote y me saca pero la mugre a chicotazos y a la otra no le pegó porque se dio al hilo, se arrancó. Esa vez no más y de ahí no me fletó nunca.

Ser pobre y andar con la frente en alto

A mi taitita le gustaba el vino, pero era harto derecho pa' enseñarlos a nosotros. Decía: “No sean atrevidos, no roben, no hay que tomar, porque lo más lindo es ser pobre y andar siempre con la frente en alto, que no le anden señalando con el deo' por ahí”.

Mi taitita trabajaba al día. Se levantaba temprano, pero no como mi 'amita. A él lo mandaban a regar o al pasto, porque ahí tenían que tener siempre pasto pa' los animales o sembraban un maíz especial; esto también lo sembraban y lo picaban verde y eso le daban a las vacas. Ese era el trabajo de voluntario y por eso, recibía un sueldo. Por la casa trabajaba mi 'amita; mi taitita tenía sueldo al día: según lo que trabajaba, ganaba.

Nunca se oyó decir que los afuerinos fueran malos

Me acuerdo, que llegaban afuerinos. Esa era gente que venía de otras partes, no se de 'onde. Gente pobre. Les daban por ahí una rancho o que durmieran en cualquier parte. A veces llegaban con familia, pero casi siempre solos, así no más. Es que los afuerinos siempre llegan solos, sin familia, pero de a poco se van afirmando en el fundo: trabajando ahí, ya les dan casa, les dan pieza y ahí llevan su familia. Era gente buena,

nunca se oyó decir que fueran gente mala. Allá toda la gente era buena, era gente de trabajo, trabajadora.

Los patrones también eran buenos porque pagaban lo que debían, le daban la tierra, esa que daban antes. Nunca se dio que no les pagaran lo que correspondiera. A mi 'amita le sirvió después. Le sirvió todos esos años de trabajo, le sirvió su libreta pa' la jubilación.

Mis papás estuvieron 15 años o más en Aguila Azul. Ahí nacieron una, dos, tres mujeres y hombres... el Juan, el Luis, el Negro, el Valentín que se murió y yo. Como le conté, Aguila Azul era grande por los vacunos, por las vacas pa' ordeñar que habían hartas.

Habían muchos cerros pa' echar los animales, muchas mujeres obligadas. Iban como dos mujeres por casa, sus 15 ordeñadoras, eran hartas porque no habían máquinas. Las obligadas eran puras lecheras no más.

Una tía era ordeñadora también, pagaba obligación. Ella era hermana de mi taitita y su marido era hermano de mi 'amita. Cuando no iba ella, iba su hija a sacar leche; siempre alguien pagando la obligación.

Después nos vinimos a San Miguel de Paine. Eso fue así: mi 'amita avisó que no va a trabajar más. Le dieron permiso unos días pa' que saliera a buscar trabajo. Salió y halló en San Miguel.

Antes, no había organización y los datos no se sabían, ellos tenían que salir a buscar trabajo por su cuenta, a dónde hallaran: fundo por fundo buscaban.

Así lo hacía la gente porque los echaban, porque los mayordomos a veces eran malos: hallaban que la gente era floja, que no entendía y por cualquier pretexto los echaban. Le decía al patrón y el patrón le creía al empleado y lo echaba no más, con todo. No tenía na' que ver con cosas.

En San Miguel el trabajo de la mamá era igual; pero más sacrificado porque tenía más vacas. Tenía que sacar los terneros de un corral y llevarlos a amamantar. Se metía al barro en el tiempo de invierno cuando tenía que sacar leche. Era

**Las obligadas
eran puras lecheras**

**Los mayordomos eran malos
y echaban a la gente**

**Las mujeres eran buenas
pa' tirar la teta a las vacas**

más sacrificao, más jodío.

Allí habían como 500 animales, era un establo grande porque pa' llevarle el pasto a los animales se retiraba en un carro —de esos que andan los trenes y tienen una línea por el medio— y en esos carros iban repartiéndole; a un lado estaban las vacas y ahí le iban echando el pasto picadito con una máquina picadora.

Las mujeres se iban como a las dos de la mañana y eran buenas pa' tirar la teta a las vacas: métale ahí no más sacando. En esos años no habían máquinas; no como ahora que hay puras máquinas y ni una mujer en el establo que está todo pavimentaíto. Por ese trabajo mi 'amita se había enfermado de las piernas. ¡Imagínese!, tener una guagua y estar una semana y enseguida meterse al barro y después se lavaban las piernas con toda el agua helá.

No teníamos ni pa' un caballo

Hartos trabajaban en el fundo San Miguel, porque yo me acuerdo que en el camino habían muchas cosas y el fundo era re' grande, llegaba por abajo, ¡Huuy!, eran potreros y potreros. Cuando le tocaba ir a mi taitita por allá, tenía que salir bien tempranito de la casa pa' llegar a la hora. Se tenía que ir a pie: no tenía animales mi 'amita. ¡Eramos tan pobres que no teníamos ni pa' un caballo! Así que tenía que andar todo el tiempo a pata no más.

El papá seguía mandao a regar, siempre se manejaba regando, no sé, parece que le gustaba o porque hay personas que saben los riegos. Entonces, siempre lo manejaban regando pa' dentro y después venía a sembrar la tierra que le daban a mi 'amita; él la arreglaba y sembraba con las chiquillas, con las que íbamos creciendo ya.

Así le ayudábamos a mi taitita: él araba la tierra, la rastiaba con rastra de clavos y después le pasaba una de tablas y nosotras nos subíamos arriba. Una tenía que subirse arriba porque así le daba más peso, para hacer tira los terrones. A veces nos caíamos pa' trás, nos caíamos de espardita. Cuando estaba rastiaíto hacía el surco y sembraba maíz. Nosotros le ayudábamos más a sembrar las papas, eso es más fácil.

Mi 'amita se entendía con un mayordomo

Yo no me acuerdo de los patrones, porque más se entendían con el ministro¹⁶, con el mayordomo. Había minis-

tro y mayordomo, de las dos clases había ahí. El ministro es el que lleva más las cuentas y el mayordomo es el que sale a cuidar a los trabajadores. . . que no flojeen. Pero ellos no eran tan malos porque nunca escuché que le pegaran a nadie. Pasaba de a caballo por los establos vigilando a las mujeres, viendo los terneros. Si parece que había un mayordomo pa' los puros establos porque mi 'amita se entendía con uno y mi taitita con otro.

Donde mi 'amita hizo más queso y comíamos fue en San Miguel, porque cuando parían las vacas, el mayordomo le daba la leche. No ve que la dejan así una semana y le van sacando la leche hasta que se le va arreglando, entonces eso se lo dan a las personas que van a sacar leche. Mi 'amita la llevaba toda; llevaba unos baldes de leche pa' la casa y nos hacía queso, pero todo pa' la casa no más. A nosotras, no los dejaba mi 'amita que los metiéramos, le gustaba a ella, nosotras la mirábamos no más. A ella le gustaba dejarlo bien hechito: le ponía el agua caliente y bien aplastadito. Era ella no más la que trabajaba.

Ninguno de los hermanos pudimos estudiar. Fuimos doce por todos, pero se murieron tres chicos y quedamos nueve: uno se murió al nacer, otro que tenía como dos años murió de peste y el otro —una niña— ya ni sé de qué murió.

Les hicimos velorios. Cantaban una canción de angelitos muy bonita. Les hacían unas varandas: se cruzan unas varitas atravesás y ahí ponen el cajoncito y de ahí uno se va de a pie al cementerio y va toda la gente detrás.

Eso eran los entierros que le hacían a los hermanitos. A uno lo trajeron en varandas de la casa a Paine y fue harta gente, tanto al velorio como al entierro; porque como campo, siempre la gente se une pa' esas cosas. Siempre se unen y va bastante gente acompañando.

¿Sabe? yo vine a conocer a los curas cuando hice la primera comunión: tenía 8 años. Hice la primera comunión y me confirmé. Yo nunca había visto un cura de esos como los obispos que se llaman.

Allá en Paine hay una casa de curas, donde estudian y ahí nos trajeron. Un curita los había confesado: ya conocía

En el campo la gente se une pa' los velorios de angelitos

Un padre con un cucurucho arriba, "¡Huy, Dios mío el diablo!" grité

a los curitas yo. Cuando llegamos a la iglesia, íbamos todos en fila y con un papelito en la mano las que íbamos a ser confirmadas. En eso, sale un padre enorme con un cucurucho arriba y vienen los otros curas chiquititos detrás. “¡Huy, Dios mío, el diablo!” grité. Me dio pero tanto susto que nunca se me ha olvidado. Escondí el papelito, porque dije: “¿Qué será esto Dios mío?”

Lo que es la ignorancia grande digo yo. Así, después, ya cuando pasó el padre ese con el cucurucho arriba haciendo una cruz en la frente, ahí me pidió el papelito, que yo no había entregado de puro susto.

Ahora el diablo se esconde

En Aguila Azul contaban que salía el diablo y era verdad porque hay un Cristo en toda una esquina. Lo pusieron porque era mucho ya, pasaba el diablo por ese mismo camino donde tenía que ir la gente a sacar leche.

Antes —decía mi 'amita— que apenas hablaban del diablo y enseguida aparecía tanto de animal como de cualquier cosa. También la llorona, una mujer que lloraba y lloraba, pero no se la veía.

La llorona y el diablo eran las dos cosas que más existían en Aguila Azul. Mi 'amita decía que antes existía el diablo porque la gente era más inocente. No como ahora, que el diablo se esconde de uno porque la gente está más diabla que el mismo: lo hacen lesa. El diablo queda ahora en vergüenza y dice: qué voy a aparecer si me hacen lesa.

Pero antes, el diablo seguía no más, ya de perro, ya de otro animal. Me acuerdo que una vez en Paine, fui a ver a mi hermana mayor que estaba viviendo en el Escorial, más arriba del fundo. Andábamos jugando con unas cabritas y los gustaba mucho ponerlos los zapatos de los papás. Andábamos con unos zapatos grandes, cuando veímos un perro ¡pero tan grande como un ternero! Arrancamos y no supimos de los zapatos. Había una guagua más chica sentá al lado de unas matas de penca y qué, ¡pasamos por arriba de la guagua! ¡Qué susto grande! y esa vez tiene que haber sido el diablo, porque ¿cómo un perro tan grande y negrito y no hacía nada, nada, estaba parato no más mirándolos?

Ese Cristo de Aguila Azul lo puso el mismo patrón, hicieron misa y después también aparecía el diablo, pero a lo lejos, porque ya tenía que pasar detrás de ese Cristo. No como

antes que a veces iban andando y se le aparecía en el mismo camino. Después, ya tenía un poco más de respeto el cachúo, ya no se atracaba tanto a la gente.

Mi 'amita era religiosa. No iba a la iglesia, pero nos enseñaba a rezar. A ella le había enseñado su papá, porque mi 'amita quedó sin mamá chiquitita. Se crió con el abuelito no más. Y de la edad de 8 años empezó a hacer las cosas.

Ella lavaba y hacía todas las cosas; trabajó desde chiquichicha, por eso fue tan trabajadora. Yo conocí al abuelito, era chiquitito el abuelito Cipriano. También era agricultor, vivía en un fundo; yo me creo que tiene que haber sido obligao'. Vivía en el fundo El Arrayán que viene quedando por ahí cerca de Aguila Azul.

Mi 'amita se casó de 16 años; era jovencita, pololeaba a escondidas. Antes —decía ella— pa' pololiar se pololiaba así; mirarse no más y piedrecitas. Se tiraban piedras, entonces eso quería decir que le gustaba. Cuando mi 'amita le largaba piedrecitas a mi taitita, quería decir que estaba bien porque mi 'amita lo quería. Así que a puras piedras se pololiaba. No como ahora, porque ya se conversa, se le da permiso y todo a las chiquillas. Antes, iban a hablar con los papás cuando se iban a casar. Ahí se le pedía permiso y ya tenía que cumplirlo porque era muy estricto el abuelito. ¡Puf! era chiquitito; pero era muy re' guapo.

Mi 'amita tenía dos hermanos hombres y ella era la mujer no más pues. Cuando se casó con mi papá se fueron a Aguila Azul y el abuelito se quedó solo, porque los otros mayores ya se habían ido. Después, el abuelito se fue a vivir con uno de sus hijos en el mismo fundo El Arrayán.

De San Miguel los trasladamos a un fundo chiquitito: Santa Julia. Eso está pa' l otro lado de Viluco, hacia arriba. Ahí le tocaba el riego a mi taitita. Habían pocas vaquitas y una señora no más sacaba la leche, mi 'amita no trabajó en eso.

Se sembraba maíz también, lo picaban porque tenían un silo bien grande. Picaban el maíz y las cañas verdecitas y lo van echando y tienen guardado un alimento pa' las vacas. A eso se dedicaba mi taitita y regaba potreros.

Ahí pagaba obligación mi taitita, nos daban la casa.

**Mi 'amita trabajó
desde chiquichicha**

**Las mujeres trabajábamos
pa' la pura cosecha**

Le daban tierra también y la cultivaban los hermanos: el Hernán, el Juan, el Luis, el Negro, esos eran. Estaban grandes ya, estaban hombres. Ellos cultivaban y mi taitita se dedicaba a trabajar en el fundo.

Mi 'amita se quedaba en la casa: hacía la comía, el lavao y cuidaba a las chicas. Estábamos mejor porque como estábamos más grande había ayuda de mis hermanos. Después los hermanos se iban independizando, iban ayudando. Se quedaban en el mismo fundo siempre y empezaban a trabajar con sueldo de los 14 ó 15 años. Pero las mujeres no trabajábamos en Santa Julia, porque ahí no había trabajo pa' mujeres.

En Santa Julia estuvimos un año. Vivíamos en una casa que era la última pa' l fondo, al lado de un tranque.

Nosotros no salíamos nunca pa' fuera, no más que cuando había que ir al almacén a comprar. Salíamos a veces, cada 15 días, a buscar las cosas y volver pa' entro solos. Siempre salíamos de a dos, no ve que era un camino solo.

Fue una vida tranquila ahí, porque empezando, no trabajábamos. Eran los puros hombres que trabajaban. Una sola vez trabajamos: fue pa' la cosecha. Nos llevaron a todas a cortar porotos, a quebrar maíz en la media cuadra que nos daban. Nosotras teníamos que recoger todos los porotitos que se caían pa' fuera, porque la paja la ponen en redondo y la trillan con caballos y recogiendo todas. . . Nos ponían a trabajar a todas las mujeres.

**¡Todo el día agachá,
meta cortar y gameliar!**

Después, los vinimos a Viluco.

Ese es un fundo grande, hay viña. Tiene así pa' dentro, donde pasa la línea del tren y también pa' l otro lado un pedazo. No es chico y habían más o menos 20 casas. Lo que más producía era viña. Tenía ahí mismo las soleras y ahí en el fundo hacían el vino.

Nosotros vivíamos en la última casa pa' dentro del fundo al lado de la viña. Ahí ya los fuimos a trabajar en la amarra, desbrotar o cortar la uva. Hasta abrir melgas: ese es un trabajo pesado que tiene la viña. Le pasa un arao' y queda la melga, entonces, pasa por aquí el arao' y ahí va quedando una cachá de tierra: tiene que ir sacando toda esa tierra, dejando una sequiecita. Eso es pesao pero hay que hacerlo con una pala o azadón. Eso hacíamos nosotros.

Yo tenía 13 años. Eso se pagaba por melgas. Nosotras ayudábamos al Luis —mi hermano— pa' que ganara más. Ahí, siempre nos mantuvieron trabajando pa' la corta de uvas. Unos pocos a cortar y unos acarriaban: llenaban cajones y eso se lo ponían en la cabeza, dos o tres cajones en la cabeza. ¡Todo el día agachá, meta cortar y gameliar!

Mientras más gamela¹⁷ saca, más gana. Entonces, nosotros le hacíamos puro empeño no más: ¡Póngale ahí!. Todo el día trabajando pa' poder ganar. Y trabajábamos porque esa era la única temporada en que se podía hacer un poco de plata. La temporada empieza en marzo, a veces dura hasta abril, mitad de abril o sea un mes y medio. La gamela la pagaban a \$ 5: el que era más bueno pa' cortar ganaba más.

De todas las casas trabajaban las mujeres, yo creo que más de dos mujeres por casa, porque iba la mamá, la hija y también el marido. Los trabajos eran harto pesaos y sucios porque una sale toda mugrienta en la tarde. No ve que la uva se hace tira, a veces se llueve y se pudre y hay que cortarla toda igual no más. Así que el trabajo en la vendimia es harto pesao y hay que hacerlo pa' que el hermano gane más.

En las vendimias trabajaban pocas gentes de afuera; como el fundo era grande, la gente era la de ahí no más. Como le cuento, de cada casa iban sus tres o cuatro hijos bueno pa' la corta —hombres ya— y fuera de las mujeres también iba el marío'.

Mi 'amita no fue a las vendimias, los llevaban a nosotros y mi taitita era el que iba encabezando las vendimias. No nos daban comida, así que cada uno iba a almorzar a su casa o algunos llevaban comida. Ese fundo era de los que no daban comida, yo conocí otros fundos donde daban la comida. Por acá por Macul, le daban porotos, la comía' estaba hecha pa' la hora de doce: le daban su ración, lo único que había que ir a retirar era la galleta en la tarde.

La galleta era buena, pero los sueldos no, eran mal pagados porque como era harta viña e iba harta gente, entonces el viejo se hacía de rogar pues. Total, si uno no quería trabajar por el precio, iba y ponían otro. No era na' bueno.

En Viluco había trabajo todo el año: primero la amarra en seco, la desbrota; después venía la otra amarra, en verde; después venía la vendimia. En enero la desbrota, de ahí

Había trabajo todo el año

la amarra en verde. En marzo la corta de uva; y ahí viene la poda —en eso trabajan los hombres—. Después, la recogida de sarmiento y luego, la amarra en seco. Después, se descansa y se empieza de nuevo: se descansa como tres meses.

Esto era como el año 50 y tantos, hace como 28 años más o menos. En ese tiempo nació el Beño, el hermano menor, la guagua. Mi 'amita no iba a trabajar al campo, se quedaba en la casa haciendo el almuerzo; porque cuando era tiempo de trillas, había que mandar la comía o tener el almuerzo listo: llegábamos a comer apurados y salir a trabajar otra vez. Así que se tenía que quedar en la casa no más. Ella no hacía pan porque comíamos las galletas que nos daban en el fundo. Si se llegaba a comprar pan, era muy poquito.

Los días de lluvia: parchar y parchar

Las hermanas mayores, aprendieron dos a tejer. Mi 'amita nos hacía siempre ella la ropa, tenía una máquina de mano y con eso cosía, una máquina que le había regalado el agüelito.

En invierno, cuando llovía o no era tiempo todavía de ir al campo, las que sabían tejer, tejían o costureaban, parchando. Eso se usaba mucho antes: el parche. Lo que más usábamos nosotros era el parche. Así que en tiempo de invierno se iban juntando todas las cositas rotas que habían y vamos parchando y así eran todos los días de lluvia: parchar y parchar. En eso se aprovechaba el tiempo.

La ropa pasaba de un hermano a otro. Lo que quedaba chico ya, pa' l otro más chico y así hasta que ya no se pudiera poner más. En eso no tuvimos problemas porque ninguno fue que quisiera tirar pa' el solo. Todo el tiempo fue así, unidos en la casa.

Cuando chicos, todos igual

Nos criamos unidos porque así nos enseñaron en la casa. Si había algo pa' comer: pa' todos igual. Eso era lo que tenía mi taitita: hay un pan, de ese comimos todos, a todos nos daba un pedacito. Ahora que estamos más viejos estamos un poco desunidos los hermanos: pero todavía quedamos algunos unidos.

Con los padres, los hermanos andaban bien, eran respetuosos, nada de atrevimientos. Pobre del que fuera atrevido, lo hacían humiar a palos.

El trabajo era pa' todos igual, hombres y mujeres. Si uno jugaba, jugábamos todos por igual, ya fuera el juego de la payaya o el arroz con leche. Na' de aparte porque eran hombres o porque fueran a ser cosas de hombre. Cuando ellos fueron hombres ¡claro!, salían a jugar a la pelota, esas cosas: pero cuando chicos, todos igual.

La mamá no mandaba a los hombres a hacer las camas, ahí sí que no: pa' eso estaban las mujeres. Pa' eso estaba la mujer: pa' hacer las cosas de la casa. El hombre se iba pa' la chacra. No me acuerdo yo de un hermano haciendo su cama ¡no!

Pero a nosotras no nos daba rabia que nos mandaran, no rezongábamos. Nos mandaba mi 'amita y lo hacíamos no más. Ahora no, es que hay tanta entretención y si uno los manda a hacer algo, no hayan las horas de venir a ver tele o qué se yo. Nosotros ni radio teníamos, así que era como una entretención hacer las cosas de la casa.

Los hermanos mandaban a las hermanas, los más grandes. Mi hermano el mayor quería que lo tratáramos como hermano mayor. No le gustaba que le dijeran "vos" sino "usted" y como era el hermano mayor teníamos que hacerle juicio. Los otros no; pero él era así, él quería como mandar ¿ve? A veces nos pegaba, eso sí que yo no le aguantaba:

—No, yo no te digo usted ¡te digo vos no más!.

—No, porque tiene que decirme usted: yo soy su hermano mayor y la mando —me contestaba.

El papá y la mamá no decían nada, porque siempre decían que había que respetarlo. Cuando no estaba mi taitita, él quedaba de dueño de casa y ahí había que decirle usted, porque se creía papá.

Los mayordomos a veces andaban bien allá en Viluco: se conversaba, se trataba bien; pero había días que no. Lo trataban como trabajador, como pobre, con diferencias.

Con las hijas de ellos no los juntábamos, porque las hijas como que eran más, se creían. Bueno, eran más señoritas, andaban más ordenaditas, más bien vestidas. Entonces, ya eran

**La mujer estaba
pa' las cosas de la casa**

El hermano mayor manda

**Lo tratatan como
trabajador, como pobre**

otra cosa y nosotras como éramos pobres: nos miraban mal. Conversábamos así de pasadita a veces, pero de ser amigas no.

Siempre fueron así, medias creídas. Bueno, como el papá de ellas ya no era un trabajador como el de uno, tenía un puesto más alto —eso pensarían ellas— ganaban más plata y andaban mejor. Tenían casa mejor arreglá', más muebles y todo.

Las casas de nosotros no eran muy chicas, tenían dos dormitorios, comedor, un cuarto y cocina. Eran de adobe, todas las casas eran de adobe. Yo me acuerdo que los poníamos a jugar detrás de las puertas y hacíamos hoyos en el adobe y ahí sacábamos el azúcar, de los adobes. Eso lo empezamos a vender: teníamos almacén ¡claro! nos creíamos dueños de almacén. Entonces, la otra más chica era la que venía a comprar. Esos eran los juegos que teníamos.

Antes parece que se jugaba más que ahora. Ahora las cabras: la tele y la radio, no juegan juegos sanos. Cuando yo era chica, habían mujeres hechas y derechas que jugaban con nosotros a la Niña María, a la ronda.

Como a los 11 años todavía jugábamos con muñecas de trapo no más, nosotras mismas las hacíamos. Juntábamos trapitos, los doblábamos y ya: esta es la boquita, la nariz, los ojitos. Como éramos tantos no nos compraban juguetes. Una vez eso sí, me acuerdo que pasó un camión pa' la Pascua repartiendo juguetes. Pero nosotros lo único que tocamos fue una lauchita; le tirábamos así y salía corriendo la lauchita, arrancando. No me acuerdo quién pudo haber mandando ese camión, tiene que haber sido del gobierno, porque yo me creo que siempre habrá habido Municipalidad. Eso lo daban por familia, pero parece que alguien cobró lo de nosotros, así que una pura lauchita no más nos dieron.

Conocí a mi viejo en Viluco

Yo tenía 14 años cuando conocí a mi marido. A mi viejo lo conocí en Viluco, él trabajaba ahí. Yo en ese tiempo iba a la escuela —fui dos años no más y aprendí algo las letras, puedo leer, pero no escribir— ese era el último año que iría. El viejo vivía como en la mitad del camino, pa' dentro de un limonal y nosotros al fondo en un camino largo.

Cada vez que iba a la escuela, cuando salía en la tarde, el viejo me estaba esperando a la pasadita parado en el portón. Todo eso se hacía a escondía' porque mi taitita era muy

delicao’.

Una vez nos pilló; se vino por dentro a caballo, por el camino de la viña y ¡huy! nos pilló en el camino. El viejo estaba afirmado en la puerta de fierro: “¡Pa’ la casa! A la vuelta vamos a hablar”, me dijo bien enojao’.

Yo siempre salía con mi hermana, con la Margara —esa que se murió— y ella se enojaba cuando me ponía a conversar con el viejo pu’. En la tarde llegó mi taitita medio curaón. “Ya. ¡Qué pasa aquí!” dijo. Yo callaita, qué le iba a decir pu’. “No, si me estaba ayudando a sujetar el huacho”, le dije yo. La Margara se puso a hablar; pero como mi taitita estaba curao se le olvidó pu’, se quedó callao. Más fue el susto.

Después de eso, seguimos conversando con el viejo. Con el tiempo, fue mi viejo a pedirle permiso a mi taitita. El era más hombre, me lleva 8 años, él sabía las cosas pu’. Me dijo: “Voy a hablar con tu papá”. Yo le conté a mi ’amita que ese día iba a ir a hablar el viejo; pero mi taitita se fue pa’ otro lao y no lo esperó.

Al otro día, volvió a ir el viejo. Había vuelto a salir mi taitita, así que se fue a buscarlo donde estaba y por allá hablaron. Hasta hoy día no sé qué es lo que le dijo. Sí supe que me había dado permiso, pero bajo la responsabilidad de él: que él tenía que ser responsable de todo lo que me pasara. Ese día, yo andaba corriendo igual que una cabra, porque de 14 años uno es cabra todavía. Y me retó mi taitita: “¡Ya! Se tiene que portar como una señorita, ahora ya no es una cabra: es una mujer. Yo dije: ¡tate! está enojado. Así que ya no anduve más corriendo. Pololeamos como 5 años con el viejo, porque me vine a casar como a los 18 más o menos.

Yo me casé totalmente ignorante, na’ se sabía en ese tiempo. Si cuando me vino la regla no tenía ni idea: estaba trabajando en la viña y de puro susto no le dije na’ a mi ’amita. Después, me fui fijando en las ropas de las otras hermanas y ahí me fui dando cuenta. No le pregunté a nadie. Si nosotras estábamos guatonas, viejas y todavía creíamos pu’ oiga. . . si eso es la ignorancia más grande ¡cómo no decir. . . no darlos cuenta!

Cuando tuve mi primer hijo no tenía idea cuando

**Ahora se tiene que portar
como una señorita,
ahora es mujer**

**Estábamos guatonas, viejas
y no nos dábamos cuenta**

iba a nacer la guagua. Si no hubiera sido por una vecina se me hubiera muerto. Me venían los dolores y yo me sentaba en la cama, me sentaba y me pasaba. Yo tenía tomada la guata con las manos, estaba mirando por la ventana y salió la vecina de al lao. Quién sabe qué cara tendría porque me dijo:

—¿Está enferma señora Lionta?

—Sí

—¿A dónde le duele?

—Me duele aquí, me duele acá —le dije.

—¡Ah! entonces va a tener la guagua. Voy al tiro a llamar a don Juan.

Así que partió pa' dentro a llamar al viejo y él fue a buscar a la matrona. Me mejoré en la misma casa. Yo no tenía idea que iba a tener la guagua, que iba a nacer la guagua, que podían ser así los dolores, ninguna cosa.

Al viejo lo manejaba a puros tratos

Nos vinimos a vivir a Lo Ermita y desde entonces que estamos aquí. De Viluco, el viejo se vino a trabajar a Cale-ra de Tango; se quedó sin trabajo y se vino acá. El viejo cono-cía al administrador y él le dio trabajo, le dio una pieza. Era bien bueno ese administrador, al viejo lo manejaba a puros tratos no más.

Después me vine yo, aquí los vinimos a vivir los dos juntos. Estamos 25 años viviendo juntos.

Antes el fundo era más bueno, porque no teníamos este cierre, las casas eran toas abiertas. Usted podía llegar y entrar, ir pa' dentro, pa' l cerro, ir a buscar leña o frutas: no se enojaba el administrador. Duró como dos años no más. Había lechería también, con pocas vacas. Una señora sacaba leche y yo iba todas las tardes a tomar leche al pie de la vaca.

Cuando llegó este otro viejo ¡uf! Ya empezó de a poco a poner cierre a las casas, a poner puertas pa' allá, puertas y todo con llave, a quitar la ración.

En estos veinticuatro años he sido voluntaria

Yo trabajo en las almendras desde que estoy aquí. . . veinticuatro años. No he tenido obligación. Mi viejo sí, es obligao' porque trabaja pa' la casa. Yo no, porque trabajo de voluntaria; si yo quiero voy, si no, no. Pero igual hay que trabajar, porque son los únicos trabajos. Trabajo temporal de vo-luntaria, con sueldo no más. Nunca he tenido garantías, ni una

cosa. El sueldo que uno se gana: si se apura gana, si no, no gana na'.

Una vez, yo le pedí aumento al gringo. No quería aumentarlo y yo le alegué porque no nos dan ni una garantía ni tenemos Libreta. Ahí aumentó un poco el gringo, por esa vez, porque se dio a la razón; pero cuando él no se da a la razón, ahí andamos mal ¿ve? Ganamos poco y a ellos se les pone una cosa de pagar tanto y pagan eso no más.

En todos estos años hemos tenido el mismo patrón. Ahora, murió el viejo. Hace como 3 años que murió y quedó el nuevo. El patrón viejo era mejor que el nuevo. Hablé varias veces con el patrón viejo, era doctor y nos ayudaba cuando los niños estaban enfermos.

Mi viejo me cuenta lo que discuten en el Sindicato. Viejo el Sindicato ya, de muchos años. Pero nosotras no vamos a las asambleas: cuestión de hombres, de ellos que trabajan todo el año pa' l fundo.¹⁸ Nosotras alegamos solas pa' que nos aumenten en el pago de las almendras, que por el agua, alegamos solas no más. Ahora que ya tenemos un grupo de mujeres reunías, debíamos exigirles a los hombres de ir a las asambleas; pero de usarse, no se usa. Yo voy con el viejo al curso de alfabetización a la Escuela, pero de ir al Sindicato no.

Aquí hay un convenio y cuantos años ya y nunca han respetado. Ni el convenio ni la Asignación Familiar. La vienen a dar cuando ellos quieren, el pago igual.

El convenio lo hicieron por 10 años parece y van quedando dos. Lo hicieron cuando se tomó el fundo. Este lo tuvieron tomao' como seis meses y llegó que lo tuvieron que devolver al patrón y ahí hicieron un convenio: una participación de toda la fruta que se venda. A fin de año tiene que dar el 10^o/o y eso es lo que no se ha cumplido nunca.

Hay algunos del Sindicato que alegan, otros están ahí y que otros le hagan el trabajo. Yo me creo oiga, que antes peliaban más. Ya opinaban más y qué se yo. Ahora yo me creo que es miedo, eso es lo que tiene la gente, miedo de hablar. Creen que porque defiende un derecho es algo malo lo que están haciendo. Entonces no pu'. Por eso yo me creo que no pelean. Y se van hundiendo más, porque no se sale ese miedo.

**A las asambleas del Sindicato
van los hombres**

**Los patrones no respetan
las leyes**

Tantas mujeres organizá' y tanta cosa

Antes no se veían estos Centros de Madre, no se veían organizaciones como hay ahora. Tantas mujeres organizás y tanta cosa. Antes trabajo no más, no había reclamo, na'. Yo me creo que por eso mismo se pagaba mal, más mal todavía pues, porque la gente no tenía derecho a reclamar. Sola ¿qué iba a hacer? Le pagaban lo que querían como había tanta necesidad, tenían que quedarse a trabajar por lo que ellos querían.

La mujer ha cambiado. Yo misma he aprendido, porque antes, cuando yo hablaba, no sabía y todavía me cuesta un poco. A mí me gusta ir a reuniones, aunque a veces no hablen na'. Me han convidado y he ido; me gusta escuchar, porque una no sabe las cosas, pero escuchando las aprende.

Las señoras acostumbrás' a asistir a reuniones, saben bien la cuestión y hablan. Yo fui a Padre Hurtado a una reunión de las mujeres. A mí me metieron en las campesinas. Hablaban, hablaban y me dijeron: "Usted no está hablando na' ". Y me preguntaron. Hablé del trabajo temporal y del convenio. Entonces, me dijeron que tenía que seguir asistiendo pa' que vaya hablando. Ya después se va aprendiendo. Claro que a uno le da plomo, porque uno no sabe ni cómo empezar ni cómo decir las cosas, porque en el campo uno no está acostumbrá' a eso pu'.

Aprender es bonito, da gusto ver a la mujer hablando. Yo me hallo muy ignorante, así que me gusta ir siempre que me conviden a una reunión.

El trabajo de la temporada: las almendras y las uvas

Bueno, le voy a contar cómo es mi trabajo: la temporada empieza en febrero y termina en marzo. A lo que termina la almendra se va a la uva. Corto en canasto, porque con la gamela no. . . uno se tiene que agachar más abajo. En cambio con un canasto yo lo agarro de un aro y ya. Pero también es trabajo sacrificao, porque hay que andar todo el día agachá.

En las almendras he trabajado harto; nos levantamos a las seis y media de la mañana. Antes tenía que dejar el almuerzo listo y nos íbamos a las ocho de la mañana; nos iban a dejar en coloso al cerro. Llevábamos canastos y un saco. A las doce teníamos que tirar a pie de arriba pa' bajo y a la una y media partir otra vez. En la tarde nos iba a buscar el coloso, porque traían las almendras ya pelás y había que pesarlas pa' saber cuántas habían, cuántos kilos uno sacaba.

En ese tiempo, cuando empecé en este trabajo, tenía dos niños; los llevaba pa' rriba, andaba con ellos. Todas las mujeres llevábamos a los niños, los dejábamos a la sombrita y nosotras salíamos a recoger un poco y ya los veníamos a la sombra a verlos. Eramos sus diez, doce mujeres y la mayoría casás.

Los hombres apaleaban las almendras, porque ese es un trabajo más pesado. ¡Métale palos! siempre ha sido pa' hombres la apaliadura. Nosotras íbamos a descascarar y las traíamos descascaraítas pa' bajo. . . a pesarlas.

Ibamos al mismo cerro a descascarar. Lo malo es que se partían los dedos; este es el dedo que sufre más: el grande... se parte, se adelgaza.

Yo me hacía doce, veinticuatro kilos, a veces. Y no sé cómo las pagaban. Tienen que haber pagao harto poco, en esos años pagaban poco. Ese trabajo duraba más de un mes. Ahora, está durando más del mes. . . no ve que ahora hay mucha gente y hay más plantación de almendros.

En las temporadas trabajan 25 personas, los mesones se llenan por los dos laos. Se hacen a lo menos sus 50 cajas diarias entre todos, no ve que ahora pagan por cajón pues.

Yo trabajé hasta el año pasado, pero este año va a ser difícil por las piernas. Las niñas sí que van a trabajar. Ahí podrán decir: me voy a comprar cositas con la plata. El año pasado juntamos plata, toda la plata de las almendras y nos compramos una lavadora. Nos pagaron cuando terminó toda la almendra y nosotras dejamos toda la plata ahí, no nos gastamos el suple, pa' poder juntar y así sacamos, vinimos sacando \$ 12.000.

Sacamos como 300 cajones. Al día sacábamos como 20, 12, 18 depende. Sacábamos hasta que la hora durara: si más tarde, hasta más tarde sacábamos. Pero ¡qué trabajar más duro por Dios! Toda la mañana ahí ¡métale descascarando sin parar! ¡Métale, métale no más! Con la cabeza agachá. . . las cáscaras duras y pará y sin pensar ¡métale! Si uno se pone a mirar pa' otro lao no le cunde na' pues: tiene que estar mirando su trabajo no más.

Yo creo —y les estaba diciendo la otra vez a las cabras que eso mismo, tantos años en ese cemento duro y pará, se siente como un hielo abajo ¿ve? Aunque haga calor uno siente como hielo en las piernas. Eso me debe haber jodido las

**Toda la mañana
descascarando,
descascarando sin parar**

piernas.

Les dije:

¡“Vamos a reclamar!”

Ese patrón nuevo no es bueno; es más cortante ese jutre, porque se va a lo que dice la administración, no toma decisiones él solo.

El otro día fui a reclamar el agua. Estaba don Luis, el gringo y el patrón. Le dije al patrón: “¿Por qué no nos dan el agua pa’ las casas como nos estaban dando el otro día? ¿Por qué ahora nos dan el agua por allá lejos, por el coloso?”

No me hicieron caso, entonces fui donde la señora Edith; convidamos a la comadre Chela y a varias más y dije yo: “¡Vamos a reclamar, vamos no más! Porque no puede ser esto que vamos a andar con los tarros colgando.”

Justo estaba el patrón y el administrador en el auto conversando y llegamos de atrás nosotras:

—¿Qué pasó con el agua ahora, que no nos dieron agua? —les preguntamos.

El administrador saltó al tiro:

—Sale mucha plata. ¡Nos están colmando! Están gastando cinco horas extras de agua, así que van a tener que ir a buscarla a otra parte.

—¡Puchas! esto no puede ser —le dije— si uno está enferma de las piernas ¿Cómo va a andar con los tarros colgando? Con lo que ahorre pague las horas extras del agua ¡Páguenos las horas extras!

—No, no se puede pagar —dijo don Luis— porque no hay plata.

—Bueno, que se pare el coloso, unas dos paradas que haga, pa’ que les dé agua —habló el patrón.

Así que en eso quedamos; el coloso se para por allí a la entrada y después se va a parar por allá arriba. Pero igual está bien incómodo ¡Claro! ayer, cuando pasó estaba sola. Tuve que dejar agua en el puro bidón porque ¿cómo iba a ir? ¿quién me ayudaba? Entonces, pucha que es complicaio, hasta pa’ eso tenemos problemas ahora.

Al viejo no le gusta que los hombres hagan cosas de mujeres

A mis niños los he educado lo mejor que he podido. A mí me gusta que los chiquillos hagan las cosas: las camas cuando están chicos, que boten su bacenica. A pesar que a mi viejo no le gusta que los hombres hagan cosas de mujeres; pero a mí me gusta que los hombres aprendan. Eso les sirve cuando

están más grandes, cuando queden solos; por eso, les he enseñado a hacer un poco de comida. Claro que han agarrado bien poco, en cuestiones de comida no les gusta.

Yo les digo: no vaya a ser cosa que después se casan y tienen a la mujer enferma y no saben hacer una cuchará de comía o cuidar a sus hijos. Todas esas cosas deben saber hacerlas: mudar los hijos, hacer la mamadera.

A mí me ha pasado con mi viejo, cuando yo tenía los primeros chicos. Una vez, salió mi viejo a ayudar a sembrar a otro parcelero de aquí al lado y estuvo todo el día afuera. Yo caí en la cama: no era capaz de hacer un agua caliente para el pobre cabro chico. Sí, llegó y me vio botada ahí, estirafía en la cama y lo único que sabía hacer es té. Entonces no pues. Por eso les digo a los míos que tiene que aprender de todo.

Hará unos 10 años que no me meto en el Centro de Madres. Antes sí que fui: hacíamos tejidos, las que sabíamos tejer enseñábamos a las que no sabían, hacíamos onces e íbamos a comprar a CEMA. Comprábamos y les dábamos un crédito a las demás socias. Cuando terminaban de pagar, íbamos de nuevo a comprar y seguíamos trabajando.

En esos años era conveniente, cundía hartito el Centro de Madres porque venían mucho más barato que afuera las cosas. La lana, los zapatos, géneros. Ahora no, está mala la cuestión. Antes, se deshacía el centro, duraba un par de años, después lo volvíamos a armar otra vez y salíamos adelante.

Se conversaba de cuántos problemas; a veces, hasta uno les ayudaba a solucionar. Porque si uno vive sola no sabe lo que pasa en otra casa; reuniéndose u conversando se saben los problemas y se pueden ayudar más. Las mujeres aislás se enferman de los nervios. No ve que no tienen ninguna distracción, no tienen con quien conversar, contar sus cosas. Porque sea como sea: uno a veces necesita conversar sus cosas y si vive sola ¿a quién le va a contar, quién le va a ayudar? Nadie pues.

Yo nunca he tenido problemas en las organizaciones, me gusta. Siempre me ha gustao andar metida. . . me gustan las reuniones. Yo no sé hablar muy bien, pero escucho.

Una vez hubo un problema: fue cuando cambiaron

**Las mujeres aislás
se enferman de los nervios**

**Las jutrás están
acostumbradas a mandar**

el Centro de Madres del colegio pa' fuera. Eso pasó el 74. Lo cambiaron muchas metías ¡jutras!. Era un Centro bonito que se hizo con 60 personas, pero ¿qué pasó? Salieron puras directivas, puras gente de plata. Entonces, ahí sí que pa' mí fue mal.

Después, nos vinieron a hacer un curso de fardas. Las jutras llamaban a las señoritas pa' que fueran a verlas a ellas no más. Entonces, uno estaba aislada y yo dije: no, esto no puede ser.

Esas personas venían de afuera, de las parcelas de Santa Juan de Arco ¡ricachas! No pues, no pueden. Es que esa gente está acostumbrada a mandar. Total que no duró na' el Centro pu'; se fue abajo enseguida, se fueron saliendo poquito a poco, hasta que se deshizo todo y vaya a saber uno quién se quedó con los fondos.

Las que nos quitaron el Centro eran las puras jutras. . . Nos acusaron de comunistas ¡que éramos comunistas! Qué comunistas si lo que hablábamos era de dueñas de casa, pues oiga. ¡Qué sabíamos de política nosotras! A mí especialmente me acusaron en San Bernardo —como yo era la presidenta— fueron a la Gobernación a acusarme y ahí nos quitaron los libros.

Nosotras teníamos un fondo; fuimos y lo entregamos ¡No debíamos haberlo entregado, debíamos haberlo repartido! Pero como veíamos confiá que la cosa iba a ir bien, nos jodimos. A veces me dan ganas de organizar un Centro, pero después digo: ¡eh! estar cabriendo más.

Los parceleros ya no la miran como amiga

La Reforma Agraria, que viene siendo esa tierra que le daban a los campesinos, en una parte estuvo buena y en otra no. Porque hay gente que le dieron tierra y no sabe arar. Deberían haberle dado a los que sabían trabajar la tierra.

Mire, aquí mismo ese caballero sabe no más andar arriba del tractor: le dieron parcela y ahí la tiene botá'. Eso es injusticia pues. Aquí tocaron tierra dos trabajadores y dos empleados. El trabajador tiene mejor trabajá la tierra. Es solito el Juan Soto: la siembra, la riega, tiene limpiecito. Ese sabe aprovechar la tierra, los otros no.

Antes los parceleros eran gente muy buena: que si ellos tenían un pedazo sembrado y querían vender, a uno le vendían y le daban un poco. Pero ¿qué pasó? Les dieron parce-

la ¡se acabó!. Ahora ya no la tratan a uno como amiga, sino con más diferencia. Eso no debiera ser, total ellos son igual a uno no más. Se ponen creídos por tener una parcela. Parece que cuando la gente tiene tierra, cambia mucho. “Ricos - pobres”, les digo yo.

Antes, en lo económico no estábamos na' bien, de todos los fundos en que trabajábamos era malo. Ahora, ya va cambiando. Mire, porque empezando ¿cuándo habíamos tenido un frigider, una tele? ¡Nunca! No teníamos lo que era una radio antes. Ahora, eso ya lo tenemos.

Con harto sacrificio tenemos cosas porque todo se sacaba a letras y costaba mucho trabajo pa' juntar la plata. Yo me acuerdo: compramos la tele y estuvimos una semana comiendo bien malito pa' poder comprar la tele a los chiquillos.

Ellos salían a otra casa a ver la tele y a veces los echaban pa' fuera, les cerraban la puerta y ahí andaban en la calle. Entonces, el viejo dijo un día: “Vamos a dejar toa esa plata —en esos tiempos estaban abriendo la viña— y vamos a comprarle una tele a los cabros”. Así que esa semana lo pasamos más o menos, porque dejamos bien poquito pa' la casa. Pero les compramos una tele y ya tuvieron ellos donde estar, en la casa y no andar molestando en otras partes.

Pero el año que estuvimos mejor en lo económico fue en el 72. Teníamos harto pa' comer aquí, nunca nos faltó. Yo manejaba mercaderías, comprábamos la harina Selecta por cajas. Ahora no veímos lo que es un gramo de harina. No había carestía. Teníamos una JAP¹⁹ donde los conseguíamos las cosas.

Yo he nacido y me he criado en el campo, estoy acostumbrada a esta tranquilidad. Cuando voy a Santiago me duele la cabeza, me vengo al tiro, hay mucha bulla de vehículos. Y la gente esa que vive toa juntita en las poblaciones, esa gente, yo hallo que debe vivir harto oprimida, no tienen ni una sombra. Esa gente es muy pobre, digo yo.

Pero claro, tienen un trabajo más alivao, porque ya se mete en una industria, una fábrica. No como en el campo: en el invierno no tiene que trabajar metfo en el barro y to'os mojados. En la ciudad no, porque la fábrica está debajito de

**Una semana
comiendo malito
por comprar la tele**

Voy a morir en el campo

techo y acá, en el verano es el sol y en el invierno es el barro: es más duro. Por eso, a mí me gustaría que las chiquillas se casaran con una persona que ya trabaje en una fábrica, que se gane la vida más aliviado. Porque en el campo seguiría la misma rutina: todos, los hijos, los nietos, metíos en el campo otra vez.

Yo no, yo ya vivo aquí y en el campo me voy a morir. Me gusta la tranquilidad y si uno no tiene donde sembrar, bueno, la vecina puede tener y vender más barato. Además la gente no es peliadora, en el campo la gente es tranquila.

Ahora las puertas y cierros están cuidados

Lo que más molesta ahora es que antes este fundo era too abierto y era mucho mejor: si uno quería ir a buscar leña al cerro, uno llegaba y entraba no más. Pero ahora tiene que pedir permiso pa' entrar y si le dan, entra, si no, ahí se queda.

Hay un matrimonio a cargo de la puerta y a esos los tienen estrictos, que no dejen entrar pu' y eso es lo jodío. Hace como 10 años que pusieron estos cierros, todas las puertas.

Cuando no estaban esos cierros se podía criar mejor, porque uno amarraba los animales a un nogal y listo. Ahora está el cierro y tienen que estar ahí no más, no se puede pasar pa'l otro lado y ¡claro! es chiquitito el sitio y no alcanza pa' na'. Apretaos vivimos, estrechos. . .

Esta historia fue recopilada en **Fundo Lo Hermita**.
Recopilación: Macarena Mack.
Composición: Sonia Montecino.



GARRAZA

MARGARITA



ces tocaba la casualidad, tocaba que después de las misiones los patronos largaban gente pa' la calle. Confesiones que hacían los curas y al tiro a contarle al patrón: de robos de animales, de leña, todo eso. . .

Pa' ir a las misiones ponían carreta, ahí iban las mamás pa' poder llevar tantos hijos que tenían. Se iban con unos pocos y después se venía y llevaba a los otros. El padrecito decía que por qué era eso que no asistían a la iglesia; pero era que no había cura. Por eso no iba uno a la iglesia, por eso uno llevaba la religión en la casa. Porque uno rezaba, esa era la devoción que uno llevaba.

No había cómo echar a un niño a la escuela

Cuando era chica teníamos muchos problemas, eran muchos hijos los que tenía mi mamá y poca plata la que se ganaba. Los hermanos más grandes trabajaban, pero no se veía la plata porque trabajaban en la ración no más. Antes no se vendían las cosas, se consumía todo en la casa. Por eso es que no había como echar un niño a la escuela, no había cómo pagar. Muy a lo lejos vendían animales pa' poderse comprar ropa. Cuando mis hermanos estaban grandes salían a otros fundos a trabajar y mi mamá ya tenía más alivio. Porque a ella le vino toda la familia muy seguida, entonces le ayudaban personas que eran más ricas que uno, le daban ropita vieja pa' que les hiciera a los hermanos míos.

De punta pa' poder pagar la obligación

Cuando era chica íbamos pa' las chacras, a sacar papas, a quebrar maíz. Porque antes en el fundo era mucho sacrificio para los hermanos, tenían que estar de punta pa' poder pagar la obligación. Todos los hermanos que uno tenía, tenían que irle a trabajar al patrón.

Por eso a las mujeres nos llevaba el papá a las chacras, a la ración, que trabajáramos igual como un hombre. Nosotras, arrancábamos los porotos y canasteábamos. Los porotos se trillaban. Uno con una horqueta iba volviendo, sujetando las bestias pa' que trillaran esos porotos, cargar carretas. Se hacían horquetas de palo y con esas uno tenía que tirar la paja arriba de la carreta, igual que un hombre. Los hombres no tenían tiempo, porque pasaban trabajando en el fundo. De siete años uno ya era capaz de hacer esas cosas. Se juntaba una yunta de bueyes, ponía un arado y se partían las hileras, ahí

uno se ponía con un canasto a recoger las papas. Esos eran los trabajos que nosotras nos sabíamos.

Por eso, nosotras todas las antiguas no sabemos leer, no sabemos ni hablar, porque nos criamos en los potreros y puros trabajos de hombres le sabíamos hacer. No como ahora que las hijas de uno se saben presentar delante de la gente. Que no es igual que uno. Uno se crió en unos potreros con hombres trabajando. Se sembraban huertos de trigo, potreros, y uno se ponía a amontonar paja. Teníamos que hacer todo eso, sacar leche. Yo tenía cuatro años y ya era capaz de sacar leche.

Mi papá tenía ovejas, las esquilaban y esa lana la dejaban. La escarmenábamos y de palo se hacían husos para ponerse a hilar uno.

De chiquitita se aprendió a hacer todas esas cosas, de chiquitita trenzábamos y hacíamos chupallas. Ahí uno aprendía, hacía la trenza primero, de ahí veía y hacía la chupalla. Y eso también se compraba y ya era una ayudita pa' la mamá. Todas esas cosas nosotros las sabíamos hacer.

Mi hermana mayor con el papá iban a comprar al pueblo. Iban una vez en el mes a comprar porque tenían que ir de a caballo.

La primera vez que fui al pueblo ya tenía al hijo mayor, antes no había ido, puro aquí que nos movíamos. Aquí no era pueblo, era fundo no más. Tenía al hijo mayor cuando fui a San Vicente por una enfermedad a ver doctores para que me colocaran inyecciones. Donde yo sacaba leche me salió un peine aquí en este brazo.

Lo hallé bonito el pueblo, pero iba con susto porque me fui en el tren y nunca había visto esas cosas. Micros conocíamos; pero el tren no lo conocía. Iba con el corazón saltando, iba medio nerviosa.

Eran de barro las piezas antes y de pachina. Se buscaba una chilca que había antes, se cortaba por las orillas de los esteros y esa se embarraba. Esas eran las casas que hacían los papás para que nosotros viviéramos: tenían tres piezas, eran calientitas en invierno y en este tiempo no eran calurosas. Eran

**Todas las antiguas
no sabemos leer**

**La primera vez
que fui al pueblo
ya tenía al hijo mayor**

**Era costumbre
que había antes**

techadas con trigo, del trigo se sacaba la paja pa' techarlas.

Hacían pozos a las orillas de los esteros —porque nosotros vivíamos a la orilla de un estero— ahí hacían pozo y la vertiente del estero caía.

Comenzaron a sacar tierra del suelo con un chuzo y con una pala a botarla, a sacarle así pa' fuera. Después, cuando va bien abajo le tiran un balde con una soga y en ese balde sacan la tierra pa' rriba hasta que llegan donde da agua. Si da agua, ya no le pican más con picota o con chuzo. En el suelo está la laja y esa es la vertiente que corre.

Nosotras con otras hermanas más grandes íbamos a ayudarles a buscar agua en calabazas, no habían baldes. A esas calabazas se les abría una boquita. Se consumía la calabaza y se llenaban y se llevaban colgando. ¡Fresquita el agua adentro de esas calabazas y en ollas de greda! Porque antes trabajaban mucho por aquí la gente en greda. Una tía que teníamos nosotros que trabajaba, hacía los platos, cántaros, tinajas. Se hacían ollas de greda con dos orejitas pa' hacer la comida; se hacían librillos pa' lavar.

Se cocinaba con leña; se ponía una parrilla y se hacía fuego y se ponían esas ollas. Era una comida olorosa en olla de greda. Ahora los porotos que se cosechaban tanto, la olla de greda era lo mejor para hacerlo. No habían esas ollas de porcelana, de aluminio, ninguna cosa. ¡Si era en eso no más que se hacía, en pura olla de greda!

Uno se sentaba pa' lavar. No se usaban estas escubillas ni escubillar la ropa tampoco. Venía y a pura mano se lavaba, uno le pegaba así pa' que aflojara la mugre. Y si eran pantalones muy duros pa' las coyunturas de uno, se lavaban con una coronta de maíz.

No había radio, no sabíamos noticias de Santiago; pero se conversaban. Había que ir de aquí pa' Melipilla pa' saber las noticias de alguna cosa que pasara en Santiago.

En los fundos los patrones no conversaban con los papás. Cuando uno estaba chica ¡no iba a estar encima oyendo lo que estaban conversando ellos tampoco!. En unos ranchos que habían donde cocinaban —si tenían alguna ramadita— ahí debajo estaba la pura mamá y alguna hermana mayor. El papá y todos los demás iban por allá. Naiden allí oyendo lo que estaba conversando o la mamá o el papá. Era costumbre que había antes, así que uno era chica no sabía ni una de esas cosas que hablaban los mayores.

Nosotros jugábamos a las Cebollitas, al Corre el Anillo, a esas cosas jugábamos en la noche. Como se trillaba con bestias el trigo, adonde trillaban jugábamos. Los hermanos hombres estaban por allá y ¡ay que quedaban cansados! A lo que venían les daban las onces. Uno salía a encerrar terneros, a buscar chanchos, a buscar leña pa' dejar pa' que hicieran las cosas. Ya a lo que se hacía la noche, uno salía un poquito retirado de la casa, pa' llá pa' l bajo. Se juntaba con otro vecino más lejos y venían los niños. Se juntaban ellos y allí nos poníamos a travesear.

Yo estaba muy chica y siempre salía con los hermanos, pero en la misma casa, en el fundo. No salía afuera. Cuando uno estaba más grandecita, ya no la dejaban salir. Uno pasaba haciendo los quehaceres.

En la casa no llegaba naiden. No supimos lo que era un cariño. Que llegaran con un cariño de una muñeca, porque ahora los que tienen familia en Santiago ya le traen a los niños chicos. Nosotros no, nunca recibimos un cariño, una muñeca. Pero bueno, como no era la costumbre a uno no le daban ganas de tener muñecas. Uno jugaba con las cositas que tenía en la casa.

Los hombres y las mujeres aprendían las mismas cosas. A tejer, esas cosas uno aprendía. Uno hacía un telar de palito, entonces hacía vestidos, los rebozos a crochet también. Por eso nosotros pasábamos en esas cosas, aprendiendo a hacerlas. Ya de chica uno estaba mirando, le hacían un husito. Tenía hermanos que torcían, venían a aspar —una cosa que se le pasaba una hebra de hilo— torcían el hilo los hermanos hombres y ayudaban a mi mamita.

Yo no salí nunca a un velorio, sino después cuando ya estaba grande. Se moría y se juntaba gente y se hacía comida. Uno iba a ayudarle en la cocina, iba a cortar la carne. Se hacían unas ollás así tan altas, porque había tanta gente y se rezaba. Cuando no, uno iba a hacer el pan, a servir.

El que tuviera más familia ayudaba al más pobre. Si uno no tenía pan ya le mandaban un poco de trigo; si no tenía ovejas, mataban un cordero y le mandaba la mitad. Lo compartía: eso tenía antes la gente.

Se mataban chanchos. Aquella persona que no tenía

Quando estaba más grandecita ya no la dejaban salir

Hombres y mujeres aprendían las mismas cosas

La compartía, eso tenía antes la gente

cómo matar un chanco, la que tenía le mandaba a dejar de un todo, porque aquella persona que no tenía pa' darle a sus niños, otros lo ayudaban.

Hay personas que no tienen "gano"

Yo sí que tengo la costumbre antigua, ayudo mucho a las personas porque del poquito que la Virgen y Dios me da, yo lo comparto. Si llegan personas — que van andando por ahí— y pasan aquí y me piden que les dé un pancito, un poquito de azúcar, un poquito de comida, yo les doy. Personas que hay pobres, que tienen mucha familia y no tienen "gano". Entonces yo de lo que gano reparto aquí. Si tengo un pan lo parto. Pero muchas no hay así ;más egoísta la gente ahora! No como antes. Porque uno de todo lo que tenía, se sacaba la mitad y se lo daba a aquellas personas.

Eran muy escasos de recursos antes, no tenían todos en su casa comida. Si se mataban animales se mandaba a dejar a la dueña de casa. "Venga —le decía la comadre— venga a la casa". Le daban carne de posta y hueso pa' que hiciera comida.

Se celebraba el 18, la Pascua, el Año Nuevo. Iban a buscar licores, se mataban corderos, venían otras vecinas, venían niñas que cantaban. Entonces, llegaban a la casa y se ponían a cantar, traían niñas pa' que bailaran. Así eran las fiestas que se hacían antes ;puro tocar guitarra! Todas sabían bailar cueca, era lo único que se sabía bailar. Los mismos hermanos míos me enseñaban; ahí aprendí a bailar cueca.

Historias me quedan en la memoria

Historias contaban aquí mesmo. Un poquito más pa' llá dicen que salía una niña, aparecía en la orilla de una poza a peinarse con un peine de oro. Entonces, en otra casa había una niña que era inocente y a esa niña inocente la salía a convidar pa' que viniera, pa' peinarla con ese peine de oro. La abuelita y la mamá se acostaban a dormir y a lo que se acostaban, ella salía. Iba a la orilla de la poza y ahí aparecía esa que decían que era una niña tan hermosa y le mostraba un peine de oro. La inocente no decía ninguna cosa cuando le preguntaba la mamá y la abuelita:

— ¿Por 'onde andaba?

— Estaba pa' llá, pa' detrás de la casa.

Un día aguaitaron a la niña y la vieron que llegó a esa poza, pero ellas no veían nada. Entonces ella les dijo que

la convidaba una niña muy bonita a peinarse con un peine de oro, pa' llevársela. La quería llevar que se ahogara porque era inocente. Decían que era encanto. Ellas tenían miedo porque no daban fin a esa poza, se metían y no tocaban fin. Cuando no, creo que les mostraba unas cadenas de oro pa' que se fueran con ella, pero la pillaron antes que se la llevara. Entonces ya se perdió el encanto y se comenzó a secar la poza. Decían que se había cambiado el encanto pa' otra parte.

Estas historias me quedan en la memoria. Como antes eran los papás los que nos contaban, nos quedaba en la memoria. A veces a unos les salían unas niñas que se subían al anca y ellos no se daban ni cuenta que la llevaban al anca. Pero unas niñas dicen que ¡tan bonitas! y que les sonaban las polle- ras donde andaban.

Conocí a mi marido cerca de la casa. Era del sur, era campesino; llegó a trabajar aquí. Uno pa' tener amistad con un hombre tenía que salir a verse afuera. Salía uno a las chacras y ahí se veía. Tenía uno que tirarle un peñascazo pa' poder tener amistad con aquella persona, porque en la casa no la dejaban los papás y la mamá menos. Si sabían les pegaban. Claro que a mí no; pero a las otras les pegaban. Y ese era el modo de enamorarse. Tenía que hacerse así: llegaba por las cercas y un ratito, de un rajaloncito salía uno y de ahí tenía que volver ligerito, porque si la echaba de menos la mamá, la salía a buscar. Por eso uno, ya a lo que se enamoraba se tenía que casar al tiro con aquella persona.

**Ese era el modo
de enamorarse**

Yo fui la última que me casé. Mi papá estaba muerto —tenía más de 100 años— y era mi mamá la que estaba, pero ya estaba viejita. A ella le fue a pedir: que él se iba a casar conmigo. No quería porque yo era la última que andaba con ella. Se enfermó porque no quería que yo me casara.

Estuve esperando como tres meses y le dije que yo tenía la edad y que me casaba no más. Y me casé po'. La mamá se quedó enojá; no quería ni por na'. Nosotros nos fuimos pa' l Manzano de a pie a casarnos. Por un cerro cruzamos.

Mis hermanas eran comaires las dos. Ellas vinieron y me acompañaron pa' que yo me fuera a casar. Después que nos casamos quedamos aquí mesmo en el fundo El Durazno vivien-

**Los juimos de a pie a
casarnos**

do. Yo estaba con mi mamá, mi mamá andaba conmigo. Volví con mi marío a la casa. Ella estaba enojada porque todos los hermanos se habían casado, los otros habían muerto y no quería quedarse sola.

Tengo puro mi "ganito" que gano de viuda

De mis hijos el mayor fue hombre, después fue una mujer, después fue otro hombre. Y después tengo otra hija mujer que está trabajando en Santiago de empleá doméstica. Le están pagando \$ 4.000. Eso sí que está recién no más. Los días domingos le dan libre, junta tres días domingo y viene pa' cá. Yo le di permiso pa' irse a Santiago, porque un compadre que tengo vino a decirme que le diera permiso. Así es que ese compadre la educó pa' que se fuera a trabajar. Ahora ya soy viuda y tengo puro mi "ganito" que gano de viuda no más ¡y es tan poco!

Se me murió el esposo, van a ser pa' los cinco años. Tenía una enfermedad en una pierna, se le hinchaba y le bajaba fiebre, se murió de eso. Era muy bueno, nunca ni una mala palabra. Sus hijas mujeres eran muy regalonas. Cuando él falleció a una me le daban unos ataques.

No sé pa' dónde voy a cortar

De' que estoy viuda me quedan cuatro vaquitas. Los animales los tengo a medias con unos hermanos y un cuñado. Yo no tengo parcela ni tampoco me dejaron sitio. Me dejaron aquí cuando se dieron las parcelas de la CORA.²⁰

Ahora vienen y me dicen que me vaya porque nunca me dieron el papel del sitio²¹ —yo estaba inscrita aquí en el sitio—. Ahora me dicen que esto es de la Fuerza Aérea, que me voy a tener que ir. Así que no sé pa' dónde voy a cortar porque nosotros, yo por lo menos, no he salido nunca de aquí de esta tierra que antes era fundo.

Si me echan, a mí no me pagan nada, pierdo todo: los árboles, la casa que jue del suegro. Con la plata de su bolsillo hizo esta casa y aquí quedé viviendo. Ellos se fueron todos y yo quedé con mis hijas. Y ahora me dicen que me tengo que salir de aquí y ¿a 'onde me voy a ir? Pa' comprar un pedacito de terreno pa' vivir cuesta mucha plata. Los de la Fuerza Aérea dicen que pa' vuelta de año ya no puedo estar aquí. Claro que pienso vender mis animalitos y sacarles más que sea un poquito pa' poder comprar, pa' poder vivir. Me gustaría seguir por aquí porque tengo a mis hermanos, porque aquí tengo cuñados. A lo menos, un cuña-

do que tengo —que es tío de ellos— el hermano del papá, ese es el que las estaba amparando pa' que ellas se criaran.

Los seis hijos han ido a la escuela, todos saben leer. Ahora la más chica es la que va, otros se retiraron porque ya fallecieron. Yo tenía poca plata pa' darles estudio, estudiaron poco ¡Más que son mujeres! El hijo hombre sí que estudió un poco más y a la chica también la tengo estudiando.

Cuesta pa' tener hijas mujeres. Pa' vestirse el hombre no es tanto el lujo. La mujer tiene que tener más lujo pa' poder vivir ahora. Porque si uno no tiene pa' darles a las hijas, ellas quieren trabajar pa' tener, pa' no ser igual como uno, porque uno: el vestuario como todos los días. Ellas no quieren andar así porque ya ven otras niñas, otras amigas que andan bien vestidas. Entonces, ellas quieren ir a trabajar.

Si alguna hija quisiera casarse con un campesino, ojalá que no, porque ya tengo casá una con un campesino que no es trabajador. Por eso yo ya tengo visto que el campesino de ahora, la juventud de ahora, no es como la antigüedad. Porque los antigües sabían trabajar, sabían considerar a su mujer. Trabajaban pa' vestir y mantener sus hijos. Ahora no po', agora la pega del campesino: ¡No tienen dónde trabajar! Y a lo mejor en el pueblo les toca buena suerte. Entonces, las niñas se van a ir a trabajar a Santiago y se van a retirar de los campesinos. Puede ser que se casen en Santiago y se queden con pueblinos.

La mujer aquí tiene que luchar mucho pa' poder criar sus hijos. Ahora se enferman ellas, no hay una señora que las acompañe. Se tiene que ir pa'l hospital y aquel esposo que tiene, si no le responde va a estar sufriendo. Entonces, por eso yo digo que si mis hijas van a trabajar y les toca que tengan una amistad que sea bueno y tenga su pega: yo las dejo que se casen.

Yo mis hijos tuve dos no más en el hospital, los otros en la casa. Antes, el hombre le tenía mucha lástima a uno cuando la veía enferma. Ya a lo que caía enferma, él pillaba una bestia, iba a buscarle una señora pa' que la acompañara. Ahora hay muchas personas que no ayudan a la mujer. Muchas se tienen que ir solas en la micro pa' poder tener sus hijos y uno no.

La mujer tiene que tener más lujo ahora

Los antigües sabían considerar a su mujer

Iban a tener sus hijos con su mujer

Yo ¡pa' qué voy a decir! Igual era mi papá, igual era mi hermano, ellos iban a tener sus hijos con su mujer, se desmeraban. Si estaba ella sola, iban a buscar una señora pa' que la acompañara, pa' no dejarla sola.

No tienen miramientos de tener su compañía

Ahora la juventud no sabe respetar una mujer. Ellos hallan que porque están casados pueden hacer sufrir a aquella mujer. No como antes que eran buenos los maridos, que a uno ni un puñete le pegaban ni una mala palabra. Y ahora se ha visto que las ponen como estropajo; porque le dicen cosas, la tratan mal, le pegan. Uno esas cosas no las vio ni en el papá de uno ni en su marido ni en naiden.

No tienen miramientos de tener su compañía, cuando tienen un hijo ya dicen: "Vas a tener tanta familia, yo me voy". Y las deja con sus hijos. Antes no hacían los papás esas cosas. Tuviera los hijos que tuviera su señora, al lado trabajando y ayudando a sus hijos pa' que crecieran. Ahora no, unos dos hijos que tenga y ya se cabrean, ya se van y pescan a otra mujer y dejan a sus hijos botados.

Llega sin na' de niñas

Había tantas personas que uno conocía y no eran así. Uno iba a la fiesta, iba con el marido, a veces con comaires. No eran delicados ellos porque ninguna cosa pasaba. Usted podía ir con una amiga. Como ser yo misma, le iba a pedir permiso a la casa a su esposo y le daba permiso. Iba pa' una fiesta, pa'l 18 cuando había fonda y el esposo la dejaba que fuera y no le pasaba nada. Ahora usted le pide permiso a una señora y ya los maridos vuelven las espaldas y dicen que está mirando a otro: ya son los enojos de los esposos ¿No ve que antes no era igual?

Yo tengo más 50 años, pero me doy cuenta que la juventud no es como antes. Salían con una vecina unas tres, unas cuatro niñas y volvían con ella. A la hora que llegaban las iba a dejar a la casa y no les pasaba ninguna cosa. Ahora una persona sale con unas niñas; bien las deja sola o se va pa' la casa y deja a las niñas por allá y llega sin na' de las niñas. Entonces, una que se crió en el tiempo de antes no tiene confianza.

Las mujeres trabajaban mucho

Como a esto de las seis —antes que rayara el sol— uno estaba en huertas trabajando, limpiando cebollas. Uno ha-

cía una huertecita, se levantaba, iba a echar l' agua y regaba. Ya si tenía maleza uno se ponía a picar con azadón.

La mamá mía, ella le hacía la comida pa' todos los peones. Se juntaban muchos, porque eran todos los que trabajaban en la Higuera, donde estaban trillando. A veces había como 50: los gavilleros, los que andaban con carreta, los que habían en la máquina. A todos esos, la mamá tenía que hacerles comida. Se juntaban unas dos personas mujeres y hacían unos fondos de comida.

Todos nosotros fuimos criados ahí en las lomas. Sembraban mucho trigo y cosechaban. Ahí venía mi mamá y en la misma casa hacía la comida pa' toda esa cantidad de personas. Claro que habían hermanas mayores, ellas le ayudaban a mi mamá pa' que no buscara otra señora que le ayudara a hacer la comida.

Las mujeres trabajaban mucho, sabían segar el trigo con una hichona. Se segaba y si tenían chacra sembraban garbanzos, lentejas. Después, eso se iba a arrancar. Uno que era mujer arrancaba todas esas cosas. Cuando le faltaban unos dos meses pa' tener su hijo, ahí no trabajaba tanto; hacía los puros trabajos de la casa pa' que no fuera a tener mala enfermedad. Y estaban esas matronas que le digo yo, ellas la estaban controlando pa' saber. Si la primeriza no se daba cuenta, entonces venía aquella matrona; la controlaba, le sacaba la cuenta y ya sabía cuándo se iba a mejorar.

Las mamás no daban a saber esas cosas. Si a uno le pasaba algo era inocente. Porque la mamá hacía lo más oculto eso. Cuando tenían una guagua uno no se daba cuenta. No como ahora que en las escuelas les dan a saber, les enseñan pa' que se den cuenta. Uno estaba ignorante, niña grande y no sabía lo que era eso.

Yo quiero que mis hijos tengan suerte cuando se casen. Que sean feliz con sus mujeres pa' que crien sus hijos como yo los he criado. Que tengan cosas como salir, un auto, así, una riqueza. Que no sean pobres, es lo más peor ser pobre como le pasó a uno. Por eso, uno quiere que sus hijos no sean así.

Cuando me le acabaron los papás y mi marido, fueron las penas más grandes. Porque yo vivía feliz con mi mamá que la tenía en la casa y con mi esposo. Ya cuando se acabaron todos fue una tristeza muy grande pa' mí. Sufrí mucho

**Lo que yo siento es
la soledad**

cuando quedé sola con mis puros hijos. Me sentí muy desamparada y todavía me siento muy sola. Siento de quedar sola porque paso enferma. Lo que yo siento es la soledad. Un hijo por lo menos, no va a trabajar por estar al lado mío. Con un hombre ya hay más respeto aunque sea chiquillo. Ya con un hombre uno no tiene miedo. Ese hijo es así por estar al amor mío ¿No ve que los he criado tan regalones?

Me encomiendo a mis dos finaditos

Uno que es mujer no es nada el refuerzo que tiene. Es muy débil la mujer y el hombre no; chico que sea, joven que sea, él tiene más capacidad. Hay mujeres que son más fuertes; pero por ser yo, aquí llegan, pasa gente y aunque esté con mis dos hijas me da miedo. A veces el niño sale y me tengo que quedar sola con ellas ¡Y las casas están tan retirás!

No sé si será suerte o serán los finados que nos han cuidado y no nos ha pasado nada. Porque aquí pasa tanta gente. Todos los días de mi vida le pido a mi Dios y a la Virgen que nunca me vaya a pasar ninguna cosa. A mi esposo le pido que me cuide. Le mando a decir misas.

Hay tantas cosas que pasan, en la radio lo dan. Personas que están solas y las ánimas las ayudan.

Cuando vienen gentes malas a hacer algún daño, las ánimas se presentan con una cuadrilla. Y hacen como que están conversando; y aquellas gentes se van, piensan que hay muchas personas en aquella casa, tienen miedo y se van. Por eso, yo me encomiendo a mis dos finaditos que se ahogaron, siempre los días lunes les prendo velas. Les pido que nunca me pase ninguna cosa, que a mis hijas nunca les pase lo que se oye en las radios, lo que les pasa a menores de edad. Eso le pido todos los días a Dios, a la Virgen y a mi marido: que cuiden a mis hijas.

Me veo abandonada pa' criar mis hijas

Cuando estaba vivo mi marido nunca me faltó la plata, las cosas de comida nunca me faltaban pa' comprarle a mis hijas. Me le acabó el esposo, me le acabó el suegro; entonces, ahora yo me veo abandonada pa' criar mis hijas.

A veces crío gallinitas y me dejo plata, vendo mi gallinita y ya tengo pa' ayudar algo.

La gente que viene aquí todas me tienen lástima porque me ven que soy sola, que hago todo por mis hijos y todos me ayudan. Eso es lo que me sirve pa' mantenerse y mi paguito

que tengo. Mi pensión es muy poco lo que saco, con las tres cargas que tengo no me alcanza a salir \$ 4.000 ¡Una miseria!

Aquí no hay luz y el agua es de noria. Esta noria la hicieron cuando pararon la casa.

Nosotros vemos tele con batería, eso lo compré en vida de ellos, les compré tele. Antes teníamos cabras, teníamos hartos animales. Sacábamos leche, vendíamos el queso, teníamos hartas aves. Ya se terminaron, porque en esas cosas de asentamiento, el que no tenía derecho a parcela le quitaron todo. Así que uno tenía que vender sus animales porque la dejaban en un pedacito no más.

Muchas personas se quedaron sin parcela. Yo también quedé sin parcela. Vinieron los hermanos y hallaron que iba a ser difícil que yo siguiera postulando. Me cortaron los pasos los mismos campesinos que no me advirtieron que yo, con los animalitos que me quedaban, hubiera podido tener una parcela.

Si yo hubiera tenido la parcela plantaría cebolla, la lechuga, las papas. Yo no le tengo miedo al trabajo. Habría tenido pa' vender. Plantaría toda de fruta mi parcela pa' tener pa' mantener mis hijas. Así mismo habría enseñado a mis hijas pa' que fueran trabajando por mí, porque de todas esas cosas teníamos antes: apero, bestias pa' trabajarlas. Cuando se vio que no iba a tocar parcela vendí lo que tenía: yo tenía carrétón. Nadie me advirtió, me cortaron los pasos. Todo era del asentamiento que lo aparceraron.

Mi esposo alcanzó a trabajar en el asentamiento y mi suegro también. Fueron tres o cuatro años que se estaba en esto, que era asentamiento. Cuando murió el suegro mío ya estaba postulando pa' las parcelas. No les agradezco que me cortaran los pasos pa' que yo no me sacara una parcela. Todavía no estoy vieja pa' trabajar. Creyeron que porque era sola y mis hijos estaban chicos no servía pa' l trabajo. Entonces dijeron: "¿Ella pa' qué va a querer una parcela?" Pero no se dieron cuenta que como mujer yo habría tenido una parcela más linda que ellos, la habría trabajado mejor. Ahora los hombres tienen perdías las parcelas. Muchos de ellos no tenían ni un animal y yo tenía bestias pa' haber trabajado. Por eso mismo yo habría dado a medias y además, con mi sueldecito, no me habría encalillado tanto.

**Los mismos campesinos
me cortaron los pasos**

**Ella ¿pa' qué va a querer
una parcela?**



Mercedes Cabrera

**Mi tía la mayor era
la que gobernaba**

Nací en El Parrón, no recuerdo en qué año, pero ahora tengo 62. El Parrón queda más allá de Tricao, pa' la costa. Yo no estaba viva todavía, pero por lo que me cuentan, le puedo decir cómo era que vivía mi familia.

La finá de mi mamá tenía tierra propia. Después mis tías vendieron y la hicieron vender a ella. Tenían más o menos como 15 cuadras, pero de cerros de rulo. Tenían animales: criaban cabras y ovejas. Todo eso. Y después se les murieron los papás, entonces, quedaron ellas no más. Eran tres mujeres: mi mamá, mi tía Rita y mi tía Martina. Rudecindo se llamaba el hermano. Eran cuatro. Mi tía Rita —la mayor— ella era la que gobernaba a los hermanos.

Después ella se aburrió. Dijo que era mucho peso estar a cargo de la casa, de hacer los pagos. Le dijo eso a mi mamá y le hizo convenir a mi tía Martina que vendieran. A mi tío le gustaba el trago; se puede decir que la parte de él se la tomó toda. Las vacas que tenían, también las vendieron.

Mi mamá era muy cuidadosa con la plata, tenía su plata guardá. Mi tía Rita le dijo que le prestara plata para comprarse la parte de mi tío, que se la quería chupar. Mi mamá le prestó la plata y mi tía le compró la parte al tío Rudecindo. Entonces, la parte era de mi mamá; pero a ella jamás le dieron nada.

Después, mi tía agarró la exigencia de vender. Apenas me acuerdo de esto porque yo estaba chica.

De lejos vino mi tía Rita y le dijo:

—Vendamos, Florinda —así se llamaba mi mamá.

—No, no vendo. Lo mío yo no lo vendo porque después voy a quedar andando pa' rriba y pa' bajo. Y así no más fue.

**La plata se la insurpó
el hermano**

Esa vez no le hicieron convenir; la otra tampoco. A la tercera ya la hicieron convenir.

—Bueno —dijo— pero sé que me voy a quedar sin tener donde

ir. ¿Por qué no venden y me dejan la casa y una media cuadra que sea?

Que aquí, que acá, la embelecaron hasta que la hicieron vender.

Entonces, vendieron. La trajeron a Curicó para que firmara. La única que sabía leer era mi tía. A mi mamá la convencieron. Ella vendió y puso su plata en el banco; pero ese hermano que tenía se llevaba a la siga de ella: "Vamos Florinda a Curicó", le decía. Mi tío Rudecindo venía con ella a Curicó y la hacía gastar plata. Bueno, hasta que la dejó sin nada. No le quedó nada de plata: toda se la insurpó el hermano.

A ella la hacían lesa. Yo estaba chica. Si hubiera estado grande no la habría dejado: la habría ayudado a defender su plata.

Antes de vender, mi mamá y las tías quedaban solas en el cerro a cargo de todo eso. Un día, llegó el tío Rudecindo que iba allá a puro pasear. Llegaba bien tempranito, cuando ya íbamos a sacar la leche y yo lo voy a encontrar:

—¿Qué pasa tío?

—¿Sabe? Anoche saltaron a la Martina y a la Florinda.

—¿Qué les hicieron? ¿Las mataron? —le pregunté.

— No, no salieron para afuera ¡tiraban balas!

Las murallas de allá, esa casita donde estaban ellas, eran de puras piedras y barro. Así que tiraban las balas y quedaban metidas ahí, unas tremendas balas, atemorizándolas para que no salieran. No era a ellas que querían, si ellas no tenían una gran riqueza adentro. La riqueza que tenían eran sus animales, afuera. Tenían cabras y unas ovejas muy bonitas ¡Les llevaron hartas! Mataron unas ocho, dejaron las puras cabritas nuevas no más. Dicen que cargaron mulas con carnes y se las llevaron. Fueron a dar cuenta, pero no los pillaron. Fueron salteadas dos veces ¡Eran valientes las pobres viejas! ¡Estaban a cargo de tantos animales!

Mi tía tenía unos veinte pavos y hay que ver qué pavos ¡Preciosos! También se los comenzaron a robar. Ellas sabían quién se los robaba, pero ¿qué iban a hacer las pobres viejas? Estaban viejas ellas dos y cuidando esos piños de cabras, los pavos y los animales que tenían.

**¡Eran valientes
las pobres viejas!**

**Por milagro no las mataron
esos hombres**

Una noche llegaron, las hallaron en la cocina. Hacían fuego allá. Usaban unos tachos que hacen sus dos litros de agua, los ponían a hervir arriba, en la parrilla o si no a la orilla del fuego. Tenían hirviendo un tacho de agua, cuando llegan y se paran en la puerta de la cocina y les dicen: “¡Alto!” Mi tía pesca el tacho y se lo planta lleno de agua caliente; le tiraron de aquí para abajo y lo quemaron. Eso le valió que trancaran bien la puerta y dijeran: “¡Matemos a esta vieja!”

Andaban tres —decía ella. Ahí también le mataron a mi mamá hartas gallinas. Por milagro no las mataron esos hombres.

Esos eran bandidos que salían por Tricao y se iban pa' llá. Como sabían que eran solas, se iban dispuestos a buscar carne para vender, porque animales gordos tenían. En unos cerros bien grandes ellas tenían las cabras, las iban a rodear por la tarde y solas se venían. Sacaban leche y hacían unos quesos tan ricos. . . Yo me acuerdo siempre que así lo pasaban las pobres viejas.

Mi papá también era propietario

Mi mamá se casó pero le fue mal. Mi papá también era propietario, él se murió cuando yo tenía 40 días. Me dejó la mitad de todo.

Pero mi tía Corina se tomó todo eso ¡Le gustaba tanto el trago! Si después, hasta las planchas de zingue de la casa las estaba sacando pa' tomar.

Era la hermana de mi papá. Por el lado de mi padre soy Cabrera y por el lado de mi madre soy Castro. Tengo varios parientes por el lado de mi papá, pero no los veo nunca.

El trigo era de los ricos

Quedamos sin nada, yo sufrí mucho cuando chica. Después mi mamá salió a trabajar por ahí. Ella tostaba trigo, muchos almudes. Tostaba en callana, sacos y más sacos de trigo y le pagaban una miseria en los fundos. Ese trigo pa' tostar era de los ricos. Ellos entregaban pa' la cordillera ¿No ve que llevan sus dos quintales de harina la gente que va a pastorear? Llevaban unos costales de harina para tener en la cordillera todo el tiempo que estén con los piños.

Pasaba su vida trabajando por aquí y allá para mantenernos.

Yo fui la única hija. Entonces ya después crecí.

Para ser franca, mi mamá no estaba capacitada para tener su tierra, por eso la hacían lesa y le quitaron todo.

A los 12 años estábamos con un rico que es muerto ahora, Jovino Leyton se llamaba. ¡Muy malo! Rico de más, pero muy malo con los pobres.

Se la llevó a mi mamá pa' l fundo.

Ella le hacía comida a los trabajadores y el destino que me daba a mí era que le juntara huevos. Tenía hartas gallinas. ¿Creerá usted que ese caballero nos manejaba casi muertas de hambre? No los daba el azúcar ni pa' l desayuno, nada.

Vivíamos en la misma casa patronal. Yo vivía desnuda, con la ropita bien pobre. Entonces, yo dije —porque era chica, pero tenía más inteligencia que ella— “Mamá me voy a ir a escondida, me voy a ir donde mi tía”.

En ese fundo estábamos cautivas, no nos dejaban salir. Pero yo tenía que salir a ganar plata y ella me dijo: “Bueno, después me venís a buscar”. Mi tía estaba lejos, como de aquí a Curicó. Me fui a pie sus treinta kilómetros.

Mi tía me buscó donde trabajar, en el fundo el Agua Buena. Yo debo haber tenido como trece años. De primera, me iba todas las tardes donde mi tía. Ahí, ya fui aprendiendo los quehaceres, ya me fueron echando el peso del pan y del lavado. Trabajé mucho.

Después, se vino mi mamá, se arrancó de cautiva. Le dieron una casita, así, lejitos. Ahí vivía ella sola y yo me iba por las tardes pa' llá.

Yo hacía las galletas grandes y el pan se echaba en un canasto papero, llenito, colmado de pan día por medio ¡Dése cuenta! Eran tres almudes de pan, de galletas y a veces, hacía la comida para los trabajadores.

Esas galletas se hacían con harina cernía de trigo. Mandaban a moler el trigo, se cernía el harina y ahí se hacían galletas. Quedaban ricas también de harina de centeno. La comida la hacía para 15 trabajadores en una olla grande. En las mañanas le daba un plato de comía y en las noches se les daban porotos.

No me pagaban ni un veinte. Nada, nada. Yo salía agotada porque el día que no se hacía pan, hacía el lavado. Después de doce tenía que hacer el almuerzo, lavar los platos. En la tarde la once, la merienda, y después dejar todos los tras-

¡Obligá me tenían!

tos lavados para el otro día. Lo que me daban era ropa y la casita donde vivía mi mamá. Después ya tenía que ir a alojarme en la casa de los patrones; no me dejaron más ir donde mi mamá ¡Obligá me tenían!

Salía agotada en la noche. Cuando ya terminaba de hacer las cosas, me acostaba; a veces, me tiraba arriba de la cama y ahí mismo amanecía. Al otro día, me levantaba y oscuro me hablaba el caballero: “Mercedes, ya es tarde ¡levántate!, para hacerle la comida a la gente”.

Puro trabajo y trabajo no más. Incluso yo tenía que carniarle: matar una cabra, un cordero. Yo los mataba, los descueraba, porque esos cueros se usaban de apero pa’ las mulas.

El tenía fundo en Tricao y allí donde estábamos: dos fundos tenía ese rico. Tenía muchas mulas. Llevaba las papas, el maíz, los porotos. Todo eso se lo llevaban en cargas para allá, en esos años no habían camiones.

**Nos daban permiso
para ir a las misiones**

Yo no salía a ninguna parte ¿Qué tiempo me iba a quedar de esa manera? ¡Nada, nada! Trabajar era toda mi vida. Eso sí que nos daban permiso para ir a misa. Ibamos con una prima que era niñera de la misma casa. Todos los meses que había misa y cuando habían misiones íbamos.

Nos íbamos a caballo porque las misiones estaban lejos. Yo era muy buena pa’ l caballo. Los caballos los tenía el finao don Ríos que es muerto hacen años. Nos pasaba una bestia mulata, grande y bonita que las podía cantando a las dos, una al anca y la otra en la montura.

La gente era muy católica y las misiones resultaban lindas; se hacía una ramá, comida, empanadas fritas, habían cosas pa’ vender, de todo. Venían dos o tres padres misioneros. En la tarde hacían plática. Iba harta gente pues, toda la gente de por ahí. También iba el veterano, el patrón, iba con su señora. En ese tiempo, no se cantaba en las misas con guitarra como ahora, en otro idioma las hacían y pocazo se entendía.

**Andalicia no tenía miedo,
tiraba balas,
disparaba no más**

En el fundo donde trabajaba no le iba bien a los asaltantes. Allí tenían armas: tenían revólver, escopetas, rifles, unos grandes. En el verano quedaban las mujeres solas.

Una vez vinieron por las gallinas, había un gallinero

y alojaban las gallinas ahí. ¡Tenían una gritería las gallinas! Las estaban pillando con linternas. Andalicía, así se llamaba una hija del patrón, era bien valiente. “¡Vamos!, están pillando gallinas en el gallinero”, le dije yo.

Fíjese que ésta pesca la escopeta y se gana lejitos y empieza a disparar balas. ¡Los bandidos arrancaron pues! Andaba una mujer y dos hombres.

Ella no tenía na' miedo, disparaba no más. ¡Se fueron! A lo que iban lejos gritó el culpable: “¡No me matís, mierda!” Y otro balazo se lo zumbó de atrás.

Las trillas eran algo bonito que se hacía en los fundos. Ahí le echan las yeguas y las van corriendo, van dos hombres. Ellos van correteando las yeguas.

Por el interés de comer y tomar se junta harta gente. Una vez, para una trilla trajeron seis barriles de chicha de Peralillo. Para que no se curara la gente en la mañana se hacía un caldillo. ¡Rico pa' la gente!, valdiviano se llama.

A las doce, comida de carne. Harta comida, charqui-cán, de a dos platos. Se le daban dos vasos de chicha tanteando que no se curaran. Al de la era le daban su copita a lo lejos pa'l polvo. Se cansan amontonando la paja.

A lo que salían a la tarde, se le daba otra vez comida. La carne no fallaba nunca, porque en una vara se ponían sus tres animales muertos. Así que en la tarde le daban harto trago y comida. ¡Se curaban bien curao!

Y la cantora no le mermaba al lado, dándole con la guitarra y ¡vamos bailando cueca chilena! Bailaba la gente ahí. Yo pasaba metía en la cocina, a la cabeza armando la comida. Unas ayudaban a picar porotos, otras a pelar papas, no faltaba la ayuda; pero yo dirigía y arreglaba las comidas.

Un año, la trilla duró dos semanas. ¡Ah! —decía yo— no se termina nunca esto. Quedaba agotada.

Había una señora. Panchita, que ahora es muerta, era cantora y le gustaba harto el vino. Yo me reía sola después ¡Claro!, se curaba y cantaba puras calamidades. Nosotras con mi prima, salíamos a la puerta de la cocina y la mirábamos. “¡Chiquillas! —nos decía— ¡upa!” Y se ponía a cantar y a tocar fuerte la guitarra. La revolvía mucho.

Después tenían que ir a acostarla. Había una ventanita que en la noche, se veía clarito, decía: “Yo creía que me

**Por el interés
de comer y tomar
se juntaba harta gente**

tenían más respeto. ¡Y me dejan durmiendo afuera!” Pensaba que la hacían dormir en el corredor. ¡Buena que los reíamos con la Panchita!

En esos tiempos se usaba mucho la cantora y la guitarra. Total, trilla que no había cantora no iba gente. La gente trabajaba por divertirse y tomar pues. De todas partes concurrían la gente, de a caballo pa’ correr en la era y de a pie pa’ trabajar y así. Era nombrada la trilla de aquí porque sabían que les daban harto licor y buena comida.

Ahí ya monté casa

A los 25 años, ya me casé. El era de Tutuquén, también pa’ la costa. Su familia también tenía tierras. Tenían una tierrecita ahí en Tutuquén. El vendió su parte porque eran varios herederos y se dedicó a hacer casas: era maestro.

Así que se fue a hacer casas pa’ llá donde estaba yo, incluso se fue a hacer casas pa’ l rico. Ahí los conocimos. Conversé con él, nos casamos y salimos de la casa del patrón.

El rico me dio una casita, siempre en lo de él, retirado; pero era muy buena. El rico me quería por puro interés del trabajo que yo le hacía. No me dieron nada cuando me casé, ¡nada! a cambio de servirle yo tanto. Ahí ya monté casa.

Después sufrí mucho: a él se le ocurrió venirse a Tutuquén, por este otro lado. Anduvimos por varias partes. Llegamos a vivir con las cuñás. Con ellas tuve muchos problemas, porque pensaban que yo tenía interés en las cosas de ellas. Yo les dije: “Miren, no me vine aquí por interés, vine porque mi marido me trajo, yo no me intereso de nada de ustedes”.

Se lo pasaban puro murmurando, decían de mí una y otra cosa. La señora del lado me decía que cómo aguantaba tanto: si a veces ni comía. “Váyase —me decía— déjelo solo, porque su marío no hace na’ por esto de verla sufrir”.

El seguía por ahí haciendo casas, trabajando de maestro. Salía temprano en la mañana. A veces llegaba a las doce a almorzar, otras veces almorzaba por allá. Yo era la que sufría todo el día.

Me voy yo con los chiquillos

Pasé años ahí sufriendo. Yo tenía mis chiquillos. La vecina tenía que cuidarlos para que mis cuñás no les pegaran, mientras yo trabajaba en la chacra. Los dos mayores ya trabajaban afuera, los demás, en la casa.

Un día vino él y me dijo que el señor Manuel Espinoza le había dicho que habían unas casas desocupadas en su fundo en Santa Julia. Yo le dije a Víctor:

—Vamos a ver esas casas.

—No, no voy.

—Bueno, si usted no se va a Santa Julia, me voy yo con los chiquillos.

Le dieron casa al tiro. En vista de lo que le dije se decidió. Al otro día, fue un camión a buscarlos. Estuvimos un tiempo y los vinimos a Majadilla donde don Arturo Cabello, que se llama el caballero. Ahí llegué a diez chiquillos.

En ese fundo de Majadilla, vivíamos en un predio. Estuvimos allí diez años. Eso sigue de Tricao pa' la costa, una estación más allá de Tricao. Ese fundo tenía huerto, naranjales, limonales.

Ahí yo trabajaba duramente; les hacía el pan, las galletas. Eso lo hacía en la casa y después me iba a hacerles las cosas a la señora: a lavarle y a planchar, a hacerle la comida a los trabajadores. Ahí habían como quince.

Por el amasado me pagaban una miseria, me pagaban mensual. El pagaba la obligación, así que yo lo hacía pa' ganar un poquito más, pa' mantener a mis hijos. Yo era voluntaria. Me pagaban por hacerle la comida y me daban ración: una galleta en la tarde y otra en la mañana. También la ración de porotos, de trigo —un cuarto de trigo creo que era—.

Me levantaba todos los días a las seis de la mañana, darle desayuno a él y a todos pa' que fueran pa' l trabajo. Mi mamá estaba con nosotros y los niños se los dejaba a ella. Me ponía a hacer las galletas, después el almuerzo y a las casas a hacerle la comida a los trabajadores. Me desocupaba cuando el estaba el sol adentro.

De allí, ya nos volvimos a Tutuquén a trabajar con el rico Javier Espinoza. Mi marido trabajaba en hortalizas. Yo le ayudaba a limpiar, los hijos mayores también. Había tomates, cebollas, ají, sandías, maíz, porotos, todo eso. Tenía harta chacra. Casi me mataba ayudando.

Era malo el rico. Un día se puso a retar a mi marido; me dio tanta rabia que le contesté:

**Me desocupaba
cuando estaba
el sol adentro**

**Con las puras gallinas
me mantenía**

— ¿Qué dice don Eduardo?
— ¡Qué se están manteniendo con lo mío!
— ¿Con lo suyo? Usted no los está manteniendo ¿Usted ha estado limpiando? Nosotros casi los hemos sacado las uñas limpiando, trabajando. Con nuestro propio trabajo los estamos manteniendo. Y eso ¡a media vida! Usted no le perdona al Pancho lo que es un centavo.

Y el rico se quedó calladito. Ese rico era malo, muy amigo de pasar a llevar a los trabajadores, quería pa' él no más.

Yo con las puras gallinas me mantenía. Compraba todas las faltas de la casa vendiendo mis gallinas. Criaba chanchos también. No me faltaba nunca nada, con el favor de Dios.

El asentamiento se vino pa'bajo

Ya después, el mismo Manuel Espinoza de Santa Julia nos llamó de nuevo pa' que nos fuéramos allá. Ahí, él quedó de inquilino. Le daban un cuarto de cuadra de tierra. El trabajaba todo el día y allí yo le iba a ayudar a limpiar. En las tardes se iba a la chacra. Yo no trabajé en el fundo, sólo en ayudarle a él con la tierra. Todos los hijos trabajaban ahí. Ya no tuve tantos sufrimientos porque se ganaba el harina y todo.

En la chacra sembrábamos como ser, papas, porotos y maíz: lo más necesario. Se cosechaba para los gastos de la casa, siempre pa' l gasto. No alcanzaba pa' vender. Apurao pa' la casa no más ¡Si el cuarto de tierra era chico!

Después, el fundo se hizo asentamiento, Roberto Reyes era el hombre que administraba, se portó bien. Cuando él estuvo de presidente no escaseaba nada. Los manejaba a pedidos de azúcar, harina, todos los pedíos.

Después, a ese lo sacaron y quedó el Toño como presidente, mi hijo. Ahí se fue pa' bajo el asentamiento, día a día. Se terminó eso de los pedidos de azúcar, el harina.

Firmándole papeles al ministro, sin destino

Tenían fruta y sembraban remolacha. Les daban un derecho, un tanto de azúcar todos los años, una porción. Otro hijo mío, el Sergio, tenía el azúcar pa' vender. Se la llevó a su casa, se agarraba el azúcar y hacía lo mismo con el harina.

El Toño era el presidente y tenía todo el mando. Mire, cuando había asentamiento ponían al ministro²² ¿Y para qué era el ministro? Para que los insultara a ellos mismos. Yo pillé muchas veces al Toño firmándole papeles al ministro, sin

destino, a escondidas. Le dije a mi hijo: "Qué le firmar tantos papeles. Vos lo estás enriqueciendo, le estáis dando todo lo de los demás que les ha costado tanto. Han trabajado, han dado el sudor de su frente y a él le estás encajando la plata".

Y fue así oiga, todo se lo llevó: el compró lindo tractor, camioneta, citroneta, una pila de cuestiones. ¡Se hizo rico!

Otro, el Hugo, ese también se daba la buena vida. Así pasaba oiga ¡Tanta injusticia!

Yo retaba al Toño cuando lo pillaba firmando papeles; pero el Toño se vendió. Vinieron y le quitaron el tractor con el coloso y todo.

Ellos no tenían deudas, pero el contador hizo una habilidad. Leso el Toño, se vendió: le pasaron plata. Después del Golpe vinieron los carabineros a quitarle el tractor. Pero yo reté a los carabineros. Me dijeron:

—Ya señora, no hable tanto que la metemos presa.

—Bueno, ¡lléveme! —me puse por delante del carabinero— ¡A ver qué hacen con esta vieja allá! Son unos sinvergüenzas. Bien dicen que pa' l pobre no hay justicia; pa' l rico sí.

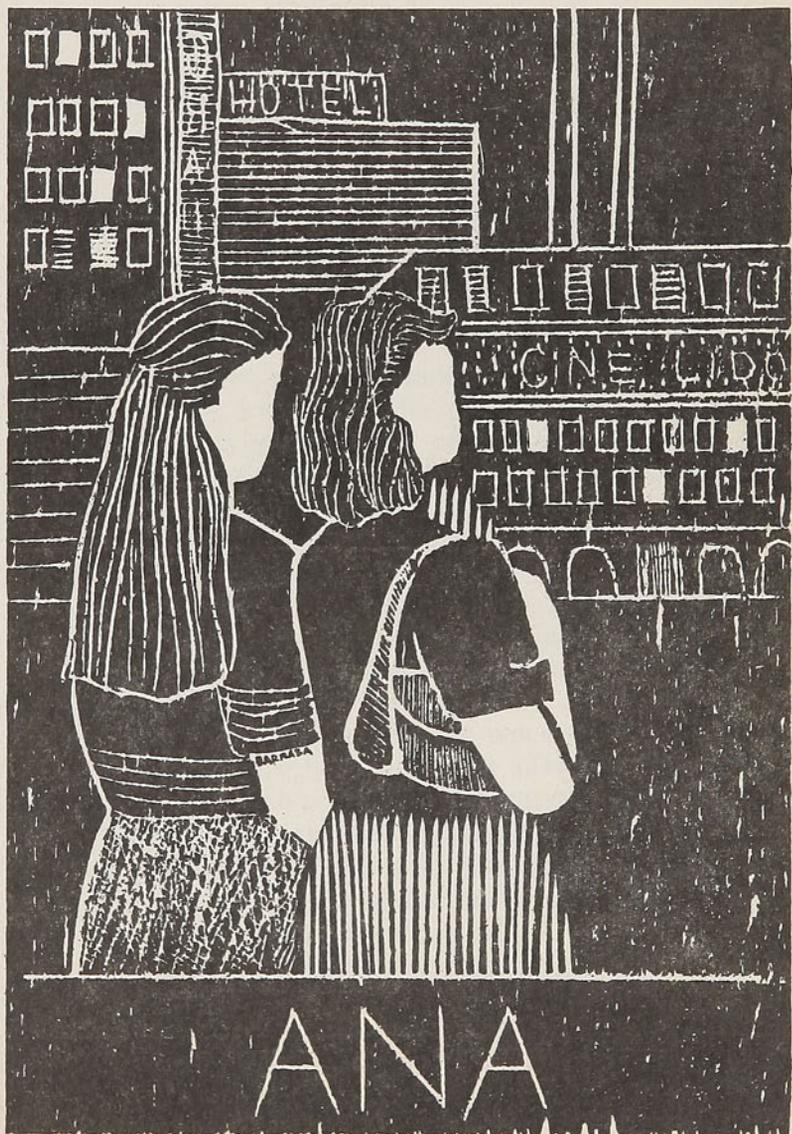
Se lo dije porque el tractor y el coloso era de todos. El Toño se quedó amurrado, no dijo nada y yo seguí: "¡Claro!, se llevan lo que es de todos porque al Toño lo compraron." "¡Vos te vendiste!" Le dije delante de ellos. Por más que lo reté no me hizo caso ¡no entendía nunca! Es malo con nosotros, ¡es muy demasiado malo!

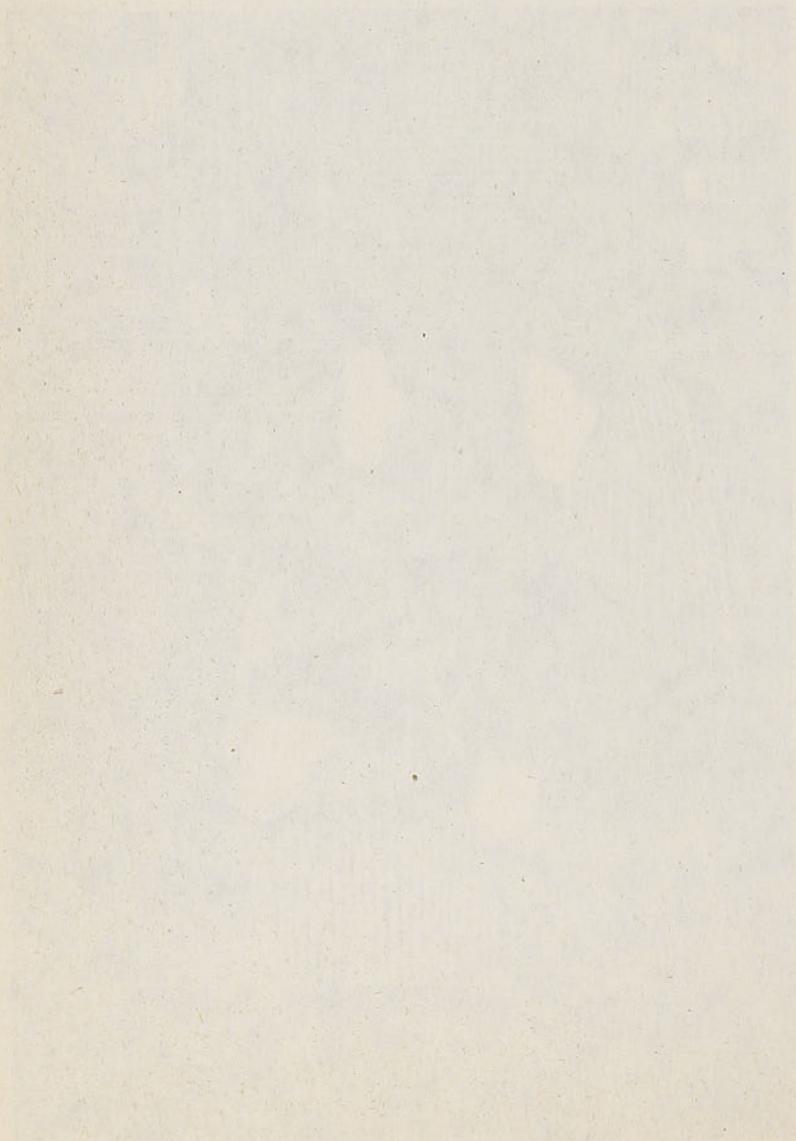
Lo que vino después, de nuevo sufrimiento. Perdimos y el rico de nuevo se hizo patrón, le devolvieron el fundo.

Y aquí estamos, en este sitio estrecho y ya viejos los dos.

Pa' l pobre no hay justicia

Esta historia fue recopilada en **Sarmiento**.
Recopilación: Macarena Mack.
Composición: Sonia Montecino y Ximena Valdés.





Ana Castro

**En los alrededores
de la costa**

Me llamo Ana. Nací en el huerto de Los Olivos en Hualañé, en los alrededores de la costa, en el año 1958. Mi papá trabajaba en ese tiempo en el fundo Majadilla. Era inquilino, trabajaba de obrero en esa parte.

Ibamos a un colegio que quedaba en la costa. Yo estudié ahí hasta Primero Básico. De ahí, ya los vinimos a vivir a Tutuquén. En Tutuquén mi papá tenía tierras. Esas tierras eran de varios hermanos y él tenía su parte y una casa propia. Esa era una casa de ladrillos con el sitio de más o menos una hectárea. Pura hortaliza plantaban: ají, zanahoria, lechugas y con eso, los animales, las cabras, se mantenían todo el año.

Después tuvimos problemas, porque como éramos tantos, mis tías se portaban mal con nosotros. Le hacían la vida imposible a mi mamá y debido a eso buscamos por acá. Nos vinimos al fundo Santa Julia, cerca de Curicó.

**Tenía que hacer comida
para todos mis hermanos**

Ahí yo tenía 7 años; algunas de mis hermanas estaban chicas, las mayores entraron a trabajar y yo era la que quedaba en la casa. En ese tiempo también empezó la enfermedad de mi mamá. Así que prácticamente de los 7 años que me tocaba hacer el almuerzo. Era tan chica que me subía arriba de las sillas para alcanzar la olla, unas ollas inmensas en donde tenía que hacer comida para todos mis hermanos.

Mi mamá me explicaba cómo hacer la comida. Como éramos una familia tan grande sólo cocinábamos porotos. Ella me decía hace esto y esto otro: fueron las primeras explicaciones, porque después yo hacía todo sola.

A mí me encantaba hacerlo todo pero, como yo era tan chica, mi papi se levantaba a las cuatro o cinco de la mañana a dejarlos hecho el pan, las sopaipillas. Mi mamá seguía enferma. Yo lavaba y arreglaba a mis hermanitas para ir al colegio. A mi mamá la dejábamos con la Flor, que era la guagua pues; ella quedaba acostada y no se despegaba del lado de mi

mamá.

Cuando llegamos al fundo, en Santa Julia, los hermanos empezaron todos a trabajar; tenían 13, 14 años. En ese tiempo había manzanal. En el tiempo de la manzana, cortaban manzanas, podaban. Podaban viña, guindas. A mi papá le tocaba regar los manzanos y las hectáreas de tierra sembrada que había. A mis hermanos, les tocaba arar, sembrar, todas esas cosas.

La garantía que tenía mi papá era que —como estaban mis hermanos— le dieron el huerto de la casa para que sembrara. Así que mi papá sembraba de todo un poquito, y parece que le daban un cuarto de cuadra también, en el fundo. Ahí sembraba otro poco y las cosechas se dejaban para el año, para la casa. Mi mamá siempre trabajaba, siempre ayudaba, pero ya no trabajaba de obligá en el fundo.

De Tutuquén nos vinimos tan pobres ¡Eramos pobres! Cuando recién llegamos al fundo les pagaban muy poco. Eran algo de \$ 200 que sacaban mensual —eran escudos en esos años— y otra que no alcanzaba... Alcanzaba apurao pa' comprar la comida. La ropa la compraban mis hermanos que trabajaban. Pero a veces andábamos descalzos. Me acuerdo que hasta los 13 años, todavía usaba zapatos plásticos. Después, unas vecinas los tomaron mucho cariño —eran los administradores del fundo del frente, de Los Acacios— y nos regalaban ropa, zapatos. Ropa usada de las niñas. Esa gente nos ayudó mucho.

Me acuerdo que cuando tenía como 9 años, anduvo una enfermedad, una epidemia, la influenza, y resultó que nos daba a todos porque estábamos débiles y éramos chicos. ¡Nos dio a todos en la casa!, a mi papá, a mis hermanos, estábamos todos en cama. No teníamos quién nos pasara un vaso de agua.

Pero mi papá se levantaba —así enfermo como estaba— y nos hacía remedio. El, con puros remedios caseros nos mejoraba. Me acuerdo que él hacía unas aguas con yerba dulce, con sauce amargo, las raspaduras para la fiebre. Y así hasta que nos mejoró a todos, los íbamos mejorando uno a uno, hasta que los mejoramos todos.

**Le dieron
el huerto de la casa**

**La plata alcanzaba apurao
pa' la comida**

**Mi papá nos mejoró a todos
con yerba dulce**

Le habían cargado la casa con tierra de cementerio

De ahí, mi mamá seguía con la enfermedad que ella tenía y nadie se explicaba qué le pasaba, no se sabía lo que tenía. Un día estaba tan mal en la noche que nos llamó a todos. Nosotros estábamos chiquititas y le dijo a mi papá que por favor se preocupara de nosotras, porque tal vez no iba a vivir más para cuidarnos. Lo único que pidió a Dios esa noche, que para qué le hacía tanto sufrimiento: o bien se la llevaba o la mejoraba. Hasta que un día —era el tiempo de febrero— llega a la casa una niña con otra señora. Pasó a pedir agua y pregunta por mi mamá; que ella sabe que mi mamá está en la casa y que viene a verla. Que la dejen pasar.

Mi mamá la dejó pasar y nos pidió que la dejáramos sola con ella. Estuvieron como media hora adentro con la puerta cerrada y después salió. Fuimos a preguntarle a mi mamá y ella nos pidió que le pilláramos esa gallina que andaba enferma porque se la iba a llevar la niña.

La niña nos dice: “Yo voy a mejorar a su mamita. A la mamita le quedan horas de vida no más; pero yo se las voy a mejorar”. Le preguntamos a mi mamá y ella nos explica, nos dice que la niña le ha dicho que ella tiene un mal muy grande. Que le habían cargado la casa con tierra de cementerio y que el mal caía sobre todos, por eso, pasábamos enfermos: la plata que se ganaba no lucía nada.

La gallina aletaba en la noche

Teníamos dos aves: una gallina y una polla huacha. La gallina estaba loca y la otra era la que andaba con la cola arrastrándose. Cuando mi mamá andaba un poquito mejor la gallina andaba con la cola más levantada; cuando estaba bien mal, la gallina se arrastraba.

Había una cuna —donde dormía la Flor— y ahí tenía la gallina. Le costaba tanto para subirse que aletaba. Entonces mi mamá nos dice: “La niña no va a cobrar nada, sólo quiere la gallina”. Ella le dio la gallina y la niña le dijo que al otro día iba a amanecer buena y sana. No iba a dolerle ni una uña. Mi mamá nos decía: “Esta niña debe estar loca, si yo tantos meses llevo postrá en la cama y me voy a levantar mañana buena y sana ¡Imposible!” La niña le dijo que en la noche la iba a venir la a ver.

Ya pues, sucedió que en la noche nos dormimos y al otro día, antes que despertáramos, mi mamá se había levantado, estaba buena y sana. Se había mejorado. No sentía un do-

lor, nada.

Nos cuenta que en la noche vino esta niña, conversó con ella. Se sentó a los pies de la cama, pero ella no puede acordarse lo que conversaron, sólo que ella sintió la gallina en la noche cuando... igual como cuando se subía a poner, ¡aletiaba! La sintió igualito en la noche.

Nosotros no la vimos, nadie la vio. Nadie le abrió la puerta para que entrara. Era como un espíritu, como que vino el espíritu de ella.

La niña le dijo que el mal se lo había hecho una vecina que se había valido de otra persona. Y se lo habían hecho por pura envidia, porque ella era tan demasiado buena. Nosotros supimos al tiro quién había sido.

En el tiempo que mi mamá estaba enferma había una vieja, una señora de edad, ya viejuja, que andaba chascona y pasaba en la casa. Esa vieja venía todos los días a ver a mi mamá. Le daba cuestiones, le daba remedios. Nosotros pensamos que esta señora era la que la estaba matando.

Después murió esa viejuja, murió toda corrompida. ¡Murió llena de malezas! ¡Se la comieron las malezas! Creo que cuando la estaban velando, le salían los piojos pa' fuera del ataúd. "Se le reventó la piojera", como se dice. Estaba llena de malezas y se empezó a corromper, a hacerse hoyos por todo el cuerpo.

Como se dice: las personas que hacen mal la pagan toda en esta vida. Entonces ella, antes de morir tuvo que pagarla, tuvo una agonía tan fea ¡tan fea que se rompió toda!

La niña le dijo a mi mamá que desde ese día iba a tener buena salud, iba a empezar a tener aves. Ya se iba a componer todo en mi casa y ella iba a tener muchos años de vida, iba a tener muy larga vida.

Mi mamá siguió bien de salud, empezó a tener aves. A mi papá se le compuso el trabajo. A mis hermanos les empezaron a dar una ración en el fundo: les daban porotos, harina. Les empezó a ir bien en los sembrados y ya teníamos de todo. Por supuesto que nosotros pudimos seguir estudiando mucho mejor; ya nos compraban zapatos, todo lo necesario.

Empezamos a ayudarle a mi papá en la tierra. El nos

**La vieja murió
llena de malezas**

**Desde ahí nos empezó a
ir bien en los sembrados**

llevaba a limpiar. Sembraba porotos, papas, maíz. Cuando ya empezaban las limpias, nos hacía un azadón chiquitito. ¡A limpiar todos! Pasábamos las tardes enteras limpiando, en la mañana bien tempranito a limpiar.

Era una felicidad que nos llevara a limpiar

En las mañanas nos despertábamos como a las seis y limpiábamos hasta las diez, hasta la hora que empezaba a hacer calor y en la tarde íbamos, por ahí, a las cinco hasta las ocho y media.

El maíz al sembrarlo sale demasiado junto, salen sus dos matas juntas y donde hay dos matas juntas había que dejar una. Si había tres, se dejaba una.

Después venía el tiempo de la cosecha. Primero que nada, nos tocaba arrancar los porotos. A las tres de la tarde íbamos a los porotos. Había un río cerca, así que a cada rato los tirábamos al río para que se nos pasara la calor. Y con el traje de baño todo mojado ¡vamos arrancando porotos!, y nosotros feliz. Para nosotros era una felicidad que nos llevara mi papá a limpiar.

De ahí: la trilla. Trillábamos con el mismo tractor, andábamos ahí encaramaos, entremedio, acostaos arriba de los sacos. Nos gustaba ir a las trillas por las rumas de paja, para meterlos adentro y como hacían unas rumas inmensas de paja de porotos, nos poníamos a jugar, a darlos vuelta en el aire. Y le ayudábamos así a recoger todos los protitos que quedaban en la era.

**Partíamos ¡miéchica!
a unos potreros a buscar
los terneros**

Entonces trillaban con seis yeguas y con unos lazos, de atrás las iba arriando mi papá. Daban vuelta toda la era. A veces, montamos arriba.

Mi papá empezó a tener animales, tenía vacas. A mí me tocaba ir a apartar. Mi papá me enseñó a laciár. El tenía una yegua mansita y me la ensillaba para que yo fuera a buscar los terneros. Como estábamos las cuatro chicas, los encaramábamos las cuatro en la yegua y partíamos ¡miéchica!, a unos potreros a buscar los terneros.

Nos traíamos los terneros, los encerrábamos, les colocábamos unos morrales para que no le mamaran la leche a las vacas. Al otro día, tempranito sacábamos la leche. Hacíamos guerra de leche con mis hermanas, yo por un lado, la Lola por

el otro y el perro con el hocico abierto recibiendo leche...

La leña la íbamos a buscar al fondo del manzanal. Había una corrida de sauces, los encaramábamos en los sauces. Llevábamos un machete, un cuchillo grande y cortábamos la leña.

Ese año, la Susana tenía 11, la María tenía 8 y la Flor como 6. Estábamos chicas todavía; pero nosotras a pesar de las pobrezas que habían ¡éramos tan felices! No lo importaba, porque la vida era tan libre, en pleno campo, disfrutando de la naturaleza, de los animales. Lo que más nos encantaba era pasar metidas en los potreros, montadas en la yegua. Teníamos tres vacas no más, pero era una tanda que dábamos.

Cuando no era la chacra, era la tanda con los animales, las vacas, los terneros o los chanchos. Nosotras los íbamos a meter, los subíamos arriba de la chanchera; pero lo que más nos gustaba era encaramarnos a los árboles. Los subíamos a los sauces y hacíamos esos columpios, nos columpiábamos ahí.

Estudiábamos aquí en Sarmiento. De Sarmiento a Santa Julia eran tres kilómetros. En la pura mañana teníamos micro para irlos, ya en la tarde volvíamos a patita. Todos teníamos muy buenas calificaciones, nos gustaba mucho ir al colegio.

A mí no me gustaba juntarme con nadie, tenía un carácter muy raro, siempre fui muy callada; pero en el colegio participaba. Me gustaba participar en los sketch cómicos. Las profesoras me decían que yo tenía aspiraciones de artista.

Una vez, inventé un sketch de la abuelita y otras compañeras eran las nietas. Me vestían de abuelita con bastón. Salí retando a mis nietas porque no me atendían bien, que eran malas conmigo: me iban a mandar a un asilo. Les gustó tanto a las profesoras que siempre me tocaba recitar. El día lunes, en los actos, el profesor jefe me enseñaba poemas, yo los recitaba. Los poemas eran de la Gabriela Mistral, de Pablo Neruda, todos esos poemas.

También participé en el atletismo. Íbamos a jugar básquetbol, a jugar con las escuelas de Molina, con las de

La vida era tan libre

Tenía aspiraciones de artista

Curicó.

**Con la Reforma Agraria
se arregla la situación**

Salí de Octavo Año. Yo pensaba que iba a llegar a ese curso no más; pero en mi casa se había arreglado la situación, porque vino la Reforma Agraria y se tomaron los fundos.

Así que ahí, donde vivíamos nosotros, ese año les fue super bien. El primer año que se tomaron el fundo cosecharon cualquier cantidad de manzanas. Les fue bien en las siembras, vendieron todo y se repartieron la plata. Tocaron buena plata.

Nosotros, como estábamos tan pobres, no teníamos nada y por eso mi papá se compró el televisor, se compró comedor con sillas, compró de todo un poco y depositó plata en el banco.

En el tiempo de la Reforma Agraria, cuando se tomaron los fundos, pasaron los trabajadores a trabajar la tierra. Todo lo que ganaban se lo repartían. Ese año le vendieron todas las manzanas a David del Curto,²³ un comerciante —ese mismo que exporta ahora—. También entregaban remolacha a la IANSA²⁴.

Ese año la directora del colegio habló con mi mamá para decirle que me matriculara en el liceo. Mi mamá no estaba muy convencida, no ve que la gente del campo es tan... Le habían llenado la cabeza de cuentos, que allá me iba a enamorar, que no iba a estudiar; pero la directora la convenció y ¡ya pues!

**La gente se empezó a
poner floja y a dejar
la tierra botá**

Di la prueba de admisión y salí bien, quedé aceptada en el Liceo. Entré a Primero Medio. Ese año para mí fue super fácil estudiar, porque había plata. Ya al año siguiente empezó a ponerse difícil, porque resulta que en el asentamiento, la gente —los trabajadores— se empezó a poner floja. No querían trabajar, se dedicaron a llevarse puro andando. Y ahí empezaron a dejar la tierra botá, no producía lo que producía los años anteriores.

Así que la producción salía pésima en el año, era tan poca la ganancia. Los dirigentes que habían empezaron a avivarse. Había un presidente, un secretario y un tesorero y tocó que el presidente era mi hermano, el Toño. A ellos les tocaba retirar la plata, entonces, se quedaban con la mitad y los de-

más tocaban una miseria.

Ahí ya se empezó a poner crítica de nuevo la situación. Entró también mi hermana a estudiar; en medio de todas esas dificultades íbamos no más a estudiar. Estábamos en el Liceo Politécnico de Curicó, y a patita no más volvíamos.

Y ahí empezamos nosotras las temporadas. En el verano a trabajar en la manzana. Trabajamos en la Pacard seleccionando, incluso cortábamos la manzana. Desde que empezaba la cosecha íbamos a trabajar. En el Asentamiento recogíamos porotos y los vendíamos. Juntábamos plata para comprarnos las cosas del colegio, los libros, los cuadernos, los uniformes, las cosas necesarias.

En enero venía la gente; el Asentamiento le daba trabajo a mucha gente de afuera. Venía gente de Temuco, de Concepción, la gente de más al sur. Venían a inscribirse. Tomaban 40 ó 50 personas, cortadores de manzana y tomaban sus 30 seleccionadoras y embaladoras.

Esa gente se quedaba toda la cosecha. Habían mujeres que venían con niños; se les daba el pan y se les hacía comida. La mayoría de los hombres eran del sur, así que se quedaban en la misma Pacard a vivir durante toda la cosecha. Había una bodega aparte, donde hacían cama de paja y ahí dormían pues.

Los de afuera, una vez terminada la manzana, se iban a la vendimia, cortaban uvas. Terminado eso, se iban a otras partes donde había nuevos trabajos. Se iban a las limpias de remolacha, esas cosas.

Pero nosotros trabajábamos ahí no más las temporadas. A mí esos meses me encantaban, era una maravilla que llegaran esos meses. Teníamos un horario, se entraba a las ocho de la mañana y después hasta las doce. Se entraba después a la una y se salía a las cinco y media.

Nosotras andábamos con escaleras igual que los hombres para cortar la manzana. Con las escaleras al hombro, todas, igual a ellos pues. Eramos un grupo donde todas éramos iguales. Nadie se propasaba tampoco, porque mi hermano era el presidente del Asentamiento.

Nosotras éramos ahombradas. A veces en la Pacard

**Para estudiar nos pusimos
a trabajar en las manzanas**

**Teníamos que andar
con la escalera
igual que los hombres**

no habían cajones. Estábamos sus dos horas esperando que llegaran y ahí los juntábamos con los hombres a puro contar chistes, metías en el grupo, hablando de todo.

Llegaban los camiones: nos tocaba descargar los camiones, bajar las cajas al hombro ¡Si teníamos una fuerza única! Descargábamos los cajones del camión y después cargábamos, igual que los hombres con las cajas de manzana al hombro.

Mi hermana llevaba la contabilidad, así que se subía arriba de los camiones, en lo último, arriba, contando las cajas, y a veces se ponía a pelear con los camioneros porque querían hacerla lesa.

Le decían que iban menos cajas y ella sabía que iban más, así que: meta pelear con los camioneros y a veces con el mismo que compraba las manzanas. Ese mismo a veces, decía que había menos gramos, entonces discutían y discutían. Era bien alegadora.

Estamos encariñados con la Pacard

Era una época tan linda. Estábamos tan unidos con los chiquillos. Esa época del Asentamiento fue muy linda. Los chiquillos nos decían: “Nosotros encontramos el fin de semana muy largo, parece que el día sábado y domingo nos viniéramos para acá”.

También, les cambiábamos a los ovejeros manzanas por corderos y los hacíamos un buen asado. Cantábamos, bailábamos y ellos nos decían: “Es tanto lo que estamos encariñados con la Pacard que no los dan deseos de irlos en la tarde”.

Cuando terminaba la época de la manzana, ellos estaban viniendo a verlos dos meses después, porque no se acostumbraban en el pueblo, ya estaban acostumbrados a compartir con nosotros.

Ellos venían de Curicó y la gente que venía del sur se iba tan contenta, que decía: “Ojalá al otro año los encontremos de nuevo, ha sido una experiencia tan linda trabajar con ustedes”. Así que, cuando llegaba el tiempo que se acababa la temporada ¡buuh!, eran puras lamentaciones. Se iba la gente, nosotros sentíamos tanta soledad. Porque eran sus tres meses que nos habíamos encontrado 100 personas, acostumbrados a estar todos juntos.

Después, venía el invierno, ya íbamos al colegio y hasta el año siguiente. El año siguiente, la mayoría de las veces,

venía la misma gente; pero ya faltaban sus cinco que habían venido antes y así, de a poco, iba viniendo gente nueva, ya no la misma. Pero, igual se iban todos felices.

Sí, era una armonía tremenda. Mi papá también andaba muy contento, porque como los chiquillos eran tan amigos de nosotras. Supongamos que le tocaba un fin de semana quebrar maíz, nosotras le decíamos a los cabros, a toda la gente que había del sur, sus 10 ó 20 chiquillos: “¿Van a ayudarnos?” “Por supuesto —decían ellos— vamos a terminar rapidito”. Mi mamá les hacía un buen almuerzo en la casa y nos ayudaban pues. Encantados iban a la chacra.

Partíamos y en una hora teníamos toda la cosecha ya en la casa. Ahí pasaban todo el día y mi mamá les hacía una buena cazuela de ave. Mi papá compraba una garrafa de vino, les dábamos un traguito y comida: ¡felices!, y nosotros también, porque no nos tocaba tanto trabajo cuando los ayudaba esa gente que trabajaba en la manzana. En un ratito sacábamos las papas, el maíz, todo. Y pelusiábamos tanto, los días no se sentían ahí metidos en el grupo.

Antes de la manzana —en diciembre— uno de los trabajos favoritos era la guinda. Tenían un guindal ahí, al lado donde vivíamos. A nosotras ya nos conocían, así que nos mandaban a buscar todos los años para que fuéramos a cortar. Nos pagaban por kilos, los pagaban algo así como un peso por el kilo.

El último año que yo corté guindas fue en el 1980. Cortábamos varios kilos, ganábamos muchísimo y con esas platas ya íbamos juntando. Con la corta de guindas los comprábamos ropa nueva para la Pascua, para el Año Nuevo.

También tuvimos meses malos —ya que se enfermaba mi papá o mi mamá— así que todos teníamos que trabajar en algo para aportar a la casa y para poder seguir estudiando.

Poco después del Golpe, tuvimos que irnos del fundo, del asentamiento. Ahí, mi papá vendió sus vacas para comprar aquí en Sarmiento donde vivimos. Para comprarnos este sitio y establecernos. Hacer algo propio donde pudiéramos es-

**Los chiquillos del sur
nos ayudaban a la quiebra
del maíz**

**La guinda era
el trabajo favorito**

**Después aparceraron
toda esa payasá**

tar tranquilos y no estar preocupándonos todos los días que nos dijeran: “Se van” y no tuviéramos donde ir.

Lo que pasó es que aparceraron toda esa payasá, pero ahí en el asentamiento donde vivíamos no parcelaron, sino que lo devolvieron a su dueño.

Entonces el dueño del fundo, inmediatamente cuando se lo devolvieron, les dijo a la gente que tenían que irse. Se lo entregaron por octubre y él le dijo que tenían plazo hasta mayo del año siguiente para que se fueran. ¡Imagínense!, mi papá sólo tenía el sitio aquí. No tenía nada, ni un palo pa' parar la casa.

Los echaban a trabajar en lo más cruel

Por suerte, mi papá tenía unos ahorritos en el banco. Con eso fue preparando, comprando pizarreño, comprando la madera. En pleno invierno paró esta casa. Y así, como otros, nos vinimos aquí. Después del Golpe, Sarmiento empezó a crecer, con más casas, con gente que echaban de los fundos.

Pero antes, el dueño del fundo los hizo trabajar como esclavos. Los hacía trabajar a la mayor brutalidad. A mi papá, como lo veía viejo —por eso él se enfermó— lo echaba a los trabajos más pesados. A raspar, a arar, a lo peor. Los echaba a todos a trabajar en lo más cruel que había, para que se aburrieran y se fueran rápido. Así qué mi papá, apenas pudo parar su casa, se cambió.

De primera tenían todo descubierto, no habían puertas, una pura pieza y un frío tremendo, un frío que traspasaba. Yo no sé cómo soportaba mi mamá ese frío, pero se vinieron no más, para no estar aguantando los malos tratos del patrón.

Entré a trabajar a un taller

Ahí las cosas empezaron a ponerse mal de nuevo; sin plata y venían las enfermedades. No sabía si irme o no, para encontrar un trabajo y ayudarlo. Mi hermana se había casado y ya estaba en Santiago. Mis hermanos se portaron super mal y nunca ayudaron en nada. Total que me decidí a trabajar en Curicó. Yo dije: “Tengo que salir adelante de alguna manera, no puedo seguir en este abismo”. Verlos así y más encima, cuando se cambiaron aquí, mi papá presentó sus papeles para la jubilación ¡y le sale esa miseria! \$ 1.600 de jubilación ¿Se da cuenta? Esto porque los patronos no les mandaban las libre-

tas al canje. No, no podíamos vivir con esa miseria.

Terminé el Cuarto Medio, hicimos prácticas y entré a trabajar a un taller. Hacía trabajos para la casa, recibía costura y de algo me servía para ayudarlos a ellos.

Como habíamos trabajado el año anterior en la manzana, nos alcanzó para dejarles plata y comprarle cosas a mis padres para que se mantuvieran. Nos había ido bien los tres meses de la Pacard. Sería como el 80.

En septiembre, le dije a mi mamá. "Voy a trabajar hasta el 18 no más y voy a juntar plata para irme a Santiago, esa es la única manera que puedo ayudarlos".

Poco antes, entré a trabajar en una hostería como garzona, aquí en Romeral. El Trauco se llama. Yo tenía que atender las mesas, pero no falta gente abusadora: cuando nos fuimos al trato, el caballero me dijo que había más garzonas y que iba a tener mi tiempo libre y todo. Después, yo veo que no hay ninguna otra garzona y ¡cualquier cantidad de gente! ¡Imagínese!, todo el día corriendo para allá y para acá con las bandejas, con todo. Hasta las tres de la mañana me lo pasaba en eso.

Los dueños de la hostería me dieron una pieza ahí mismo, así que no volvía a mi casa. Me pusieron bien segura con ellos. Me pagaban \$ 2.500 y la propina que era un 10^o/o. Las propinas eran buenas. Pero yo sufrí mucho, porque justo mi papá se enfermó y yo lloraba pensando en él.

Me acostaba a las tres de la mañana y me levantaba a las siete; andaba como sonámbula y corriendo de allá para acá. Por suerte que no se me cayó ni una bandeja ni quemé a ningún viejo y eso que vivía corriendo para todos lados con las bandejitas.

Un día, ya tenía plata junta. Había juntado bastante con las propinas y yo dije: "Ya, ahora me echo al pollo". Y me vine. Llegué a Curicó y compré de todo para la casa. Compré mercadería y dejé la pura plata para el pasaje a Santiago. Llegué a mi casa para el 18 y el 21 de septiembre me fui a Santiago. Eso fue el año pasado.

Me vine donde mi hermana casada. Me fui a trabajar de niñera en Vitacura. Mi hermana estaba trabajando en un

**Trabajé en una hostería
como garzona**

**En Santiago tuve suerte
para encontrar trabajo**

supermercado. Tuvimos suerte con el trabajo. Mis patrones eran super buenos, me daban permiso todos los fines de semana para que viniera donde mis parientes.

Yo no conocía a nadie, andaba más perdida que el Teniente Bello. Mi cuñado me iba a buscar al trabajo y a la tercera vez me fui sola. La primera vez andaba perdía total, despistada. Estuve allí dos meses, me pagaban al mes y empecé a mandar la mitad de lo que ganaba a la casa. Me pagaban \$ 4.000, le mandaba la mitad a mi mamá y con la otra me compraba ropa o algo para mí.

Mi hermana María se informó por ahí y leyó un aviso que necesitaban una niña para coser en un taller. Me presenté y me aceptaron. De primera, empecé a trato. Trabajaba a trato. Yo le pegaba poco a las máquinas industriales, no las conocía, por eso no sacaba mucho. Después ya me fui especializando, aprendiendo de todo un poco. Ya me fueron tomando confianza y me hicieron un sueldo fijo.

Empezamos a arrendar con mi hermana, nos independizamos y arrendamos una pieza solas. Claro que tuvimos cualquier cantidad de problemas: habían días enteros que no comíamos. Pasábamos días enteros en blanco, sin nada.

Todos los meses venía a mi casa a ver a mis papás. Me establecí en ese trabajo, fui adquiriendo conocimientos. Ganaba poco, pero me conformaba, porque yo sabía que ahí estaba aprendiendo y después podía estar capacitada para trabajar en cualquier otra parte. Estuve seis meses en ese taller y ya sabía el manejo de una fábrica completa, todo el asunto que fuera de máquinas.

Después me cambié —donde trabajo actualmente. Llegué a esa fábrica a través de una señora que había trabajado en el taller. Ella sabía que abusaban de mí y me dio el dato. Me salí y entré a trabajar. Me dijeron cómo era el trato, lo que iba a ganar. Era mucho más, el doble de donde yo estaba. Yo me puse contenta porque así iba a ayudar a mi mamá. Cerraron la fábrica por el verano, así es que aquí puedo trabajar en las temporadas hasta marzo, igual que mi hermana, que pidió vacaciones.

**El tiene un carácter raro,
se me espanta**

Realmente, yo me he dedicado poco al amor, el asunto del pololeo, a la parte sentimental. Quizás me he dedicado demasiado poco a eso, no sé. Tal vez Dios no habrá que-

rido que me enamore, o bien, me va a ir mal en esa parte.

En Santiago yo pololiaba con un niño militar, o sea, estaba en el Ejército, estaba recibido, trabajaba y se fracturó un brazo. Por eso lo jubilaron. Tiene 23 años ese niño y como le dan una pensión tan chica, el trabaja, hace otros trabajos. El trabaja en llaves, tiene un taller; yo lo conocí porque mi trabajo estaba al lado de su taller.

El vino conmigo al campo, aquí lo conocen. El viene al sur todos los años porque su papá —que es carabinero— tiene casa en Villarrica, Pucón, todas esas partes del sur. Eso llenó un poco la soledad de mi vida, yo me sentía tan sola; pero este niño ¡es tan raro! Tiene un carácter tan raro. De repente se me espanta.

El es muy problemático, nunca he llegado a comprender la personalidad de él. Hay meses que está a la pinta ¡puchas!, le baja todo el amor y de repente no. Tiene muchos problemas, pelea mucho con el papá y se echa todas esas cosas encima.

Quería que nos casáramos ¡loco porque nos casáramos! Pero yo me arrepentí, porque sólo lo conocía cuatro meses. Siempre me reprocha eso: “Tú siempre andai corriéndote”, me dice.

Enfrentarse así tan de repentón a una ciudad grande es difícil. Una no conoce a nadie y se siente acorralada. Ahí, ya echa de menos la casa, se añora a los papás, porque en la casa uno teniendo un pedazo de pan, lo comparte. Allá, si no tiene, no come no más pues.

Nosotras con mi hermana éramos ¡infantilísimas! A pesar de la edad que teníamos éramos totalmente infantiles. Para nosotras era todo color de rosa y mente infantil. Entonces, como se dice, los golpes enseñan a la gente y esa es la verdad de las cosas. Porque a nosotras ¡vaya que nos ha golpeado duro la vida en la ciudad! Es como si la gente huele que tú eres del campo. Yo no sé como la huelen; pero saben derecho que uno viene de acá y se aprovechan.

Las amigas son lo peor. Ya te empiezan a invitar a las “fiestecitas”, te presentan a un “amiguito”. De primera, todo es normal y de repente te ves metida en un lío. Cosas esas que nos pasaron con mi hermana: nos presentaron jovencitos que nos invitaban a las fiestas y nosotras veíamos cada cosa.

**A nosotras nos ha golpeado
duro la vida en la ciudad**

Por suerte que mi mamá nos había advertido y ya nosotras sabíamos que no podíamos hacer eso que veíamos.

Y es por el engaño que cae la gente. En la ciudad se puede caer en el mal camino fácilmente. Pero nos retirábamos al tiro. Con mi hermana ya no tenemos ninguna amiga, porque las amigas eran de esas que si tú no ibas con el amigo que te presentaban decían: “Esta huasa tal por cuál, ésta es del campo”. ¡Cuántos insultos no nos llevamos! Que mira, cualquier persona te trata de “huasa bruta”, de “campesina”.

Pero a mí no me daba cólera, no me importaba que me dijeran así, porque una sabe que hace un trabajo honrado, no se gana la plata en forma sucia. Habían unas amigas que me decían: “¡Puchas!, con tu físico, con tu cuerpo, te presento a un viejo con plata, le sacai cualquier cantidad, te da casa, te da de todo tonta, no tenís pa’ que trabajar más”. ¿Cómo le vas a decir a tus hijos más adelante en qué te ganaste la plata? Yo prefiero no corromper mi vida. Muchas veces nos trataron de mariconas con mi hermana porque no queríamos hacer lo que nos decían.

La tradición del campo es que la mujer ayude al hombre

Yo pienso que es mejor casarse con un hombre del campo, aunque la hagan trabajar a la mujer. Son mejores porque, por lo menos, te tratan de tener lo más necesario: la comida. Con el marido del campo la comida no te va a fallar jamás. Porque aunque saca una porquería, la saca y la saca de la tierra, nada te va a faltar porque lo recoges de ahí mismo, aunque sea de un pedacito de tierra que tengas.

El hombre del campo hace trabajar a su mujer. Supongamos que yo me caso con un niño del campo. Del momento que se casa me diría: “Yo voy a sembrar, voy a plantar cebollas, hortalizas, así que tienes que ayudarme a limpiar, tienes que ayudarme a cosechar”. Y si me lo dice voy a tener que hacerlo porque así es la tradición en el campo. Si no, va a decir: “¡Chis!, la señora con que me casé, más floja, le gusta puro pasarse en la casa.” Así es en el campo: la mujer le ayuda al hombre.

Claro que en estos tiempos ya no es tanto, porque el trabajo que más realiza la mujer es en las frutas, no tanto en el campo. Ahora, el campesino, como ya se terminó el asunto de la Reforma Agraria, todo eso lo devolvieron a los fundos y la mayoría de los campesinos trabaja apatronado, así que el cam-

pesino ya no tiene tierra en qué sembrar. Antes sembraba libremente; pero ahora le trabaja al patrón no más pues, sin ración, sin nada y otros tienen puro sitio y con suerte trabajo en el verano.

Los hombres deberían saber realizar los trabajos de la mujer. Las mujeres no tenemos problemas para hacer el trabajo del hombre —como le contaba que éramos nosotras pa' las temporadas. El hombre por lo menos tiene que saber lavar, planchar, cocinar, todo eso y ¡hacerlo bien!, porque no todo le va a tocar a la mujer pues. Claro que las mujeres somos quemaditas: nos toca todo el trabajo. Más encima de trabajar afuera, te queda todo lo de la casa.

Yo creo que ambos tenemos que ser iguales: el hombre y la mujer. No es lógico, hay que ponerse en el presente, en la vida que estamos viviendo; no podemos volver atrás, al pasado de antes; tenemos que civilizarnos y así como las mujeres nos sacrificamos, el hombre también pu'. Tenemos que compartir aunque nunca vamos a ser iguales, pero por lo menos, en esa partecita que sea, que a la mujer no le toque todo el peso.

Porque en el campo, el trabajo es pesado: después de sacarse la porquería la mujer, limpiando o arrancando porotos, llega a la casa y hacer todo lo que espera. Si los dos aportaran, entonces, sería un alivio, ya no sería tan pesado para ella ni para él.

Por ahí yo creo que se forman los problemas que tiene la mujer en el campo. No posee tanta fuerza para realizar tanto trabajo. El marido la saca en la mañana para que le ayude en el campo. Si tienen niños, esos niños quedan al cuidado de la vecina por un día o dos, después va a tener que llevarse los niños con ella. La mujer de por sí ya va a estar pensando: tengo que llegar a la casa a hacer aseo, tengo que planchar, tengo que lavar, tengo que hacer almuerzo ¡Puchas!, voy a llegar a la noche. ¿Voy a alcanzar a hacer todo esto si sé que tengo que hacerlo sola?

Entonces, esa es la tensión que empieza a tomar a la mujer, el nerviosismo; porque sabe que no va a poder hacer todo lo que le espera en la casa y ya le van a empezar los problemas con el marido.

Las mujeres somos quemaditas: pero tenemos que civilizarnos

El nerviosismo empieza a tomar a la mujer

Los curas me daban consejos para no hundirme

Una de las experiencias más lindas que tuve fue con los grupos juveniles. Yo estaba en contacto con la juventud cristiana, iba a la iglesia, conversaba con los curas. Los curas me aconsejaron mucho. Yo les contaba todo, de mis problemas, de la casa, y ellos me daban ánimo, me daban consejos para no hundirme.

Salíamos a charlas, misas, jornadas, por lo menos una o dos veces a la semana. En cada sector se formaron aquí las Comunidades Cristianas. A nosotros los correspondía la comunidad El Boldo. Ahí exponíamos temas, a mí me tocó la adolescencia, a otros, el amor. Todos teníamos nuestras opiniones, todos distinto. Eramos 70 Comunidades Cristianas.

Hacíamos convivencias, íbamos a campamentos unas dos veces al año. Eso nos unía. Eramos más de 300 los que habíamos; los tomaban de las manos y hacíamos una ronda inmensa y después nos íbamos conociendo. En la Casa de Ejercicios de Curicó nos reuníamos a tocar la guitarra, a cantar. Esos ratos que yo ocupaba llenaban parte de mi vida, me hacían olvidar lo duro de los problemas.

En los momentos que pasaba metida en las Comunidades, ayudábamos a los más pobres. El pobre es el que te comparte, de eso nos dimos cuenta. La gente más humilde nos daba más que la gente que tenía más y lo daban no respingando.

Todas las Comunidades compartían: Rauquén, Población Rodríguez, Sol de Setiembre, Sarmiento, Los Guindos. Nos reuníamos las Comunidades y éramos una sola, todos iguales.

A campamento fuimos en febrero del 79. Estábamos todo el día discutiendo, conversando y en la noche nos uníamos unas ocho personas y hacíamos sketches. Eran de diversos temas. Por ejemplo, a mí me tocó salir en uno que se trataba de una mujer que engaña al marido. Yo era la mujer y ahí adquirí la personalidad que no tenía. Porque de primera no me atrevía a conversar con los chiquillos hombres y eso me sirvió. Si ¡imagínese!, que hasta el Obispo Carlos de Talca estaba y el Vicario de Curicó. Esas fueron las experiencias más lindas para mí: el grupo de comunidad y el colegio.

Esta historia fue recopilada en **Sarmiento**.
Recopilación: Macarena Mack.
Composición: Sonia Montecino.